
RECHAZADA
por
EL MAFIOSO
AUTORA BEST-SELLER
BIA CARVALHO

RECHAZADA por EL MAFIOSO

PRECUELA
MAFIOSOS PROTECTORES

AUTORA BEST-SELLER
BIA CARVALHO

Todos los derechos reservados. Según la Ley de Derechos de Autor, escanear, subir y compartir electrónicamente cualquier parte de este libro sin la autorización del autor constituye piratería ilegal y robo de su propiedad intelectual. Gracias por su apoyo a los derechos del autor.

Este libro electrónico es una obra de ficción. Si bien puede hacer referencia a eventos históricos o lugares reales, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas, negocios, eventos o lugares reales, vivos o muertos, es pura coincidencia.

Primera edición em espanõl: 2025

Primera edición en portugués: 2022

Traduccion: Natacha Baraldi

Portada: André F. Siqueira

SIGUE A LA AUTORA EN LAS REDES SOCIALES

VISITA EL SITIO WEB PARA SABER MÁS SOBRE LA AUTORA:

https://www.biacarvalho.com/rechazada-por-el-mafioso

Instagram: @Biacarvalhoautora

Facebook: https://www.facebook.com/biacarvalho.autora.7

DEDICACIÓN

Para mi querida Francinaide. Mi primer mafioso es tuyo. ¡Espero que te enamores de él!

A todos mis lectores que me pidieron un libro sobre la mafia. Me costó un poco, ¡pero por fin está aquí!

LISTA DE REPRODUCCIÓN:

Si quieres escuchar la lista de reproducción de Rechazada por el mafioso, sigue el enlace de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/1xgkjmrdpqAJ9Sgfon0awR?si=a60d06daffcb49dc

NOTA DE LA AUTORA

Llevo un tiempo queriendo escribir un libro sobre la mafia, principalmente porque mis lectores me lo han pedido mucho, pero siempre he sentido que era una gran responsabilidad tratar un tema tan controversial y, al mismo tiempo, mantener lo que creo firmemente, ya que tengo tendencia a preferir a los héroes "nutella".

Lo que encontrarán aquí es un retrato romántico de la mafia. No hay héroes, que yo sepa, pero intenté mantener la historia "más ligera" según sus estándares. Así que si les interesa leer este libro buscando un romance más oscuro, no lo encontrarán aquí. El héroe, al ser un mafioso, ya tiene una moral cuestionable, y aunque tiene sus momentos oscuros, no hay escenas explícitas de abuso, violación ni nada por el estilo. También suavicé las escenas de tortura, sin describirlas, por respeto a mis queridos lectores que lo solicitaron. Pido disculpas a quienes disfruten de esta parte, pero creo que la historia aún cobró sentido (o eso espero).

Hay detonantes, sí, porque éste es un libro de mafia, así que ten cuidado con ellos.

Además, a pesar de la extensa investigación que he realizado a lo largo de este año, basándome en gran medida en literatura -incluyendo no ficción-, así como en películas y documentales sobre el tema, es probable que haya algo de invención, ya que este es *mi* universo mafioso. Por lo tanto, permítanme, a veces, una licencia poética para adaptar las situaciones a mi historia.

Y por último, pero no menos importante: Sé que me preguntarán si Dominic tiene o tendrá un libro. **Todavía no**. Pero este libro es **independiente**. No forma parte de una serie. Si llega a publicarse un libro de Dominic, será completamente independiente de este. ¡Así que podrán disfrutar de su lectura sin moderación!

Besos,

Bia.

CAPÍTULO UNO



K I A R A

Soy adicto al sabor de la venganza.

Sangre en el agua, sangre en mis manos.

Te encontraré en el inframundo cuando termine.

Soy tan malo como creen que soy

WICKED AS THEY COME - CRMNL

HACE TRES AÑOS

Yo solía vivir en un mundo donde, para que un hombre probara su valor, necesitaba saber usar la dosis justa de violencia.

La mujer, por su parte, tenía la obligación de ser perfecta. Un refugio para ese hombre, su amante, su compañera y aquella que le daría herederos que llevarían el legado de su apellido, de su *famiglia*, con la misma mano firme y con el mismo código de ética que toda una generación había seguido.

Si es que ética podía ser la palabra correcta para poner en ese contexto.

Si matar y mezclarse con cosas ilícitas tenía algo que ver con la ética, el mundo tendría serios problemas.

Habiendo nacido mujer en un universo como ese, podía incluso considerarme una chica con suerte. A pesar de tener un carácter bastante cuestionable fuera de casa, mi padre, que era *consigliere* de la mafia de Chicago, era razonablemente bueno conmigo. Tanto que realmente me crió como una princesita, dándome toda la educación posible para que un día me convirtiera en la prometida de un hombre importante.

Y yo sabía que ese hombre era Giovanni Caccini.

Sería la esposa de un mafioso implacable, despiadado, sin corazón, que me quería como un trofeo. Nada más que eso.

Nunca me dijeron nada hasta que cumplí dieciocho años -probablemente por otra muestra de benevolencia de mi padre, que intentó preservar mi inocencia de la mejor manera posible, dadas las circunstancias en las que vivíamos-, pero yo sabía que ser prometida al jefe era el mayor honor que podía concederse a una muchacha.

Aunque lo supiera en teoría, no lograba que mi mente comprendiera el hecho de que literalmente me entregarían a alguien como si fuera un producto. Como si él hubiera comprado la pieza más bonita de una vitrina, y esta sería llevada a su casa después de una ceremonia que solo serviría para agradar a aquellos que no estarían en el altar, diciendo sí y temblando solo de pensar en ser llevada a la cama, en tener la virginidad arrancada por un marido que no lo haría con el menor cuidado, mucho menos con romanticismo.

En la mafia no existía el amor. Podía haber algún tipo de afecto nacido de la convivencia, el respeto, la admiración y el deseo. Pero yo no podía creer que la gente realmente se enamorara, considerando que los matrimonios siempre eran negocios cerrados; contratos firmados.

¿Por qué el mío sería diferente?

Mi padre había hecho un acuerdo con la familia Caccini para que yo solo tuviera que casarme a los veintiún años, porque la idea era que pudiera terminar mis estudios, incluso la facultad de moda en la que siempre soñé con estudiar.

Ese era mi consuelo, pero el padre de Giovanni murió, y él no quería convertirse en jefe sin una esposa, porque creía que no era bien visto por las otras *famiglias de la Cosa Nostra*. Y claro que las promesas hechas a una chica de diecinueve años no merecían ser tomadas en cuenta. Solo harían falta dos o tres meses para preparar todo, y entonces me convertiría en esposa.

Una esposa virgen, intocable e impecable, para un hombre que sería mi dueño. Mi señor. A quien debía obedecer.

¿Qué sabía yo de Giovanni Caccini? Además de que era razonablemente joven y tenía treinta y cuatro años, también sabía que era atractivo. Algunas de mis amigas me envidiaban por estar prometida a alguien tan poderoso y apuesto. Yo era blanco de envidia por algo que cambiaría con cada una de ellas en un abrir y cerrar de ojos.

A pesar de todo -y de que sabía que podía ser peor y prometerme a un hombre con edad para ser mi abuelo-, no tenía idea de cómo era su comportamiento. Siendo hijo de uno de los jefes más violentos de toda la organización, no era difícil imaginar que solo podía ser un hombre sombrío.

Solo lo había visto una vez, cuando hizo una visita con su padre a mi casa, donde ni siquiera debía estar presente, pero lo observé de lejos, escondida, hasta que una de las empleadas de la casa en la que vivíamos me reprendió y me hizo volver a mi cuarto.

Esa noche, finalmente lo conocería. Mi corazón latía desbocado en el pecho.

Al mismo tiempo que moría de miedo de constatar en poco tiempo de contacto que él era, de hecho, un monstruo, también

temía que me odiara y cancelara el matrimonio, porque peor que ser la esposa de un hombre cruel era ser rechazada dentro de la mafia. Nunca más conseguiría un matrimonio y decepcionaría a mi padre, lo que me convertiría en una paria. Habría chismes sobre mí todo el tiempo, y nunca más podría aparecer en eventos sociales, a menos que fuera muy fuerte para soportar los murmullos y las miradas de desaprobación.

—Tranquila, puedo oler tu miedo. Giovanni también podrá sentirlo. —Escuché la voz de mi primo Dominic, a mi lado, mientras subía conmigo, del brazo, las escaleras de la mansión de mi futuro marido.

Ese sería mi hogar en unos meses. Eso era lo que quería sentir, pero mi primera impresión era que entraba en una prisión. Un mausoleo.

Dominic era el jefe de la mafia de Nueva York desde que su padre, mi tío, murió tres años atrás. Era muy joven, tenía apenas veinticuatro años en ese entonces, y asumió la responsabilidad demasiado pronto. Aún conservaba algo del niño que conocía desde pequeña y cuidaba de mí como si fuera su hermana menor, pero yo temía que ese universo oscuro acabara corrompiéndolo.

—No es algo que pueda controlarse.

—Lo sé, pero pareces Caperucita Roja lista para ser entregada al lobo feroz.

—Tal vez sea más o menos así como me siento.

—Todavía no es tu boda.

—Pero un día lo será.

Ni siquiera eso podía rebatir. Yo tenía razón. No importaba que faltaran dos o tres meses. Era muy poco. ¿Cómo podría una chica prepararse para ser entregada a alguien que ni siquiera conocía?

—Tu destino podría ser peor que este —dijo muy serio, lanzándome una mirada, y esa también era una afirmación que no podía refutar, sobre todo porque era un pensamiento que acababa de tener.

Nos detuvimos en uno de los escalones, y lo miré como una niña desamparada. Por más que mi padre fuera una figura protectora, sabía que mientras Dominic estuviera cerca, nada me sucedería, y él encontraría la forma de cuidarme. El problema era que tenía sus propios asuntos que atender en otro Estado y no podría interceder. Si lo hacía, crearía un problema para todos nosotros.

En cuanto entramos en la casa, apreté un poco más el brazo de Dominic, que dio dos palmaditas sobre mi mano, intentando consolarme, algo que era casi imposible. Especialmente cuando lo vi.

Destacaba entre varias personas, y presencié la escena de uno de los asociados besando su anillo como señal de respeto. No era solo su estatura imponente, sino el aura de poder. Dominic también la tenía, y suponía que era algo que venía con el cargo. Como un kit; algo que había que asumir antes de que las personas se te echaran encima como lobos hambrientos.

Respiré hondo mientras lo analizaba, intentando contener la admiración por su belleza. Llevaba el cabello corto, de un tono castaño como caoba, peinado en puntas. Su barba llena marcaba su mandíbula y le daba un aire de peligro. Sus ojos eran castaños, casi sombríos, de esos que no sonríen ni con mucho esfuerzo.

No es que yo lo supiera con certeza, pero esa era mi impresión.

Yo todavía estaba mirando en su dirección cuando él se giró hacia mí.

Claro que él sabía que estaba observando a su prometida. A la que sería su esposa y compartiría una vida a su lado. La que le daría

hijos. La que conocería algunos de sus secretos, porque podía apostar a que nunca me contaría todos, así como mi padre nunca le contó los suyos a mi madre.

Y no recibí siquiera una curva en sus labios. Ni siquiera un leve movimiento de cabeza.

Siguió como estaba. Quieto, con un vaso de whisky en la mano, sereno, con los hombros erguidos y la cabeza altiva.

Mis padres caminaron hacia él como dos niños tras el flautista de Hamelin, con toda el alma de sumisión, deteniéndose frente a él y besando el anillo, igual que las personas anteriores lo habían hecho.

Para mi sorpresa, los saludó muy rápido y volvió a mirarme.

Dominic no necesitaba realizar ese gesto de respeto, porque él también era un jefe. Ambos podían simplemente saludarse, como si fueran amigos, aunque yo sabía que no había complicidad en su relación. Todos los jefes se respetaban, pero no existía confianza. Nunca se sabía cuándo podía recibir una puñalada por la espalda.

Fuera como fuera, yo aún no era nadie allí dentro. Tenía que demostrar mi sumisión al jefe.

—No quiero besarle el anillo —susurré a Dominic, mientras nos acercábamos, y aún me sentía intimidada por el hecho de que me mirara como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor.

—No es una elección, Kiara. Son las reglas.

Podía ser, pero en el momento en que nos detuvimos frente a él, Dominic lo saludó con esa manera vacilante de siempre. Aunque en teoría debía sentirse seguro dentro de la casa de un "amigo", yo sabía que mi primo tenía a sus soldados repartidos por todo el lugar.

Después de los saludos formales entre Dominic y Giovanni, era mi turno. Mis padres estaban cerca y también había otras

personas. Por un instante parecía que todos nos observaban, evaluando mi comportamiento para decidir si sería o no una buena esposa para un hombre tan poderoso, siendo tan joven e inexperta.

Pero al mismo tiempo, mi actitud en ese momento dictaría toda la relación futura que tendría con Giovanni. No quería entregarme como la princesita sumisa. No quería que él sintiera que podía abusar de mí de todas las formas porque yo lo veía como un superior. Cuando nos casáramos, tendríamos que ser compañeros, no amo y sirviente.

Todavía no sabía qué hacer, pero ante mi vacilación sentí que Giovanni tomó mi mano y la llevó a su boca, y no al revés.

No solo yo quedé atónita, también mis padres. Como todas las personas a nuestro alrededor. Probablemente toda la fiesta.

—Finalmente nos conocemos, Kiara. Es un placer.

Y con eso, apenas dos frases, una voz seductora y una mirada de quien quería devorarme, mi futuro marido me convenció de que yo no era rival para él. De ninguna manera.

CAPÍTULO DOS



No puedo renunciar al control

Soy el arruinador de mi propio reino.

Ahorra tu plata y tu oro

Estaré en este trono con mis demonios.

KING OF DISAPPOINTMENT – ECHOS

Era solo una niña. Una niña tan bonita que llegó a causarme un impacto indeseado, pero nada más que una niñita inocente que fue arrastrada a la guarida del lobo.

No es que ya no viviera en ese mundo desde su nacimiento. No era completamente ignorante respecto a la vida que llevaba su propio padre, mucho menos el primo al que tanto apreciaba. No había excepciones en la mafia. No había santos. No había quien estuviera dentro de ella por error.

El poder era seductor. La idea de formar parte de la organización más temida del mundo era algo que nos mantenía atados, aunque muchas veces nos quitara más de lo que nos daba.

Un día yo también fui un muchacho inocente, como la hermosa Kiara. Y podría jurar que, por más que ella tuviera noción de dónde vivía y cómo vivía, de dónde provenía el dinero que

compró, por ejemplo, el lindo vestido rojo que llevaba puesto, yo conocía a Tomazzio Benedetto, el padre de la muchacha, y sabía que no había tenido hijos varones -lo cual era una gran frustración-, pero trataba a su niña como a una princesita.

Ella había estudiado en un excelente internado en Suiza, solo para señoritas, había iniciado una carrera en la facultad de moda y seguramente creía que matrimonios como el nuestro podrían, algún día, tener un final feliz.

No era el caso. Yo no quería una esposa para enamorarme de ella. De hecho, enamorarme era exactamente lo que no pensaba hacer. Mantenerme alejado de la chica al máximo era mi estrategia para no hacerle daño.

Porque yo tenía el toque de Midas al revés. Todo lo que tocaba se arruinaba, de un modo u otro.

Con mi esposa, yo solo pretendía cumplir con mi obligación. Ser fiel, proveer, llevarla a la cama cuando ella lo deseara, intentar darle algo de placer para que el acto fuera agradable para ambos y engendrar herederos.

Fuimos presentados, y realmente quedé impresionado con su apariencia.

Era rubia, como ya sabía, pero el tono de su cabello era único, casi castaño que, bajo la luz adecuada, revelaba discretos reflejos cobrizos. Tenía lindas pecas esparcidas sobre la nariz y en la frente, y me pareció interesante que no las hubiera escondido con maquillaje.

Sus ojos eran de un tono grisáceo, casi azules; los labios, carnosos y tentadores, pintados de un rojo que no parecía encajar con la dulzura de sus facciones, aunque ayudaba a realzar su atractivo. Yo ya estaba pensando en besarla solo con mirarlos.

Muy pronto sería mi derecho, ¿no es así?

Si tomaba en cuenta el hecho de que no ocultara sus pecas marrones, podía darme cuenta de que mi futura esposa tenía una personalidad fuerte. Y eso quedó aún más claro cuando vaciló al besar mi mano, una costumbre que me aburría profundamente. Yo sabía que aquellas personas, si pudieran, desearían verme bajo tierra, especialmente porque aún no tenía un heredero, ni hermanos ni nadie que pudiera convertirse en el nuevo jefe en mi lugar.

Me gustó más su actitud de lo que podría admitir en voz alta.

Un hombre, dentro de nuestro universo, debía saber cómo dominar a su esposa. ¿Una prometida de diecinueve años? Yo jamás podría mostrar debilidad con ella.

Aun así, no quería que fuera castigada por mi causa.

Después de que nos alejamos, tras los primeros saludos, seguí mirándola, estudiando sus movimientos. Parecía un pececillo fuera del agua, sacado de su zona de confort. Por haber pasado tanto tiempo en un internado y por ser tan protegida, difícilmente había asistido a fiestas como esa, y yo juraría que era una de sus primeras veces.

No se apartaba del primo, que era una figura de poder y obviamente la protegía, aunque él también tenía sus propios asuntos con los que lidiar.

En el primer momento en que la dejó sola, la vi tomar una copa de champaña de la bandeja de un camarero y darle un buen trago, como si eso pudiera soltarla un poco más. Miraba de un lado a otro, en un rincón apartado, como si esperara que alguien apareciera para salvarla.

Su padre y su madre ya estaban perdidos en otro grupo, tan enfocados en adular a personas más poderosas que ellos que apenas se daban cuenta del malestar de su hija.

Yo pensaba seguir distante, no entrometerme en esa situación, porque, exactamente como ya había reflexionado antes, mantenerme alejado era lo que mantendría a la chica segura; protegida de mí.

Sin embargo, mientras la observaba, noté que un hombre se le acercaba. Recordaba vagamente su rostro, porque sabía que era un soldado, que no trabajaba para mí y que probablemente estaba allí para proteger a uno de los jefes que yo había invitado.

Claro que ese hombre no sabía quién era Kiara, y yo hasta podría haberle dado el beneficio de la duda si la muchacha no se hubiera asustado tanto con su presencia, lo que dejaba aún más claro que era completamente inocente y vulnerable.

Si hubiera sido prudente, habría enviado a uno de los míos o incluso a su padre, pero mis piernas comenzaron a avanzar sin que yo tuviera control sobre ellas.

En el momento en que me coloqué al lado del sujeto, noté que tensó los hombros y tragó saliva. Su rostro se puso rígido, sus ojos se abrieron un poco más, lo que siempre me provocaba una sensación agridulce. Por más que me gustara ser respetado, saber que había cierta autoridad en mi presencia, muchas veces me preguntaba si realmente era tan bueno conocer a tanta gente que me temía.

—Buenas noches —saludé con mi voz de mando, mirando al hombre y observando cómo toda su postura cambiaba. La muchacha, en cambio, seguía acorralada como un animalito perseguido en el bosque.

—Buenas noches, señor —respondió con aire de quien sabe que está cometiendo un error.

—No sé si te informaron, pero esta joven es mi prometida —informé, intentando mantener la calma.

Lo que me movía en ese momento era el sentimiento de posesión que cualquier hombre tendría por su futura esposa. No sentía celos, ya que no tenía vínculos emocionales con la chica. Ni los tendría.

—No... no, s-señor —tartamudeó—. Yo no s-sabía.

—Pues infórmate mejor, porque las consecuencias de este pequeño error —continué en un tono sereno, aunque no era difícil comprender que estaba dando un aviso que sonaba más a amenaza que a consejo cortés— podrían ser muy graves. —Me acerqué un poco más y me incliné, poniendo la mano en su hombro y susurrando en su oído, como si fuera un secreto solo nuestro—: Meterte con la mujer de un jefe no es precisamente inteligente, muchacho. Podrías morir por mucho menos.

Después de eso, apreté con fuerza la parte de su cuerpo bajo mi mano, lo que lo hizo estremecerse.

En la primera oportunidad, se alejó apresurado, como si yo fuera un monstruo, listo para devorarlo.

Tal vez sí lo fuera.

—La gente te tiene miedo —dijo Kiara, mientras yo observaba cómo el hombre huía como un cobarde.

Me volví lentamente hacia ella, aún sosteniendo el vaso de whisky.

Era bastante interesante que la primera frase que mi prometida me dijera, en el primer momento en que quedamos a solas, fuera esa. No había coqueteo, no había juegos. Ella había ido directo al punto, lo que me dejaba satisfecho. Odiaría a otra aduladora más.

—Sí, me tienen miedo—respondí con firmeza. ¿De qué serviría mentirle o inventar un cuento de hadas que nunca existiría?

—¿Yo también debería tenerlo? —Su voz delicada salió casi en un susurro, y sus ojos mostraban una vulnerabilidad que llegó a provocar una reacción extraña en mi pecho. Un instinto de protección.

—Si eres leal a tu marido, no tendrás necesidad de temer nada.

—No es mi naturaleza ser desleal a nadie.

—Entonces tendremos una relación tranquila. —Fui muy franco, bebiendo un trago de mi bebida enseguida, intentando hacer bajar el nudo que tenía en la garganta. No podía mostrar que ella me había provocado una reacción más allá de la indiferencia total.

Era por su seguridad.

—Relación —repitió, alzando una ceja con descaro—. Como en los negocios, ¿cierto?

Me quedé quieto por un momento, mirándola, mientras veía una ligera destrucción de sus ilusiones. No es que pensara que la chica deseaba ser amada por mí, pero ¿un matrimonio feliz y próspero no podía ser el sueño de muchas jóvenes como ella?

Levanté un poco la cabeza, esperando que sintiera la verdad en mi afirmación. Era importante que entendiera desde el principio cuál sería la naturaleza de nuestro compromiso.

—Entiende una cosa, Kiara: no voy a tocarte para hacerte daño. No voy a golpearte. No quiero una esposa que me obedezca por medio de la violencia. Pero esta es la promesa más romántica que podré hacerte.

No tuve que ir mucho más lejos para que comprendiera lo que quería decir.

No habría amor en nuestro matrimonio.

Era mejor que lo entendiera antes de llegar al altar, porque yo no estaba dispuesto a hacer promesas que no podría cumplir.

Ella sería mi esposa, en el papel y en la cama, pero no en mi corazón.

CAPÍTULO TRES



K I A R A

Mi frágil flor se ha convertido en una bola de ceniza.

Entonces respiré profundamente y pedí un deseo.

y los dejé a todos boquiabiertos

DANDELION – GABBIE HANNA

Fue difícil dormir esa noche, sobre todo porque me sentía muy tonta, muy idiota por siquiera haber considerado la posibilidad de que mi prometido fuera un hombre distinto de lo que me mostró.

O quizá estaba esperando demasiado. A pesar de todo, había sido sincero, y la promesa que me hizo debería haberme dejado aliviada. Tener la certeza de que mi marido no sería agresivo era mucho más de lo que cualquier mujer podía desear en un matrimonio dentro de la mafia. No es que yo pudiera poner las manos en el fuego por una promesa hecha por un hombre como

Giovanni. ¿Cuántas veces les habría mentido a tantas personas que creyeron estar seguras en sus manos?

Por haber pasado la noche en vela, tenía la esperanza de poder fingir un malestar al día siguiente, aunque sabía que debíamos salir para un compromiso con la familia Esposito. Su patriarca había sido *consigliere* de mi primo, y su hijo mayor, un hombre de unos treinta años, ocupaba ahora ese lugar.

Con la ascensión de Giovanni y Dominic, muchos consideraban que nuestras familias estaban entrando en una nueva era. En manos de hombres más jóvenes, con ideas más modernas y mentes más afiladas. También había quienes temían que el poder estuviera en manos de lo que ellos consideraban apenas muchachos. Sin embargo, esos puestos eran su derecho de nacimiento.

Ambos estaban en la cima de la jerarquía de dos de las familias más poderosas de las cinco que básicamente controlaban toda la Cosa Nostra: los Caccini, los Ungaretti -a la que yo pertenecía indirectamente, por parte de mi madre, ya que Dominic era su sobrino-, los Pellegrini, los Preterotti y los Cipriano. Las tres últimas aún eran lideradas por hombres mayores, de mentalidad arcaica, que yo sabía que eran monstruos en carne viva.

Todavía estaba pensando en todo eso cuando María, mi asistente personal, que se encargaba de todo por mí, entró a mi cuarto sin siquiera golpear la puerta, abrió las cortinas y dejó que el sol me diera directo en los ojos.

—Vamos, *principessa.* —Así me llamaba desde niña. En realidad, muchos lo hacían, porque siempre decían que de pequeña parecía una muñequita.

Una muñequita maldita, más bien.

—Necesitas arreglarte. Tu madre ya está preguntando por qué todavía no había venido a llamarte.

Me giré en la cama, con los párpados pesados de sueño. Estaba abrazada a la almohada como si fuera un salvavidas, lo cual coincidía con el sueño que tuve en el breve descanso que fue todo lo que logré dormir esa noche.

Me senté, miré a María y me froté los ojos.

—¿Una mala noche? —preguntó, mientras abría mi armario y sacaba un vestido. Normalmente me gustaba elegir mi propia ropa, porque tenía un sentido de la moda bastante marcado, ya que sería la profesión que elegiría, si tuviera derecho a trabajar.

A veces, sin embargo, cuando estaba con prisa o pereza, era María quien lo hacía, aunque yo ya era adulta.

—Pésima. —Me fui levantando y estirando, muy tentada a fingir una enfermedad. Pero desde que me convertí oficialmente en la prometida de Giovanni Caccini, no podía darme el lujo de un comportamiento tan infantil e irresponsable.

No es que un encuentro social en un club fuera algo que pudiera considerarse una gran responsabilidad, pero mantener las apariencias y las amistades dentro de la mafia sí lo era.

Cuando me convirtiera en una de las esposas más importantes de la Cosa Nostra, tendría que tenerlo en mente y acompañar a mi marido a todos los eventos, aunque Giovanni casi nunca asistiera a muchos, igual que su padre tampoco lo había hecho en el pasado.

Marché hacia el baño para darme una ducha. Después, María me ayudó a arreglarme, peinándome y maquillándome. No importaba que estuviera cansada ni que no tuviera el menor entusiasmo por salir, nunca podría aparecer de cualquier forma en público, porque eso sería comentado durante mucho tiempo.

Especialmente cuando mi compañera femenina era una mujer tan deslumbrante y siempre impecable.

Conocía a Sienna Esposito desde que éramos niñas. No podía decir que fuéramos amigas, porque la distancia lo impedía, sobre todo porque estudiamos en distintos países. Ella, en Inglaterra, y yo, en Suiza. Como nuestros padres ocupaban el mismo cargo y el mío se había casado con la hermana del antiguo jefe de su *famiglia*, siempre nos alentaban a llevarnos bien, y nos esforzábamos en hacerlo, así que sonreíamos, conversábamos, pero siempre con cierta reserva, porque así se desarrollaban las relaciones en el medio en que vivíamos.

Nunca sabías cuándo podía surgir una rivalidad entre *famiglias* y terminarías atrapada en medio del fuego cruzado.

Al llegar al club, bajamos del auto y yo le di la mano a nuestro soldado, que amablemente me abrió la puerta. Sonreí, con un leve movimiento de cabeza, y seguí al lado de mis padres.

Estábamos en un club muy exclusivo, donde solo las familias más ricas de Chicago se reunían y al que solo ellas tenían acceso. Los hombres solían jugar al golf, hacer negocios, fumar habanos, mientras las mujeres tomaban té, hablaban mal de esos mismos maridos y chusmeaban sobre la vida de los demás.

Encontramos a los Esposito sentados en una mesa, hacia la cual nos acercamos con saludos efusivos. Intercambié dos besos con Sienna y comentamos lo bonitas que nos veíamos, lo que era prácticamente un protocolo en este tipo de relaciones.

De mi parte era cierto, y sería imposible pensar lo contrario, ya que ella era deslumbrante. Su cabello era larguísimo y de un tono rojo natural que parecía el trabajo del mejor estilista del país. Sus ojos eran verdes como esmeraldas, y su maquillaje era siempre impecable, discreto y lo justo para resaltar lo que la naturaleza le había dado.

Siguieron las preguntas de rigor, y pronto mi padre se apartó con Bruno Esposito, que era mucho más joven que él, para hablar de

negocios. Mi madre y la de Sienna pidieron un trago y se acomodaron cerca de nosotras.

Mi primo ya había regresado a Nueva York con sus soldados, dejando solo a su *consigliere,* probablemente para resolver algún asunto pendiente.

Claro que el tema del matrimonio iba a salir, porque doña Laura Benedetto, mi madre, no perdería la oportunidad de mencionar que su hija se casaría con un jefe. El don de una de las cinco *famiglias* más importantes de la Cosa Nostra.

—¿Y tú, Sienna, querida? Ya estás en edad de encontrar un marido también, ¿no? —Mi madre lanzó veneno, bebiendo de su trago colorido, de esos que llevan un pequeño paraguas colgando—. Kiara está muy bien encaminada. Giovanni es un gran partido.

El rostro de Sienna se cerró de inmediato, y yo no supe interpretar su reacción. Había algún tipo de herida en su corazón, pero no tenía la confianza suficiente para preguntarle de qué se trataba.

¿Estaría ella enamorada de Giovanni? ¿O al menos interesada en él?

Para ser sincera, nunca entendí por qué Giovanni me eligió a mí teniendo a Sienna como una opción de joven soltera, más o menos de la misma edad, disponible. Ella era deslumbrante, radiante. Yo sabía que era bonita, me gustaba mi aspecto, pero era imposible no hacer comparaciones.

Ojalá la hubiera elegido a ella.

O quizá habría sido peor. La alternativa para mí podría haber sido Bruno. Y yo sabía que no era una opción muy buena. Había algo muy extraño en él. Más extraño que lo normal en un hombre de la Cosa Nostra.

—Todavía no, señora.

—Pero Sienna siempre recibe buenas propuestas. Bruno está analizando cada una de ellas con mucho cuidado —dijo la Sra. Esposito en un tono defensivo, como si tuviera que justificar que su hija aún no tuviera un prometido.

Sienna y yo nos miramos en silencio. No quería que se sintiera mal, porque sabía muy bien lo complicado que era cargar con ese tipo de juicios sobre los hombros.

Las mujeres siempre teníamos que pagar un precio muy alto por cosas que definitivamente no eran culpa nuestra.

En cierto momento, antes de disponernos al almuerzo, Sienna y yo decidimos dar un paseo por el club.

Nos quedamos calladas un rato, porque no teníamos mucho tema de conversación. No nos conocíamos lo suficiente como para saber cómo empezar.

Imaginé que hablaríamos solo de trivialidades, pero Sienna respiró hondo y soltó algo que no esperaba:

—¿Puedo decirte algo? Un consejo. Sé que no somos amigas y que quizá no debería meterme, pero me siento en la obligación.

—Claro. Siéntete libre.

Suspiró otra vez, miró al suelo y no me sostuvo la mirada mientras hablaba:

—Se comenta que Giovanni fue el responsable de la muerte de su padre. Todos dicen que fue un accidente, pero las circunstancias fueron muy misteriosas. No permitió ninguna investigación, y ellos no se llevaban bien. —Hizo una pausa, y yo ya estaba completamente aterrada—. Claro que puede ser solo un rumor, pero no lo sabemos. Quería, al menos, que estuvieras advertida.

Ni siquiera sabría decir cómo pude seguir caminando después de escuchar esa información.

No pude volver a razonar, porque el único pensamiento que ocupaba mi mente era: mi futuro marido era un asesino. ¿Qué sería capaz de hacer conmigo, si tuviera la oportunidad o si yo no lo complacía?

No tenía idea.

CAPÍTULO CUATRO



Mírame a los ojos

Y dime qué ves

Un demonio disfrazado

Haciéndose pasar por mí

Oculta tu sorpresa

Y escucha atentamente

Él vive dentro de mi cabeza.

Nunca me liberarás

DON'T SAVE ME - CHXRLOTTE

Mi padre solía disfrutar de ese tipo de ceremonias. Yo no.

Siempre me llevaba con él, dejándome sentado en la silla a su lado, como si fuera un rey en su trono con su príncipe heredero, explicándome que ese era el momento en que un jefe ejercía su poder para "ayudar" a la gente. Era el instante en que hacíamos valer toda la lealtad que se nos concedía, por parte de quienes confiaban en nosotros y nos admiraban.

Los favores solicitados eran siempre de lo más variados. Desde dinero prestado para construir una casa -lo que era bastante inocente- hasta pedir que mis hombres le dieran una lección a algún avivado.

Los llamamientos a matar a alguien tampoco eran raros.

Como mediador de la situación, debía analizar todo con calma, porque era obvio que muchas veces se trataba de un rencor pasajero que solo traería arrepentimientos en el futuro.

A mi padre le gustaba mucho más la sangre que a mí.

A pesar de no disfrutar de esos momentos, los trataba como parte de mis funciones. Y me decía que eran una fuente de esperanza para la gente. O al menos intentaba creerlo, tomando en cuenta que eran las únicas horas en que podía fingir ser un héroe.

El hombre probablemente era el quinto solo ese día. De mediana edad y uno de nuestros asociados de familia. Desde la época de su abuelo formaba parte de la Cosa Nostra. Muy probablemente, por su lealtad y sus servicios como contador, podríamos haberlo colocado en una posición más alta, pero él nunca quiso. Seguro pensaba que era menos cómplice si no formaba parte directa de nuestros negocios, participando solo de un servicio u otro, como un freelancer que no se involucra.

Para nosotros, no hacía la menor diferencia. Nos gustaba tener abogados, médicos, contadores y otras profesiones dentro de nuestro círculo, sobre todo cuando nos debían favores. Era la manera de garantizar su silencio. Por más arriesgado que fuera y aunque nunca confiáramos al cien por ciento en alguien, si nos hundíamos, arrastrábamos a muchos con nosotros.

Se presentó con expresión humilde, sosteniendo algo en la mano que giraba de un lado a otro, como si fuera un tic que le servía de protección.

Nadie era completamente inocente al asociarse con la Cosa Nostra. Ese teatrillo podía hacerlo sentir mejor o convencerlo de que era solo un peón más en un juego mucho más complejo, pero todos teníamos la conciencia manchada.

Besó mi anillo, como siempre, e hizo una reverencia innecesaria, aparentando completa sumisión, probablemente creyendo que eso me convencería más fácil.

—*Signore*, vengo humildemente a hablar sobre un negocio, que es el sueño de mi hijo del medio. Quiere abrir un restaurante en South Shore. Es un muchacho talentoso en la cocina, y mi esposa lo ayudaría. Pero necesitamos inversión.

Levanté la cabeza, frunciendo el ceño. Yo estaba sentado en mi silla de terciopelo rojo, con adornos dorados, porque la intención era que se asemejara a un trono. Desde ahí, prácticamente no me moví.

—¿De cuánto es la inversión?

—Dos millones, *signore.*

—¿Para abrir un restaurante? —pregunté con ironía, levantando una ceja. Era muchísimo dinero.

—Él quiere que sea un lugar para la Clase A. Una referencia de elegancia, con vista al mar. Solo el local cuesta un millón, y es un precio bastante razonable, porque llevo tiempo prestando servicios al propietario.

Por supuesto, tenía que pensarlo. Dos millones era, probablemente, la suma más alta que habían pedido prestada. Y aunque la razón fuera más noble que muchas de las solicitudes que recibíamos, no podía ceder tan fácil o sería como mostrar que abríamos las piernas.

—Puedo ayudarte, Francesco... —Usé su nombre como un arma. En mi posición, llamar a los asociados por su nombre era una manera de hacerlos sentir especiales, como si su rey realmente les prestara atención a cada uno de ellos.

No memorizaba todos, pero Tomazzio, que estaba a mi lado, me pasaba la información antes de que la persona entrara. Aun así, tenía más o menos una idea de quiénes eran, qué hacían y cuán devotos eran de la *famiglia*.

Era así como definíamos quién merecía o no ser ayudado.

—Pero, como bien debes saber, pedirle un favor a tu jefe tiene un precio. Y más aún con un valor como este —continué. Lo vi tragar en seco. Eché un vistazo a mi *consigliere*, que estaba impasible. Como yo era el don, rara vez se metía en mis decisiones, salvo que creyera que estaba dando un paso muy equivocado—. Primero que nada, quiero participar en las ganancias de ese negocio. Firmar un contrato con tu hijo y ser socio mayoritario. Sesenta por ciento.

—*Signore*... pero...

—Sin peros. Yo seré el inversor de ese restaurante, y lo justo es que también se vuelva mío. Si tiene éxito, perfecto. Si fracasa, estaré perdiendo mucho dinero.

Claro que esa suma no hacía ni cosquillas en mi fortuna, pero aun así, tenía que imponerme.

El hombre suspiró, pero me dio la razón con un gesto de cabeza.

—Y no es solo eso —afirmé con un tono muy firme, que no dejaba espacio para negaciones. O me obedecía o no vería ni un centavo—. Tengo un trabajo para ti.

No era nada nuevo, tanto que no se mostró sorprendido. Francesco trabajaba en la parte "legal" de nuestros servicios.

El problema era que ahora yo tenía algo más que añadir.

—No es un trabajo como el que estás acostumbrado. Tenemos un cargamento de armas en camino, y necesito que hagas magia. Que esto se convierta en algo que pueda contabilizarse... debes entender lo que quiero decir.

Él entendió. Y probablemente lo habría rechazado en otra circunstancia, pero había demasiado en juego.

Cuando se alejó de mí, parecía un condenado caminando hacia el corredor de la muerte. Aun así, ninguna de las alternativas que le di era definitiva. Podía haberse negado, desistir del dinero que necesitaba; al final, no se trataba de un caso de vida o muerte, solo del capricho de un hijo mimado que bien podría haberse esforzado en lugar del padre.

No tenía muchas dudas de que la maldita idea del restaurante se iría a la quiebra en poco tiempo. Perdería dinero, pero el imbécil merecía una lección.

Habría una pausa para el almuerzo, y debo confesar que estaba muriéndome de hambre. Había quedado en almorzar con Bruno Esposito, solo por una cuestión de "hacer sociales". Teniendo en cuenta que manteníamos buena relación, al menos en teoría, con la *famiglia* de Nueva York, debía cumplir con esos compromisos, aunque no me cayera nada bien el *consigliere* de Dominic.

Y tenía la impresión de que ni siquiera él confiaba demasiado en Bruno y planeaba reemplazarlo en cuanto pudiera.

Fuimos a un restaurante italiano cercano, cuyo dueño también era uno de nuestros asociados. Igual que con Francesco, mi padre había invertido como socio en ese negocio, que prosperó hasta convertirse en una referencia en la ciudad.

Yo era italiano de nacimiento, porque mi madre había sido enviada a Sicilia cuando quedó embarazada de mí. Mi padre pensó que sería más seguro de esa forma, aunque no siempre era así. Pasé algunos años de mi vida en Italia, y sabía distinguir la gastronomía de ambos lugares.

Ni el mejor restaurante de Chicago se acercaba a la buena cocina de Sicilia.

Nos sentamos, pedimos un vino y elegimos nuestras pastas. El dueño vino a saludarnos personalmente, siempre hacía un gran alboroto cuando yo aparecía. Para él era un honor.

Me acomodé en la silla, buscando una posición más cómoda, si es que eso era posible. Para un hombre como yo, nunca existía un momento en que pudiera relajarme del todo. Había que estar siempre alerta, siempre listo para usar el arma que llevaba en la cartuchera.

Matar o morir. Cada vez que salía de casa, sentía que caminaba en un campo minado.

Mis soldados me rodeaban, y los de Bruno también, pero ni eso siempre era suficiente. Su padre había muerto de la manera más estúpida posible: saliendo a cenar así, con uno de sus capos.

El mío había muerto...

Bueno... de otra forma.

—¿Así que pronto serás un hombre casado...? —comentó Bruno, después de un trago de vino.

No dudaba ni un segundo de que ese tema saldría.

—Eso parece —respondí, seco, dejando claro que no era un asunto que me agradara y mucho menos uno en el que quisiera insistir.

—Es una linda prometida. Le hice la propuesta a su padre poco antes, pero él soñaba más alto. ¿Quién podría culparlo? Yo también soñaba lo mismo para mi hermana.

—Son dos jóvenes bonitas —otro comentario sin emoción alguna.

—A veces me pregunto. ¿Por qué Kiara y no Sienna? —Jugaba con la copa, mirando su propio dedo, como si hiciera algo muy interesante. Su expresión me preocupó un poco. Parecía levemente molesto.

—Creo que fue una decisión únicamente mía.

—Claro, claro. Solo quiero entender. ¿Algún prejuicio contra las pelirrojas? —intentó bromear, pero solo consiguió encabronarme. Por mi mirada en su dirección, no hizo falta mucho para que levantara las manos en señal de rendición, con una sonrisa forzada —. Ya entendí. Es tu elección.

—Quisiera dejar a mi prometida fuera de este tema, si es posible. Si insistes en seguir hablando de eso, tendré que dejarte dialogando solo.

Lo entendió. Aunque yo no era su jefe directo, seguía estando en la cima de la jerarquía, por encima de él. Bruno no me debía obediencia, pero sí a Dominic. Si yo me quejaba de que me estaba incomodando, podía ser castigado.

Intentamos mantener después una charla más amistosa y tranquila, aunque el ambiente ya estaba algo tenso. Empezamos a comer, y la comida nos dejó en silencio por unos minutos, hasta que sonó mi teléfono.

Era Tomazzio.

—*Ciao* —atendí, saludándolo con un "hola".

—Giovanni, tenemos un problema. Giuseppe Ferrari fue encontrado muerto. Él y toda su familia. Su esposa y sus tres hijos. En su propia casa.

Mi corazón se detuvo. Giuseppe era uno de mis capos. Un hombre de confianza, demasiado cercano a mí.

Tenía dos hijos adolescentes y una niña de nueve años.

—¿Averiguaron algo?

—Uno de los matones fue atrapado por la seguridad de la casa. Lo tenemos. ¿Te esperamos?

—Claro. Llego en quince minutos. Envíame la ubicación.

Guardé el celular, intentando mantener la compostura. Aunque aquella tragedia me afectara personalmente, no podía mostrar mis emociones. No podía revelar, mucho menos a Bruno Esposito, que sentía algún tipo de dolor por uno de mis hombres.

—Hubo un problema. —Empecé a levantarme, arrojando la servilleta sobre la mesa—. Tendremos que continuar otro día.

—¿Necesitas algo? —preguntó Bruno, serio, dándose cuenta de que algo muy grave había sucedido.

—No, gracias.

Con eso, salí de la mesa sin darle más explicaciones, haciendo una seña a mis soldados, que me siguieron de inmediato.

Uno de ellos abrió la puerta trasera del auto para mí, donde entré y dicté el camino que debíamos seguir, de acuerdo con la ubicación que me enviara Tomazzio.

Está bien, no disfrutaba de la sangre tanto como mi padre, pero a veces era un mal necesario.

CAPÍTULO CINCO



Eres frío e implacable.

Necesita ser arreglado

GET OUT ALIVE – ANDREA RUSSETT

Me encantaba esa camisa, pero por desgracia era blanca.

Ya no tenía ese color, obviamente.

Por más que, siendo el jefe, tuviera hombres de sobra para hacer el trabajo sucio, la mayoría de las veces, dependiendo de la situación, era bueno ensuciarme las manos para demostrar que no estábamos en el poder solo por nepotismo, sino por fuerza, competencia y valentía.

Se necesitaba mucho estómago para hacer el tipo de cosas que hacíamos. Para oír a un hombre gritar con todas sus fuerzas, implorando clemencia, y mantenerse firme. Para ver la cantidad de sangre que brotaba de sus heridas y no compadecerse.

Pero era imposible sentir cualquier tipo de compasión por un hijo de puta que había tenido el coraje de matar a uno de tus amigos más queridos y a su familia. A niños inocentes. A una mujer indefensa.

Por ese tipo de cosas valía la pena involucrarse personalmente.

Yo no era el bueno de la historia, sin dudas, pero si se trataba de torturar a alguien, que al menos fuera por un buen motivo.

Lo último que quería en ese momento era ir a mi casa, solo. Así que, cuando Tomazzio me invitó a la suya a cenar, no me negué. Siempre llevaba un cambio de ropa en el auto para ocasiones como esa, por más extraño que pareciera. Mi "trabajo" exigía ese tipo de previsión.

Debería avergonzarme de entrar a la casa de alguien en ese estado, cubierto de sangre, y Tomazzio quizá habría estado igual si yo no me hubiera excedido. Fueron mis manos las que se cerraron en puños para golpear la cara del hombre. Fueron mis dedos los que se aferraron a las herramientas, al bisturí que lo llenó de cortes; que penetró bajo sus uñas.

No fui yo quien lo mató, sin embargo. Después de horas de tortura e información muy vaga -tenía que admitir que el cabrón tenía cojones para seguir leal a su jefe, fuera quien fuese-, uno de mis soldados terminó el trabajo. Pero no hizo gran cosa; solo necesitó un tiro de gracia, ya que yo me había encargado de la mayor parte.

—Vamos a entrar por la parte de atrás. Conservo un cuarto y un baño en mi oficina para ocasiones como esta.

Asentí, todavía en silencio. Había pasado todo el camino hacia la casa de mi *consigliere* de esa forma, pensativo.

No era arrepentimiento. Ni podía serlo, ya que no había hecho nada contra un hombre inocente e indefenso, sino contra un asesino frío y calculador. El problema era que ese tipo de cosas siempre eran agotadoras.

Perder personas y vengarlas no era algo raro. En la vida que llevábamos, apegarse era demasiado peligroso. Justo por eso no quería enamorarme de una esposa. Sería un blanco muy fácil, por más protección que tuviera a su alrededor.

Giuseppe tenía una casa protegida. Sin embargo… pasó lo que pasó.

Cerré los puños y miré los nudillos enrojecidos mientras me quedaba de pie cerca de la puerta de la oficina de Tomazzio, esperando que la abriera. Él parecía nervioso, sosteniendo mi ropa limpia que iba a ponerme, enredándose con las llaves, cuando noté que ya no estábamos solos.

Habíamos encendido la luz para pasar por el pasillo, y yo ya había empezado a desabotonar mi camisa, ansioso por quitármela. No esperaba, sin embargo, que apareciera una pequeña entrometida, observándonos.

Yo aún estaba de espaldas cuando la vi. Mirándola por encima del hombro, percibí su expresión de sorpresa al encontrarme en su propia casa.

Debería haberme escondido de ella, no permitir que viera mi estado, pero mi mente no funcionaba bien. Había dentro de mí una cantidad insana de rabia e indignación. Y aun así, no fue eso lo que me llevó a girarme hacia la muchacha, dejándole ver toda la sangre que empapaba mi camisa.

Ella necesitaba entender, de una vez por todas, quién era su futuro marido. Ese tipo de situación no sería inusual. Llegar a casa marcado por la violencia podía ser parte de nuestra rutina como pareja, y yo no podía darme el lujo de tener una esposa ilusa.

Los hermosos ojos de Kiara se abrieron de par en par al verme. Se llevó la mano delicada a la boca, cubriéndola, sin apartar la vista de la sangre. No dejé de desabotonar la camisa. Como mi futura esposa, tarde o temprano tendría que acostumbrarse a mi

cuerpo desnudo. A las cicatrices que cargaba y que también formarían parte de nuestra vida en la cama.

Yo no era un príncipe. Eso era algo que debía comprender antes de subir al altar.

Ignorando a Tomazzio detrás de mí, que al fin parecía haber conseguido abrir la puerta de su oficina, empecé a acercarme a la chica. Ella dio dos pasos hacia atrás, como un gatito asustado, pero levanté un dedo:

—No. Quédate —dije en tono de orden, y ella obedeció.

Buena chica.

Seguí avanzando hasta quedar frente a ella. Sin dudas podía sentir el olor a óxido que me impregnaba de pies a cabeza.

—Giovanni, déjala… —me advirtió Tomazzio. La hija era suya, pero yo seguía siendo su jefe. La palabra final era mía. Y yo quería que se quedara.

—Déjanos a solas, Tomazzio. Quiero hablar con mi futura esposa —hubo un matiz cínico en mi voz al pronunciar el título burlón que le ofrecí a Kiara.

Ella tragó saliva, pero le hizo una seña a su padre, diciéndole que estaba bien. Luego levantó la cabeza para mirarme. Sus ojos seguían cargados de miedo, pero Kiara se esforzaba por mostrar una fuerza admirable.

Un punto para ella.

Escuché la puerta de la oficina abrirse y cerrarse. No necesitaba mirar para saber que Tomazzio había entrado y nos había dejado allí afuera.

Como padre, no se alejaría mucho de su hija, pero tampoco podía negarse a dejarme con ella, sobre todo porque íbamos a

casarnos. Estaríamos solos de esa forma muchas veces.

—¿Estás sorprendida de verme así? —pregunté con voz baja, demostrando paciencia.

—Un poco. Usted es el jefe…

—¿Y qué significa eso? ¿Que me escondería detrás de un escritorio mientras otros hacen las cosas por mí?

—Más o menos eso —su voz no era más que un susurro.

Di un paso más hacia adelante. Uno solo. Kiara contuvo la respiración.

—Yo hago lo que debo hacer, *fidanzata.* —Llamarla "novia" era una estrategia para que recordara quién era. La futura esposa de Giovanni Caccini. La esposa de un jefe de la mafia—. Necesito que entiendan quién es el hombre que pusieron en el poder.

—¿Un asesino? —se le escapó, y se llevó la mano a la boca, arrepintiéndose al instante. Sus ojos volvieron a abrirse de par en par, y se encogió.

Eso me dio una sensación incómoda en el pecho. Claro que quería que me respetara, pero el pavor era algo muy distinto. No podía permitir que viviera en una casa temiendo a su propia sombra.

Así que tomé una decisión sin pensar. Extendí la mano hacia su rostro. Eso la asustó aún más, porque otra vez pareció querer retroceder.

Evadí tocar su piel blanca y suave, porque había manchas de sangre seca en mis dedos. Sentí que si la rozaba en ese momento, corrompería toda su pureza.

¿Pero no era esa la intención? Iba a quitarle la virginidad, arrastrarla a toda la podredumbre de mi vida, cubrir su inocencia con mi oscuridad. ¿Por qué, entonces, vacilaba?

No necesitaba justificarme con ella, pero sentí la necesidad:

—Si eso te hace sentir mejor y te ayuda a dormir esta noche, era un hombre que merecía morir.

—¿Y tú decidiste eso?

—¿Discreparías de mí si supieras que él mató a una niña? Una que nunca llegará siquiera a tu edad. La hija de Giuseppe Ferrari.

Sus labios se entreabrieron en una expresión de sorpresa, y no pude dejar de mirarlos. Esa noche estaban sin el labial rojo que los había resaltado tanto. No por eso me daban menos ganas de besarlos.

La chica era hermosa, incluso sin una gota de maquillaje.

No es que fuera a pasar, porque no planeaba dormir en la misma habitación, mucho menos despertar a su lado, pero tendría suerte de abrir los ojos y ver un rostro tan natural como ese cada mañana.

Si fuera un hombre normal…

—No. No voy a discrepar —dijo como quien se rinde. Era más que evidente que, al igual que yo, se esforzaba mucho en mantenerse inmune a mí.

Aun así, de vez en cuando su mirada recaía en mi pecho desnudo.

Eran miradas muy inocentes, pero de una joven deslumbrada. Tanto que su respiración se volvió pesada y sus pechos se movieron bajo la camiseta sin escote. Era una prenda sencilla, negra, con un estampado de flores y mariposas. Un cuello en V, de algodón, bastante discreto, pero que dejaba al descubierto un poco de su vientre porque era corta, por encima del ombligo.

También llevaba un short de jean, corto; uno que seguramente no se habría puesto ni siquiera para estar en casa si hubiera sabido que recibiría la visita del jefe de su *famiglia* para cenar.

No es que el vestido que usó en la fiesta donde nos encontramos fuera poco revelador, porque delineaba su cuerpo con perfección, pero de ese modo, más despojada y simple, se veía más joven, más ligera, más… linda.

Bruno podría preguntarme mil veces por qué la había elegido, y yo podría inventar muchas excusas, especialmente usando a Dominic en algunas de ellas. Era muy ventajoso unirse a la prima de otro jefe tan importante.

Y aun así, estaría engañándolo a él y a mí mismo. Sienna era una mujer bellísima, pero Kiara tenía algo que me atraía. Una dulzura, una luz propia. No debería importarme nada de eso, porque no quería ni podía enamorarme de ella ni dejarme encantar demasiado. Solo que fue una elección completamente inconsciente.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté en un susurro.

Podría no querer que se enamorara de mí, pero seducirla era otra historia. Claro que quería una esposa que me respondiera en la cama con entusiasmo y que disfrutara del sexo conmigo.

—¿Qué? —Kiara pareció un poco impactada con la pregunta. Tal vez no esperaba que fuera tan directo.

—Me estás mirando.

—Claro. ¡Estás cubierto de sangre! —dijo indignada.

—Solo mi camisa. No mi pecho. Sé a dónde estás mirando, *fidanzata.*

Se sonrojó. El hermoso rostro lleno de pecas adquirió un adorable tono rosado; la marca más pura de la inocencia.

Iba a corromperla. Sería agridulce.

—A mí también me gusta lo que veo. Eres una mujer muy hermosa. —Elegí la palabra con cuidado. Sabía que a las chicas de diecinueve años les gustaba que los hombres las vieran como mujeres, no como niñas.

Pareció ruborizarse aún más.

—Gracias —respondió.

Al sentirla un poco menos retraída conmigo, fui más allá y toqué su rostro con suavidad. Kiara no se intimidó.

—¿Ya te han besado, Kiara? —pregunté por impulso.

La muchacha perdió el aire ante la repentina pregunta.

—Ah… no. No me han besado.

Asentí, mirándola con reverencia.

—Si no estuviera cubierto de sangre, te daría tu primer beso. Pero será mío, de cualquier forma. Guárdalo para mí, *fidanzata*. No dejes que ningún hombre te toque, salvo yo. Me encargaría de hacer que se arrepintiera por la osadía de meterse con la futura esposa del jefe.

La chica siguió mirándome, y sus ojos se fueron volviendo cada vez más pesados. Como si realmente me deseara.

Bien. Eso estaba bien.

Me aparté a tiempo, antes de besarla de verdad y contradecir mi idea inicial. No era el momento para eso.

Pero llegaría.

Kiara sería mía.

CAPÍTULO SEIS



K I A R A

No puedes aprovecharte de mí

No puedes tomar mi corazón como rehén

No puedes acercarte a mí

No trato con monstruos

No dejaré que rompas mi resolución.

MONSTERS – LUCY DAYDREAM

Él olía a jabón en ese momento, pero sería difícil borrar de mi memoria la imagen y el olor a sangre que había exhalado poco antes.

Yo no era inocente a ese punto. Mi padre no era muy diferente de Giovanni. Los dos eran cómplices del mismo tipo de maldad, aun así, no recordaba haber visto nada parecido.

Solo que yo sabía que mi padre mantenía un baño dentro de su oficina, además de ropa limpia en el cuartito anexo, probablemente para esas ocasiones. Nunca presencié la escena por una simple coincidencia, o por suerte.

Giovanni había dicho que el hombre al que mató era un asesino de niños. Que la hijita de Giuseppe Ferrari había sido asesinada por él. Yo no podía sentir pena. Si era verdad, obtuvo lo que merecía.

De cualquier manera, era difícil pensar así mientras mi mente seguía arrastrándome de vuelta a la imagen de mi futuro esposo cubierto de sangre.

Junto a ella, no podía negar, surgía la imagen de un torso ancho, casi sin vello, un abdomen marcado. En ese momento no logré mirar mucho sus brazos porque estaban cubiertos por la camisa, pero mientras cenábamos llevaba una de algodón negro, de media manga, y yo alcanzaba a ver que eran musculosos, en la medida justa entre lo elegante y lo superior a la media.

Mis ojos tampoco dejaron pasar las cicatrices. Yo sabía que algunos padres de muchachos de la mafia optaban por cometer verdaderas atrocidades con sus hijos como una especie de iniciación. Conociendo la fama del señor Caccini, no era difícil pensar que Giovanni hubiera sido uno de esos muchachos.

A todo eso se sumaba lo que había dicho Sienna, que seguía dando vueltas en mi cabeza: que él había matado a su propio padre.

—¿No es así, Kiara? —La voz de mi madre me arrancó de mis pensamientos, y me di cuenta de que me había quedado perdida unos instantes, con el tenedor en la mano, jugando con la comida.

Le lancé una mirada algo extraviada, esperando que comprendiera que no estaba prestando atención a la conversación. Su expresión de reproche me lo dejó claro, y yo sabía que estaba cometiendo un gran error.

Para mi madre, tener a Giovanni en nuestra mesa era un gran honor. Tenerlo como yerno, un verdadero deleite. Para una pareja que solo había tenido una hija, verla haciendo lo que se consideraba un buen matrimonio era una realización.

Dejé el cubierto en el plato y tomé la servilleta que estaba sobre mi regazo, protegiendo la falda de mi vestido.

Me había cambiado, poniéndome una prenda negra, básica; un vestido discreto, con un collar de perlas, aretes haciendo juego y el cabello recogido en un moño tan arreglado que María logró hacer de improviso y a toda prisa. Mi madre se infartaría si me sentaba a la mesa, en compañía de nuestro jefe, usando la misma ropa con la que él me había encontrado más temprano.

—Perdón, mamá. No oí lo que dijiste.

Intentando sonreír complaciente y poniendo los ojos en blanco con cierta torpeza, mi madre titubeó, tomando la copa de vino, probablemente para dar un sorbo y calmarse con el alcohol.

Ella estaba hecha un manojo de nervios, sin dudas.

—Dije que estamos ansiosas por la fiesta de cumpleaños de Sienna. Y por el viaje a Nueva York también, por supuesto. Siempre es bueno estar en la ciudad que nunca duerme. —Mi madre tenía algunas cualidades que yo nunca tendría. Era encantadora, ingeniosa y una gran anfitriona. No sabía si mi padre le había contado algo sobre lo que había sucedido, y yo tampoco tenía mucho conocimiento de los detalles, solo lo que Giovanni me había dicho por arriba, pero imaginaba que ella había sido entrenada para ser la esposa perfecta incluso en esos momentos.

Yo no tenía la misma sangre fría.

—¿La fiesta todavía sigue en pie? Después de la muerte de Giuseppe y de la familia, digo.

Todos en la mesa me miraron sorprendidos. Probablemente no esperaban que el tema fuera mencionado, pero yo sabía cómo eran las cosas. Las muertes dentro de la mafia eran comunes. Por más que se sintieran -si es que llegaban a sentirse-, la vida seguía normalmente. El peso de las apariencias era mucho mayor.

—Bueno, creo que sí. Todavía falta una semana —afirmó mi madre con total convicción—. Todos lamentamos las pérdidas, por supuesto, pero la fiesta ya está planeada, todo está pagado...

Asentí y volví a comer, aunque sin muchas ganas. Mientras removía la comida, sentí los ojos de Giovanni sobre mí. Él estaba a mi lado, estratégicamente, en la cabecera de la mesa. Por más que mi padre fuera el dueño de la casa, nuestro jefe siempre tendría que ocupar el lugar de mayor honor.

Me colocaron a su derecha, mientras mi padre estaba a su izquierda y mi madre a mi lado.

—Te estaba preguntando, querida, si el señor Caccini te llevará como su prometida. Porque el matrimonio ya está próximo, y no ha habido ninguna aparición pública de ustedes dos como pareja.

Mi madre estaba obsesionada con los preparativos. Dejé todo en sus manos, porque el desánimo ante la boda era tan grande que, salvo por el vestido de novia, que ni siquiera había probado aún, aunque ya estaba encargado con un diseño hecho por mí, decidí no meterme en nada. Ella era experta en organización de fiestas y eventos, y estaba disfrutando de eso.

Como todo fue a último momento, después de la decisión de Giovanni, no habría mucho tiempo para que todo saliera exactamente como ella esperaba. Pero nada que una gran cantidad de dinero no pudiera solucionar. Incluso fechas que ya estaban reservadas por otras personas.

—Sí. Podemos ir juntos —respondió Giovanni, y mi madre pareció sentirse extremadamente victoriosa con eso.

Al terminar la cena, mis padres, nuevamente en una jugada estratégica, fueron a mostrarle el jardín de la casa a Giovanni, aunque él no parecía un hombre que disfrutara de plantas y flores, pero se marcharon muy rápido, dejándome sola con mi futuro marido.

Yo debería estar un poco más nerviosa, y eso no quería decir que ya confiara en él, porque sería difícil que ocurriera. Solo que, de alguna manera, después de haber visto sus cicatrices, comencé a ver a Giovanni Caccini como alguien un poco más humano y menos divinizado, como muchos creían que era.

Tanto que lo primero que hice cuando nos quedamos solos fue intentar una vez más. Él había dicho que no me haría daño, ¿cierto? Necesitaba creer que hombres como él no rompían sus promesas.

—Vamos a casarnos, pero no tengo anillo —comenté de forma despreocupada, como si fuéramos ese tipo de pareja que bromea y tiene intimidad.

—¿Te gustaría tener uno? —preguntó de la manera más simple posible.

Por lo que ya podía percibir, Giovanni era un hombre práctico.

—Tal vez me haría sentir un poco más como una novia.

—Lo conseguiré.

Nuevamente: práctico. Como si estuviera tratando con un contrato.

Era la realidad, ¿cierto?

Seguimos caminando por el jardín de mi casa, y resultaba irónico que estuviéramos en un escenario tan bonito y romántico. Solo faltaba una música lenta sonando para que todo pareciera mágico, cuando en realidad era mucho más trágico de lo que una chica ilusionada podría creer.

Pero ya que estaba en el infierno...

—Me prometiste un beso —solté. Fue más atrevido de lo que me habría permitido. Mi madre seguramente me reprendería.

Sentí que Giovanni se sorprendió, pero se esforzó al máximo por no demostrarlo. Mantuvo el rostro impasible, solo girando hacia mí con una ligera ceja arqueada.

—Anillo, beso... ¿Qué más podría querer mi *fidanzata* de mí?

Casi me arrepentí de haber hablado. ¿En qué estaba pensando cuando decidí bromear con el diablo? Por más que Giovanni lo estuviera tomando bastante bien, sabía que en su tono había una provocación que yo todavía no lograba seguir. Algo malicioso, con lo que una chica inexperta como yo no sabría cómo lidiar.

—Perdóname. Fue una tontería —dije, bajando la cabeza, avergonzada.

Giovanni puso la mano bajo mi mentón, levantando mis ojos para que lo mirara.

—No voy a besarte ahora, porque todavía me siento sucio esta noche. Por más que haya lavado mi cuerpo, no lavé el alma. Pero quiero que sepas que no fue una tontería.

Asentí, pero no importaba lo que él dijera, yo seguiría sintiéndome como la chica tonta que pidió un beso inocente al jefe de la mafia.

Fue un pésimo comienzo.

CAPÍTULO SIETE



K I A R A

Baila con el diablo

Chico, eres tú a quien quiero.

Tú y yo podríamos construir un imperio

MEDICINE – SYD

Mi madre tardó una eternidad en arreglarse, y nosotros estábamos atrasados.

Pero todo estaba calculado por ella. Claro que su intención era que llegáramos un poco después que los demás, para que yo pudiera hacer una especie de entrada triunfal al lado de Giovanni, y todos me vieran con mi hermoso vestido negro de encaje, sin tirantes, con un corsé que me dejaba la cintura finísima y se abría en una falda estilo princesa, al lado de uno de los hombres más poderosos de la Cosa Nostra, como su prometida.

La prenda acentuaba de la forma correcta la palidez de mi escote, dando la impresión de delicadeza y fragilidad, exactamente como mi madre creía que era la combinación que un hombre como él podía desear. No me puse ningún collar porque, según ella, lo que debía llamar la atención era mi piel y mi cuerpo. En compensación, los aretes pesaban tanto que casi me dolían las orejas.

Y, claro, el anillo en mi dedo. El diamante podría fácilmente comprar un auto convertible.

La joya llegó al día siguiente de nuestra conversación en mi jardín, entregada por un mensajero. No había nota, ni flores, ni tampoco una llamada después. Yo misma tuve que ponérmela en el dedo, sin una propuesta de matrimonio, sin miradas a los ojos con mi prometido.

¿Pero de qué podría quejarme, no es cierto?

Estaba lista para subir las escaleras del salón en Nueva York, sosteniendo la falda del vestido, caminando por la alfombra roja como si estuviera a punto de entrar en la ceremonia de entrega del Óscar, cuando me sorprendió la presencia de alguien a mi lado, que extendió el brazo hacia mí.

—¿Me permite? —preguntó él, elegante y muy serio, como si no estuviera ni un poco contento de tener que pasar toda la noche en compañía de su aburrida prometida.

Ni siquiera fuimos en el mismo auto. Su casa en Nueva York no quedaba muy lejos del hotel donde yo y mis padres nos hospedábamos, pero cada uno fue por su lado.

Mi impulso era mandarlo a la mierda y entrar sola. Pero no solo eso sería una falta de respeto al jefe, también sería una rebeldía innecesaria. Podría hacer todas las rabietas que quisiera, pero dentro de unos meses aún tendría que estar en el altar, lista para decirle que sí.

Otro motivo era que sería casi imposible negarle algo. Si había alguien que pudiera representar la expresión de la elegancia, ese alguien era Giovanni Caccini.

Nunca me gustaron mucho las corbatas de moño, pero en él juraría que hasta una sábana le quedaría sexy. Todo un caballero.

Quien lo viera, ni sospecharía que se trataba de un asesino. Un hombre fuera de la ley.

Acepté su brazo, y nosotros tomamos la delantera, dejando a mis padres detrás. No es que dudara de que pasaría, pero obviamente Giovanni y yo nos convertimos en la sensación del evento en pocos minutos. Todas las miradas se dirigieron hacia nosotros, y vi gente susurrando.

Mi inminente matrimonio con él no era ninguna novedad, sin dudas, pero verlo entrar del brazo conmigo era casi la oficialización de algo; el compromiso haciéndose concreto.

De ahí en adelante, no había vuelta atrás. Yo pertenecería a Giovanni Caccini; sería una de sus tantas posesiones. Y si tardaba en entenderlo, tenía la impresión de que no dudaría en demostrármelo.

—Estás hermosa. —Me sorprendió escucharlo hablar en mi oído, pero más aún mi reacción a su voz.

Claro que me sobresalté un poco, porque no esperaba que me hiciera un cumplido, pero además, ¿cómo era posible que me provocara un escalofrío de una forma tan sencilla?

No fue un escalofrío de miedo esta vez... sino de... ¿deseo?

Probablemente era puro egocentrismo, ya que no estaba nada mal ser elogiada por un hombre como él.

—Gracias.

—¿Te gustó el anillo?

No esperaba que quisiera iniciar una conversación.

—Sí. Es muy bonito —respondí con un tono incierto.

—Pero... —añadió él, entendiendo la entonación de mi voz.

—Pensé que me lo entregarías personalmente.

—No tuve tiempo esta semana. —Así de simple. Como probablemente siempre serían sus respuestas cuando yo tuviera alguna queja. Él no necesitaba justificarse ante nadie—. Creí que te gustaría tenerlo para la fiesta.

—Es una joya impresionante.

—Es la joya que la *fidanzata* de un hombre como yo debe usar —afirmó con vehemencia, lo que me hizo hasta sonreír.

—¿Un hombre como tú? Me alegra que tengas tan buena autoestima.

Giovanni esbozó una media sonrisa.

—No es cuestión de autoestima, es la realidad. Sé el poder que tengo y no lo minimizo.

—¿Te gusta el poder?

Él me lanzó una mirada, aún sonriendo, y casi me sentí especial de alguna manera.

—¿A alguien *no* le gusta?

Bueno, no podía contradecirlo.

No es que yo siempre hubiera sido una chica invisible. Mi padre era consejero y mano derecha de Giovanni, y también lo había sido de su padre durante mucho tiempo. La gente siempre me trató con respeto, y el hecho de que yo tuviera buena apariencia tampoco me perjudicó nunca. Sin embargo, ese era mi primer evento como prometida oficial. Las miradas eran completamente diferentes.

Adulación, saludos demasiado efusivos, elogios exagerados. Mis sonrisas parecían insuficientes para tanto.

Saludamos a mi primo, que obviamente estaba presente, pero tardamos un poco más en felicitar a Sienna.

Nos abrazamos de manera cordial, y ella intercambió algunos saludos con Giovanni, aunque más distantes. Su expresión al vernos juntos no era de las mejores. Algún tipo de melancolía, quizás, lo que la hacía parecer todavía más bonita.

Su hermano, Bruno, no se despegaba de ella, como un león, y debo confesar que tampoco me gustaba la forma en que me miraba.

Seguimos caminando por el salón, realmente siendo exhibidos, y tenía la impresión de que el hecho de estar juntos por primera vez, mientras yo lucía un enorme anillo en mi dedo, eclipsaba incluso a la cumpleañera.

Tal vez ese fuera el motivo de su expresión de disgusto.

—Ella es hermosa —comenté medio embobada, en el momento en que vi a Sienna girar con su enorme vestido en los brazos de su hermano, mientras abrían la pista de baile para las parejas. Bruno sonreía, encantado con la atención, pero ella parecía más contenida.

—Tú lo eres más —comentó Giovanni de manera despreocupada, y giré la cabeza hacia él, sorprendida, porque su comentario fue tan simple, tan trivial, pero no para mí.

A mi lado, él mantenía las manos en los bolsillos, mirando a los hermanos bailar en la pista, con un aire levemente aburrido.

—¿Más que Sienna? ¡Imposible! —exclamé, casi demasiado alto.

Él se encogió de hombros.

—Es cuestión de gustos. Yo te elegí a ti. Hay un motivo para eso. Claro que iba a querer a la mujer más hermosa a mi lado.

No sabía si solo me estaba adulando, pero no parecía ser su estilo. Me descubrí sonriendo como una tonta en el momento en que giró para observar a Bruno y a Sienna bailando en medio del salón.

Cuando ellos se separaron, algunas parejas empezaron a ocupar la pista, incluso mis padres. Sienna pronto encontró otro compañero, y yo comencé a ponerme un poco inquieta, intentando encontrar una forma de descubrir quién era en realidad mi futuro marido y qué podría obtener de él si solo se lo pedía.

—¿Tú bailas? —pregunté, en otro movimiento atrevido.

—¿Por qué no bailaría?

—No pareces el tipo de hombre que lo haga. Tal vez te dé miedo lo que la gente pueda pensar si te ven en una pista de baile.

—¿Sueles preocuparte por lo que la gente piensa, Kiara? —Nuevamente ese tono malicioso en su voz. Era casi perverso, pero seductor. No podía negar, además, que la forma en que pronunció mi nombre hizo que cada vello de mi cuerpo se erizara.

—No.

—Pues yo mucho menos.

Sin siquiera esperar a que yo dijera que, en efecto, quería bailar, Giovanni extendió la mano hacia mí, con la palma hacia arriba, para que la tomara. Acepté la oferta, y él me condujo hasta la pista.

Sentí cuando me tocó la cintura, y yo esperaba algo ligero, delicado, sutil, pero tenía que empezar a entender que nada con Giovanni era calma. Él era una tormenta.

Sus dedos me apretaron con fuerza, y me atrajo hacia sí, encajándome perfectamente contra su cuerpo, mientras nuestros pechos se tocaban. Sus ojos se clavaron en los míos, con una intensidad que me dejó descolocada.

En el momento en que comenzamos a movernos al ritmo de la música, ya me había dado cuenta de que Giovanni sería un problema para mí.

O mejor dicho... eso era algo que siempre supe. Pero pensé que sería por otro motivo.

—Tenía una imagen diferente de ti —dije, otra vez sin pensarlo demasiado.

—Lo mismo digo —afirmó Giovanni, y hasta me sorprendí de que no preguntara nada ni pidiera explicaciones. Yo, en cambio, sí quería saber.

—¿Qué pensabas de mí?

—Una linda niña mimada, sin opinión propia, criada para ser la esposa perfecta de la mafia.

—¡Qué horror! —Mi exclamación lo hizo reír, aunque discretamente—. ¿Por qué elegirías casarte con alguien así?

De pronto Giovanni se puso muy serio, como si acabara de darse cuenta de algo importante.

Sus ojos seguían sobre mí, pero su expresión era de total confusión. Me soltó de sus brazos, dio un paso atrás y respiró hondo.

—¿Qué pasó? ¿Dije algo malo? —me preocupé. No solo porque no quería ser una decepción para el jefe de nuestra *famiglia*, sino también porque odiaría que me viera como la mujer que acababa de describir. Temí que estuviera cayendo en la cuenta de que yo era exactamente lo que pensaba al principio.

—No. Lo siento. Simplemente ya no quiero bailar.

—Pero, Giovanni...

—Con permiso —dijo en un tono cortante, sin darme espacio para interrumpirlo o discutirle, y se alejó de mí, dejándome sola en el salón.

Ni siquiera quise mirar alrededor, pero ya imaginaba que todas las miradas estaban sobre mí.

Lo que yo no sabía era que esa era apenas la primera humillación por la que iba a pasar.

CAPÍTULO OCHO



Ven a nadar conmigo en el mar negro.

Bucea conmigo

Entrégate a mí

Hagamos que valga la pena

BLACK SEA – NATASHA BLUME

Era imposible sentirse más idiota de lo que me estaba sintiendo. ¿Intimidado por una chica? ¿Una muchacha de diecinueve años? Era ridículo.

Necesité apartarme de ella, porque empezaba a sentirme sofocado. Exactamente como le expliqué, mi expectativa era que me encontraría con una jovencita caprichosa y nada interesante, lo que era una excelente opción para convertirse en mi esposa. Perfecto, una personalidad tranquila e inteligencia era lo que buscaba.

Kiara era todo lo que *no* esperaba.

Claro que aún la conocía muy poco, pero me sorprendió alguien que decía lo que pensaba, sin miedo. Estaba desacostumbrado a eso, y el choque me tomó de una manera inesperada.

Solo que no podría apartarme de ella para siempre. Al contrario. Pronto estaríamos casados, ella sería mi compañera. Tendríamos un contacto diario. Noche y día. La tendría en mi cama.

Era insoportable pensar en eso sin sentir mi cuerpo reaccionar a ella de forma casi dolorosa.

Una de mis exigencias al buscar una esposa era, obviamente, encontrar una mujer que me despertara deseo. El problema era cuando ese deseo tenía potencial para volverse obsesión.

Pero no iba a permitirlo.

Los dos tragos de alcohol hicieron su trabajo y lograron calmarme. Al menos por un tiempo. Alejarme de ella también fue bueno. Tal vez pudiera protegerme con algunas medidas simples.

Estaba desprevenido antes. Fui demasiado lejos. Solo que eso no volvería a suceder. Ella no podía ser más fuerte, no siendo tan inexperta y joven.

—En toda mi vida, nunca pensé que vería a Giovanni Caccini bailando en una fiesta —dijo una voz a mi lado, inesperadamente.

Claro que era Dominic. No nos llevábamos tan bien como para tener confianza el uno con el otro, así que sabía que ese comentario tenía un nivel de provocación considerable.

Puse los ojos en blanco discretamente, porque no estaba de humor para estupideces. Aun así, debía mantener la fachada. Él era un hombre importante dentro de la Cosa Nostra, igual que yo. Éramos parte de un consejo, era nuestro deber convivir pacíficamente. Solo que yo sabía que las relaciones eran frágiles,

que la sed de poder siempre podía perjudicar convivencias que tenían potencial para ser amistosas.

Una guerra entre *famiglias* no sería nada beneficioso para los negocios ni para la organización en general.

—Fue *ella*, ¿no? —completó, sin siquiera dejarme responder.

En realidad, ni siquiera sabía si iba a decir algo, ya que no le debía explicaciones a nadie.

—¿Qué?

—Kiara. —Sonrió de lado, condescendiente—. Conozco a esa chica desde que éramos niños. Siempre tuvo un modo especial de conseguir lo que quería. Mimada, sin dudas, pero dulce y muy leal.

Lo último que necesitaba era alguien enalteciendo las cualidades de Kiara.

—No me gustan las mujeres mimadas —respondí malhumorado, jurando que era en eso en lo que quería creer. Mi voz, de hecho, salió casi como un gruñido.

Dominic soltó una risa sarcástica, lo que me molestó un poco, pero me tragué la ira, porque si hacía una escena en ese momento terminaría condenándome más y revelando que me estaba sintiendo incómodo.

—Espero que puedas convencerte de eso, si repites lo mismo muchas veces.

—No sabes nada sobre mí, Dominic. No pienses que somos iguales —volví a soltar, como un gruñido, un murmullo que ni siquiera me convencía a mí.

—Ah, ciertamente no somos iguales. Aun así, créeme… conozco a Kiara. No hay hombre en el mundo que no se rinda a sus encantos. Cada uno con su propia manera de amarla.

—Es tu prima —afirmé como si fuera una advertencia. Él parecía tener un cariño fraternal por la muchacha, pero no era garantía. ¿Cómo saber, con certeza, lo que pasaba por la cabeza de un hombre? En los rincones más oscuros de una mente podía haber secretos sombríos, que era mejor dejar escondidos.

—Como ya te dije, la considero una hermana. No la veo de ninguna otra forma que no sea como la niñita que quiero proteger. —Dio dos pasos y se acercó a mí—. Si necesito protegerla de ti, lo haré, no importa sobre quién tenga que pasar ni si debo empezar una guerra.

Dicho eso, Dominic se alejó de mí lentamente, con pasos comedidos y con elegancia, acercándose a otro grupo del cual yo no estaba interesado en formar parte.

Si mi intención era mantenerme lejos de Kiara y poner mi cabeza en su sitio, todo se fue al carajo, porque ese hijo de puta logró dejarme todavía más intranquilo.

Tomé otra bebida, haciendo exactamente lo mismo que con las anteriores: la bebí de un trago, creyendo que el alcohol podía bajar como un antídoto por mi garganta, librándome del preludio de una tragedia. Todavía había salvación, sin dudas. Era solo un leve error.

Fui caminando por el salón, sin responder a los saludos de las demás personas. Eso no importaba en absoluto, porque no era precisamente conocido por mi simpatía. La mayoría de los que estaban allí conocían muy bien mi carácter. Algunos me asociaban con mi padre, algo que no me gustaba, porque me hacía sentir un monstruo, exactamente como él lo fue. Luchaba todos los días para ser diferente, y una de las cosas que no podía permitir era dejarme atrapar por una mujer.

El amor podía convertirse en una enfermedad. Y yo no estaba listo para contagiarme.

Llegué al área externa del salón, intentando esconderme lo más posible. Escuchaba la música adentro, las voces, las risas, lograba ver a las personas bailando, divirtiéndose, como si nuestras vidas fueran parte de un cuento de hadas.

Todo aquello siempre fue demasiada hipocresía para mí. Fiestas, pompa, baile y lujo. Confraternizábamos como si fuéramos grandes amigos, pero si fuera necesario nos mataríamos unos a otros sin piedad. Si una de las personas que convivían pacíficamente en noches como esa cometiera algún acto de traición, recibiría un tiro en la cabeza y tendría los sesos esparcidos en un segundo.

Pero lo peor de todo eran los eventos de caridad. Yo mismo era benefactor de algunas instituciones y ONGs, lo que probablemente servía para redimirnos. Éramos religiosos también, de hecho. Matábamos a pedófilos y a cualquiera que lastimara niños y mujeres. Nuestro negocio se basaba en armas y drogas, clubes nocturnos y exportación e importación de bebidas, pero teníamos ciertos límites.

Límites que no nos convertían en mejores personas, pero que hacían que esas personas, al menos muchas de ellas, se hundieran en autocompasión y complacencia y se sintieran bien consigo mismas.

Perdí la cuenta de cuánto tiempo me quedé allí afuera. Para mi suerte, esa no era una actitud nueva. Muchas veces me aislaba en eventos, cansado de presenciar tanta falsedad, así que la gente ya no me molestaba más.

Ni siquiera cuando vi el movimiento, algunas horas después, de todos reuniéndose para cantarle el feliz cumpleaños a Sienna.

Desde donde estaba, podía verla bajar las escaleras otra vez, con un nuevo vestido, en un tono blanco y virginal, resplandeciendo con su largo cabello rojo.

Aun así, en mi opinión, no era tan bella como mi futura esposa.

Probablemente tampoco tan insistente.

Kiara apareció un tiempo después, acercándose con una sonrisa.

Era preocupante, incluso, que ya tuviera disposición para sonreírme. Sin dudas era preferible que siguiera con miedo, que mantuviera una distancia segura. Pero no iba a estar asustando a la chica gratuitamente. No quería ser, para ella, el monstruo que mi padre fue para mi madre.

—Estaba buscándote —dijo, poniéndose frente a mí.

Me quedé un rato parado, mirándola, observando cada una de sus adorables pecas, intentando entender cómo era posible que esa cosita inocente fuera a encajar en mi vida.

Nuevamente, el mundo de la mafia no era novedad para ella. Era hija de un *consigliere*, pero, aun así, imaginaba que había sido mantenida al margen de muchas cosas. Como mi esposa, su vida estaría en peligro, y yo tendría que advertirle sobre una infinidad de asuntos de los que seguramente fue privada a lo largo de sus diecinueve años.

—Estuve aquí todo el tiempo.

Su sonrisa se amplió, y otra vez me pregunté por qué se sentía tan cómoda conmigo. Tal vez, de hecho, fuera algo de su personalidad, algo realmente encantador, un modo empático que atraía a las personas hacia sí como un magnetismo.

Peligroso.

Yo era el fuera de la ley de los dos, pero ella era el peligro.

—La gente está yendo afuera para ver los fuegos.

—¿Fuegos?

—Sí. Va a ser bonito —comentó sin mirarme, con la cabeza baja y las manos entrelazadas en la espalda. Como una niña pidiéndoles a sus padres un regalo de Navidad.

No podía ceder. Si lo hacía una vez, podría ser desastroso.

—No soy muy sociable, Kiara. Creo que es mejor quedarme aquí. Pero ve. Te vas a divertir.

Sentí que se desanimó un poco, pero me mantuve firme.

—¿Puedo entonces quedarme aquí contigo?

—¿Vas a perderte los fuegos?

—Bueno, ellos van a subir al cielo, ¿no? Vamos a poder verlos desde aquí.

Kiara ni me dio la oportunidad de negarme, porque se puso a mi lado, en silencio. Era un espacio público, no podía expulsarla de allí, y tampoco quería eso.

Cuando el sonido de los primeros fuegos silbó en dirección al cielo, sentí su delicado brazo entrelazarse con el mío, y apoyó la cabeza en mi hombro.

Hacía mucho tiempo que alguien no se tomaba ese tipo de libertad conmigo. Desde que mi madre murió, y aun cuando estaba viva, bajo las miradas severas de mi padre, yo no sentía un toque cariñoso.

No debería hacer la menor diferencia, sobre todo porque fui condicionado a no necesitar amor y a creer que los sentimientos nos volvían débiles. Mi padre se aseguró de que lo aprendiera de la peor forma posible. Aun así, mi pecho se apretó levemente en ese instante.

El firmamento se pintó de diversos colores. Azul, rojo y dorado. Las luces brotaron como una suave lluvia de meteoros, unidas a una explosión cuyo sonido coincidía con el de mi corazón, que se aceleró sin que yo siquiera lo notara.

—Qué lindo —dijo en un susurro sutil, y de inmediato volví mis ojos hacia ella, creyendo que era una visión que merecía ser contemplada más que los fuegos.

Escuchaba los aplausos y los gritos animados, y Kiara también unió las manos, ovacionando el espectáculo. Sus hermosos ojos grisáceos brillaban, y sonreía, dándome otra vez la impresión de ser una niña inocente. Lo que me asustaba y también me llenaba de deseo.

Y fue ese deseo lo que me hizo realizar un movimiento, poniéndome frente a ella. Rodeé su cintura con un brazo, mientras la otra mano iba a parar a su rostro, tocándolo con gentileza.

—Juré que tu primer beso sería mío. Y lo será.

Observándola un poco sorprendida, uní nuestros labios y la besé.

CAPÍTULO NUEVE



K I A R A

Necesitaba perderte para encontrarme.

Este baile me estaba matando lentamente.

Tuve que odiarte para amarme.

LOSE YOU TO LOVE ME – ANDROMIDA / HALFLIVES

Fue inesperado. Desde que Giovanni simplemente me dejó sola en la pista de baile, tuve la impresión de que había decidido huir de mí. No tuve la menor duda de ello cuando lo vi afuera de la casa, observando el movimiento dentro.

Pero también sabía que él era así. Un poco antisocial; lo que no debería sorprenderme. Solo que las cosas que descubrí desde que comenzaron los preparativos del matrimonio me mostraron otro lado de mi futuro esposo, uno que me sorprendió y que me dio cierta libertad.

Sin embargo, realmente no esperaba que él me besara. Más aún porque no parecía muy propenso a hacerlo. Ni siquiera por la forma en que me había hablado.

A diferencia de cuando bailamos juntos, cuando su manera de mirarme y de hablar conmigo casi me hizo creer que le gustaba de algún modo.

Bueno… el beso, la forma en que me tocó y cómo me atrajo hacia él, decían que al menos sentía deseo.

De hecho, exactamente como le dije a Giovanni, nunca me habían besado. Desde que nuestro matrimonio se acordó oficialmente, supe que mi primer beso sería con ese hombre. Imaginé mil formas, y todas eran frías, sin sentimiento y de manera brusca, que me harían sentir como si me tomaran por la fuerza, solo para satisfacer la necesidad de mi esposo y cumplir con mis deberes como esposa.

No podría haber estado más equivocada.

Sus manos se posaron firmes sobre mí, agarrándome con ímpetu, sin darme la oportunidad de escapar o zafarme.

No es que quisiera hacerlo.

Su boca era mucho más suave de lo esperado, y claro, yo sabía cómo eran los besos en teoría, pero no esperaba que sentir su lengua acariciando la mía fuera algo tan erótico.

Lento, pero no suave. Intenso, pero no feroz, como si no quisiera que me asustara. Como si quisiera probar mis reacciones.

Solo tardé unos segundos en corresponder, en comprender la mecánica de la situación, en entender cómo debía comportarme. Para mi suerte, Giovanni era lo suficientemente experimentado como para enseñarme. Para ser un profesor competente para una alumna ansiosa por aprender.

Y, de nuevo, en todas mis fantasías sobre cómo sería mi primer beso, nunca imaginé que sucedería bajo una lluvia de fuegos

artificiales de colores. Ni siquiera podría imaginar algo romántico, mucho menos de un hombre tan oscuro.

Aun así, me sentía derretir en sus brazos, recibiendo mi primer beso y preguntándome si era tan bueno en eso, cómo sería cuando me llevara a la cama, en nuestra noche de bodas.

Llegué a estremecerme al pensarlo.

Giovanni pareció notar mi reacción, lo que hizo que se apartara y dejara de besarme de forma tan repentina como había interrumpido el baile.

Iba a huir de mí otra vez.

—Lo siento… —dijo con voz grave, tratando de recomponerse y acomodando su moño.

—¿Por qué lo sientes? ¿Por besar a tu novia?

Giovanni no respondió, solo me miró con el ceño fruncido. Lo vi tragar saliva, tenso.

—No debería ser así.

—Fue romántico —respondí, aunque tenía la impresión de que él hablaba exactamente de eso. Que no debería haber sido tan… especial.

Porque para mí lo fue.

Esa frase pareció despertar algo en Giovanni. Algo que juraría que no me agradaría en lo más mínimo.

Lo vi levantar la cabeza con altivez, casi con arrogancia. La imagen del jefe de la mafia que era.

—No te hagas ilusiones, Kiara. No quiero lastimarte. Nuestro matrimonio será como debe ser: un contrato.

Casi me quedo sin aire ante su sinceridad latente y cruel. Pero, ¿qué podía esperar? Nunca me dijeron que mi futuro esposo fuera un buen hombre. Al contrario.

—Sí, señor. Será como tú quieras —respondí con cinismo. Sabía que nuevamente estaba jugando con fuego—. Pero no creas que no sentí cómo reaccionaste conmigo. Tú también sentiste algo.

—Sí. Deseo. Lujuria. Eres una chica bonita —respondió impasible, sin mostrar la menor emoción.

En ese momento lo odié. Si simplemente me hubiera tratado así desde el principio, seguramente no me habría sentido tan mal con su indiferencia. El problema era tener restos de esperanza y darse cuenta de que todo era una ilusión.

Giovanni dio un paso más hacia atrás, como si yo tuviera una enfermedad contagiosa.

—Debo irme. Nos vemos.

Eso fue todo lo que dijo antes de darme literalmente la espalda y marcharse.

Solo eso. Sin una explicación. Sin despedida.

Sin prácticamente terminar el beso que había comenzado.

Fui literalmente rechazada después de mi primer beso. ¿Qué hombre era ese, tan carente de emociones?

El resto de la fiesta fue un caos de momentos sin sentido. Ni siquiera intenté sonreírle a la gente, solo asentía con la cabeza, y con Sienna apenas fui cordial como debería. La culpa no era de la chica, pero la extraña impresión de que todo había ocurrido en su fiesta, en ese momento, me parecía información demasiado relevante para ser ignorada por mi mente perturbada.

Salimos de la fiesta más tarde de lo que quería, y mis padres probablemente notaron que estuve demasiado callada. No era un corazón roto, porque no me había apegado tanto a Giovanni para sentirme tan mal por el rechazo. Estaba molesta por la forma en que me habían tratado. Sintiendo humillación.

Tardé en dormir, dando vueltas en la cama, pensando en cómo me casaría con ese hombre. ¿Qué haría cada vez que me besara o que tuviera relaciones conmigo? ¿Tendría la valentía de dejarme sola cada vez? ¿Me diría que no soy más que un cuerpo que le provoca deseo?

Solo que esa duda no duró mucho, porque el lunes, María entró en mi cuarto muy seria, golpeando la puerta con cuidado, poco después de que despertara.

—*Principessa*, tu padre te está llamando a la oficina.

—¿Pero a esta hora? ¿No ha salido todavía?

—Salió, pero muy temprano. Acaba de regresar. —Su expresión no era nada buena.

Empecé a levantarme de la cama para prepararme. No iba a tardar, solo cambiarme de ropa y peinar un poco el cabello.

—¿Tienes idea de qué puede ser? —pregunté mientras me vestía, frente a María. Ella me había cambiado los pañales, no había problema en que me viera en ropa interior.

—No, querida. Pero escuché por arriba, cuando le habló a tu madre, que se reunió con el señor Caccini.

—¿Con Giovanni?

—Sí. No pareció ser una conversación muy buena —María comenzó a ayudarme a vestirme para ir más rápido y a peinarme—. Se encerró en la oficina con tu madre, y ella se alteró un poco por lo

que hablaron. No pude escuchar nada, porque vine a llamarte lo más rápido posible.

¡Dios mío! Sin duda no podía ser algo bueno.

Recogí mi cabello en una cola de caballo para hacerlo más rápido y simplemente bajé, golpeando la puerta del despacho de mi padre. Mi madre abrió, y traté de leer su expresión, sin éxito. Parecía haber una mezcla de pena y enojo, lo que me dejó confundida.

—Buenos días —los saludé, vacilante, entrando y mirando de uno a otro sin saber qué hacer—. María dijo que querías hablar conmigo, *papá.*

—Siéntate —ordenó con firmeza, sin dar margen a la rebeldía.

Respiré hondo y obedecí. Mi madre se colocó detrás de mí, de pie, demasiado inquieta para sentarse.

—¿Qué pasó en la fiesta de Sienna?

Volví a mirar a ambos, aún confundida.

—Pasaron muchas cosas.

—Quiero saber qué pudiste haber hecho para que Giovanni decidiera romper el compromiso.

—¿Qué? —exclamé, alzando el tono de voz, una octava más alto—. ¿*Rompió* el compromiso?

—Sí, y sin decir el motivo. Solo dijo que ustedes dos son incompatibles y que nunca funcionaría.

Me quedé aturdida. Si hubiera estado de pie, habría caído al suelo o a la silla. Me estremecí, sintiendo un escalofrío mientras mi mente giraba.

—¿Incompatibles? —repetí, intentando buscar en mi cabeza el significado de la palabra.

Todo lo que podía pensar era que Giovanni no creía que fuéramos compatibles. ¿Habría llegado a esa conclusión con un solo beso?

Probablemente hice todo mal. Probablemente desde el momento en que nos conocimos, ya me estaba analizando. Pensé que nuestro compromiso era algo establecido, y no que todavía estaba pasando por una prueba.

Si lo hubiera sabido… ¿habría hecho algo diferente? ¿Habría actuado como la sumisa y fingido ser la chica sin opinión que él pensaba que yo era?

—No puedo creerlo… —empezó a decir mi madre. La miré cuando se dejó caer en la silla a mi lado, desolada—. Todo estaba bien. Los vieron juntos. El matrimonio se estaba preparando. Era el comentario de todos en esa fiesta, sobre lo bien que se veían juntos, incluso con la diferencia de edad. ¿Qué voy a decirles ahora?

¿Esa era su preocupación?

—Todavía estoy esperando la explicación de qué pudiste haber hecho para que Giovanni desistiera. Siempre fue un hombre de palabra.

—¿Qué hice yo? —me indigné—. ¡Qué hizo él! Hasta el sábado todo parecía estar bien. Él me… —iba a contar sobre el beso, pero sentí mi rostro arder solo de recordarlo. No era algo que quisiera decirle a mi padre—. Bueno, fue amable. Mucho más amable de lo que esperaba.

Solo que se alejó después del baile. También después del beso. Y no de manera normal, sino como si hubiera visto un fantasma. Como si yo le hubiera causado algo.

Me sobresalté y mis pensamientos se interrumpieron cuando mi padre abrió la mano y dio un golpe fuerte en la mesa. Incluso mi madre se asustó.

—Otra prueba de que algo pasó. De que le disgustaste. Sé que no eres una chica que se muerde la lengua, y probablemente dijiste algo que le hizo darse cuenta de que no serías una buena esposa.

—¡Tom! ¡No hables así de nuestra *bambina!* —Mi madre intentó defenderme, y la miré con gratitud.

—¡No honraste a nuestra familia! ¿Tienes idea de lo importante que era este matrimonio para nosotros? —Papá se levantó de la silla, y me asusté. Sabía que no era agresivo con nosotros, pero en ese estado, temí su reacción—. ¿Tienes idea de cómo te verán ahora? ¿De lo imposible que será conseguir un buen matrimonio?

Sí, tenía razón. Fui rechazada por uno de los hombres más importantes de la Cosa Nostra. Un jefe de la mafia. Una novia abandonada, probablemente sería reemplazada por otra. Eso me arruinaría para siempre.

Aun así, a Giovanni no le importó.

Y ¿por qué le importaría, si yo no significaba nada para él? Me descartó como si fuera un objeto útil, sin el menor remordimiento, poco antes de subir al altar.

Mi corazón se encogía en el pecho. Podría haberme enamorado de él. Por cómo iban las cosas, su forma seductora fácilmente me habría dominado.

Pensé que podríamos tener un matrimonio feliz, aunque Giovanni nunca se rindiera ante mí. Aunque solo me viera como la esposa trofeo, podría gustarme, ser bien tratada y manejar nuestra casa, tener hijos y mantenerme lo más alejada posible de sus negocios.

Pero todo eso fue el sueño de una chica tonta.

Odiaba a Giovanni a partir de ese momento.

CAPÍTULO DIEZ



GIOVANNI

No parezco un héroe

Linda florecita, ¿por qué no te sientas y te portas bien?

BURN IT ALL DOWN - CORVYX

Con los dos codos apoyados en la mesa, hundí el rostro en las manos, sintiendo cómo el dolor de cabeza se expandía por mis sienes, quemando y palpitando.

Sería un día de mierda.

No había sido una decisión fácil, pero probablemente la mejor para todos nosotros. No podía involucrarme con mi esposa. Sabía que sería peligroso, que podría haber un monstruo dormido dentro de mí que, en algún momento, me haría actuar como mi padre.

Posesión.

Celos.

Control.

¿Cuánto podría evolucionar eso hasta convertirse en una obsesión enfermiza, hasta el punto de hacerle daño?

Yo no era como mi padre. En eso debía creer. Pero, ¿quién podría garantizarlo?

Un golpe en la puerta me hizo levantar la cabeza.

—Adelante —pedí, y observé a Tomazzio pasar por la rendija abierta, cerrar la puerta y acercarse—. Pensé que no aparecerías hoy otra vez.

La última vez que nos vimos, esa misma mañana, rompí el compromiso con su hija. Si no estaba allí para darme un puñetazo, era, de hecho, un hombre muy leal.

—La vida tiene que continuar —respondió. No parecía tan cómodo como de costumbre, ya que me conocía desde niño, y supuse que nuestra relación se vería un poco tensa, aunque en algún momento todo volvería a la normalidad.

Yo estaba intentando proteger a su hija de mí mismo, por eso la rechacé. Pero mantendría esa información en secreto, porque era mejor así.

—¿Cómo reaccionó Kiara? —No debería ni siquiera preguntar eso, para ser sincero, pero quería saber.

—Creo que se enojó. Lo superará, pero necesitaremos llevarla fuera del país por uno o dos meses. Los comentarios podrían ser crueles.

Respiré hondo, intentando fingir que esa información no me afectaba. En el momento en que tomé la decisión, pensé que la estaba protegiendo, pero la arrojé a un mar de hijos de puta.

—Pero, nuevamente, lo superará. Ya estoy considerando otras opciones —dijo Tomazzio, y nuevamente sentí que una reacción burbujeaba dentro de mí.

—¿Quién? —la pregunta salió como un gruñido.

No eran celos, claro, sino posesión. Esa que justamente me hizo desistir de Kiara, porque sabía que ella podría sufrir las consecuencias de un sentimiento tan oscuro.

—Bueno, creo que nuestra opción ahora es Bruno. Tenía mucho interés en mi Kiara y quizá el hecho de que ella haya sido rechazada por ti no le afecte.

¿Por qué le afectaría? Yo veía cómo la miraba, cómo la devoraba con la mirada.

Me levanté de la silla, sintiéndome mucho más alterado de lo que debía, porque las imágenes de Kiara en la cama, virgen e intocada, con esa mirada inocente, siendo poseída por otro hombre que no fuera yo, me irritaban enormemente.

Que Kiara se convirtiera en esposa de alguien más me causaba un malestar casi doloroso.

No podía ser de nadie más. Solo mía. Pero yo la había rechazado.

Me di la vuelta frente a Tomazzio, metiendo las manos en los bolsillos y cerrándolas en puños.

En ese momento, quería matar a Bruno. Quería llenarle la cara de golpes solo por haber sido considerado como marido de Kiara. De la mujer que deseaba. Que podría haber sido mía, pero que yo rechacé.

—Giovanni, ¿estás bien? —preguntó el hombre, y sabía que estaba a punto de explotar.

Así que tomé la actitud más infantil posible, gobernado por esos sentimientos tan nuevos y desconocidos; la falta de control sobre mis emociones dictaba las reglas en ese momento.

—Sí. Más que bien. Necesito resolver esta cuestión de mi matrimonio.

—¿Qué? —preguntó Tomazzio, y me giré hacia él, viendo que estaba confundido.

—Aún debo casarme. Sienna es una buena opción.

—¿Sienna?

—Claro. Una mujer hermosa, de familia tradicional, entrenada, como Kiara, para ser una esposa perfecta.

Pude ver en los ojos de Tomazzio cuánto tuvo que controlarse para no explotar y no faltarme el respeto. Sería comprensible, pero yo seguía siendo su jefe. No arriesgaría nada, aunque los sentimientos de su hija estuvieran en juego.

Ya conocía a Sienna. No lo suficiente para decidir si sería o no una buena esposa o para conocer mis posibles sentimientos hacia ella. Pero su forma complaciente, el comportamiento de mujer intocable y casi etérea, como si no fuera real, sino un producto moldeado, no me agradaba. Habría seguridad en la relación. La certeza de que todo estaría bajo control.

Mi actitud había sido correcta; la mejor posible.

Kiara estaría segura. *Yo* estaría seguro.

Mejor así.

A partir de esa decisión, todo sucedió muy rápido. Las negociaciones para el matrimonio se cerraron en menos de una semana, y Sienna se convirtió en mi prometida.

Mi *fidanzata.*

No… ni siquiera tendría la valentía de usar esa palabra con ella.

Nuestro primer encuentro fue un almuerzo, en un restaurante elegante de Manhattan, y ella llegó después, escoltada por los

hombres de Bruno.

No había duda de que era una mujer hermosa; probablemente una de las más bellas que había visto. Pero no más que…

Interrumpí mis pensamientos cuando nos saludamos y ella besó mi anillo, en señal de respeto, sentándose justo frente a mí.

Una vez más, mis pensamientos volvieron a la ocasión en que lo mismo sucedió con Kiara; cuando dudó antes del saludo tan común, y eso me hizo verla de otra manera.

Intentando liberarme de pensamientos indeseados, observé a mi futura esposa.

Cada uno de sus movimientos era calculado. Cómo acomodaba el bolso pequeño y delicado sobre la mesa, cómo posicionaba las manos, cómo desplegaba la servilleta sobre el regazo.

Su rostro era una máscara impasible. Sus ojos sin emoción. No sonreía, no me miraba.

Aburrida. No provocaba absolutamente nada en mí.

Era lo suficientemente perfecta.

—Espero que estés de acuerdo con la idea del matrimonio. Sé que fue un poco repentino… —empecé a hablar, y ella solo me miraba, atenta, esperando que terminara, en un acto de sumisión.

—No. Fue una sorpresa, sí, pero un pedido aceptado con honor. Me siento halagada de ser tu prometida.

Parecía estar hablando con una puerta. Un texto ensayado. Aún sin ninguna emoción en los ojos.

—Me alegra.

Solo sonrió y movió la cabeza. Complaciente. Bien entrenada.

No podía dejar de enumerar sus cualidades, pero todas eran características que no me agradaban.

Llegó el camarero, trayéndonos el menú. Elegimos nuestros platos, y yo pedí un vino.

Se suponía que sería una celebración.

La conversación no avanzó en absoluto. Sobre todo porque yo estaba más interesado en no saber nada sobre ella. Cuanto menos supiera, más probable era que la mantuviera como mi esposa de conveniencia.

Una esposa porque necesitaba tener una. Como jefe. Como líder. Como hombre de familia.

La dejé en la puerta del auto, escoltada por sus hombres, con un beso casto y formal en su mano y promesas de que nos veríamos pronto.

Al salir de allí, mi misión era otra.

Dominic me había enviado varios mensajes cuando se terminó el compromiso con Kiara, todos con un tono muy acalorado. Prometía ajustar cuentas si yo lastimaba a Kiara.

Pero Kiara podría salir mucho más dañada si se casaba conmigo.

Aun así, no quería sentirme un cobarde ni huir de su juicio. Ya que estaba en Nueva York, debía casi como una obligación ir a verlo y dejar que despotricara todo lo que quisiera.

Entré a su oficina, sabiendo que ya habían anunciado mi nombre. Estaba hablando por teléfono, coordinando la entrega de un cargamento de armas que requeriría inspección por sus hombres de confianza.

Dominic ya no parecía amigable, porque aparentemente hubo un error en el despacho, pero su voz seguía firme, aunque calmada y en total control.

Alzó la vista hacia mí, mirándome como si fuera un insecto insignificante que podía aplastar con la punta del zapato.

Terminó la llamada sin apuro, se levantó y caminó hacia mí con calma. Cuando se acercó, no me sorprendió sentirlo agarrándome por la solapa y presionándome contra la pared.

—Te ordené que no la lastimaras.

—No creo que estemos en posiciones de jerarquía diferentes para que tenga que aceptar tus órdenes.

Chasqueó los dientes y agarró con más fuerza la solapa de mi saco.

—¡Es solo una chica, Giovanni! *¡Che cazzo!* ¡Sería una buena esposa para ti!

—No, no lo sería —respondí. Solo que no podía explicar el motivo. Ni quería. ¿Cómo admitiría que actué como un idiota infantil huyendo de una chica solo porque había una posibilidad de que despertara un sentimiento en mí?

Un sentimiento que podría convertir su vida en un infierno.

—¡Te arrepentirás! —exclamó, todavía enojado, y se apartó, soltándome—. Debería matarte. Debería hacer valer el honor de mi prima, pero dejaré que la vida te enseñe el error que cometiste. Sé que…

Iba a decir algo más, pero su teléfono sonó.

—*Ciao* —contestó, y rápidamente su expresión se volvió más seria, más profesional—. Estaré allí en unos minutos.

Guardó el celular en el bolsillo del saco y se preparó para pasar a mi lado.

—Todavía no terminamos esta conversación. Puede que hayas actuado como un cobarde con mi prima, pero no lo harás conmigo. Tenemos cuentas que ajustar.

Entonces me dejó solo, entre la certeza de que había hecho lo correcto y la sensación de que podría haber perdido algo que nunca había sido mío.

CAPÍTULO ONCE



En el más alto silencio

Somos como tierra y diamantes.

Nuestras palabras golpean como el silencio.

Aún así, te estás aferrando

ME WITHOUT YOU – FLOOR JANSEN

DOS MESES DESPUÉS

El aplauso nos recibió. La mujer a mi lado, tomada del brazo, no sonreía. Parecía tan poco entusiasmada con ese matrimonio como yo.

Durante los últimos dos meses, evité visitarla, usando como excusa la distancia de más de setecientos kilómetros que nos separaba, y ella no se quejó, no objetó, no intentó disuadirme.

En las pocas ocasiones en que nos vimos y hablamos, no descubrí absolutamente nada sobre ella. Lo que consideré muy bueno. Seríamos dos extraños viviendo en la misma casa. Yo disfrutaría de su cuerpo, porque quería herederos, y trataría de hacer que ella correspondiera de la misma manera, pero tenía la

impresión de que Sienna era una mujer de hielo. Nada podría derretirla.

O tal vez había algo, pero no tenía intención de averiguarlo.

Sería una vida a medias, pero mejor que vivir siempre con miedo de llegar a mis límites.

Esa noche estaba hermosa, sin dudas, pero mis ojos, inconscientemente, buscaban a otra persona en medio de la multitud de invitados. Mientras nos felicitaban por el compromiso, que se estaba volviendo oficial, a quien quería encontrar era a una sola chica, que debía estar en el lugar de Sienna.

Solo que ella no estaba allí. Al menos, todavía no. Sus padres sí.

Sabía que Bruno había aceptado realmente la propuesta de Tomazzio para casarse con Kiara, pero no tenía idea de cuál era su opinión al respecto.

¿Acaso él también se había sentido cautivado por su manera dulce y su mente aguda, que no se conformaba con quedarse callada y actuar como la damisela perfecta?

Una vez más, no era asunto mío.

—Giovanni, mi hermano está llegando —llamó Sienna, tocando mi brazo con gentileza.

Me volví hacia la puerta, extrañado de que Bruno se retrasara, ya que era uno de los más interesados en el matrimonio de su hermana conmigo. De todos los involucrados en el proceso, él había sido el más entusiasmado, forzando una intimidad conmigo que no existía.

Se detuvo en la puerta, altivo como siempre, mirando hacia atrás, esperando.

Cuando apareció su acompañante, ahí estaba ella.

El cabello rubio estaba suelto, con rizos al final, y el vestido de un tono durazno tan suave que hacía que su piel clara pareciera aún más delicada. Su escote quedaba expuesto porque las mangas eran al estilo gitano, lo que hacía la prenda muy sensual, aunque romántica.

Fue completamente involuntario que mis ojos se fijaran en Kiara. Levanté la cabeza e intenté mantener mi expresión intacta, incluso cuando ella también me miró.

La chica permaneció completamente seria, pero respondió de la misma manera, con un leve levantar de cabeza, que no era más que otro de sus actos de ligera y encantadora rebeldía.

Bruno le susurró algo al oído y ella miró hacia mí y hacia Sienna, llevando a la novia en nuestra dirección.

Los vi caminar juntos, entrelazados como pareja, y sentí mi sangre hervir.

Debería haber sido mía.

Había sido mi *fidanzata*, por poco no se convirtió en mi esposa. Fui dueño de su primer beso. Pero no sería su primer hombre, porque la dejé.

Ella pertenecería a otro, y todo lo que podía hacer era mirar.

Pero era mejor así, porque el sentimiento de posesión que me corroía en ese momento ya indicaba que nada bueno surgiría de este enlace.

Bruno abrazó a su hermana con entusiasmo, aunque la chica no correspondió de la misma forma. Kiara y yo, en cambio, quedamos frente a frente.

—Buenas noches —la saludé, intentando mantener la cortesía.

—Buenas noches, señor —respondió, educada, pero con visible resentimiento.

—Debe besar el anillo de él, *mia cara* —intervino Bruno, visiblemente avergonzado.

Kiara permaneció firme, todavía mirándome. Vi sus labios temblar de odio, pero no reaccioné. Parecía más un choque de egos.

—No lo haré. Respeto al jefe de nuestra *famiglia*, pero hay límites que no estoy dispuesta a cruzar.

Sabía que había personas alrededor, todas escuchándonos. No quise mirarlas, porque sus opiniones no debían importar en absoluto. Se escucharon susurros, pero tampoco intenté oírlos, pues habría perdido la compostura y respondido.

Vi a Kiara prepararse para irse, pero su brazo fue sujetado con fuerza por Bruno. Mucho más de lo necesario.

Hizo un gesto de decirle algo, pero, todavía con la sangre caliente, cerré la mano sobre el puño del hijo de puta y lo alejé de Kiara al mismo tiempo que ella hacía una mueca de dolor.

—No es necesario —me apresuré a decir—. Así como no es necesario que la toques con ese tipo de violencia.

—Es mi *fidanzata* —se erigió Bruno, aunque probablemente sabía que no me daba miedo.

El problema no era la actitud, sino lo que dijo.

Todavía sosteniendo su puño, presioné un punto que sabía que sería extremadamente doloroso. Una especie de golpe que usaba en sesiones de tortura al principio, algo ligero, solo para calentar.

Abrió la boca, soltando una exclamación de sorpresa, pero obviamente sabía que mostraría una gran vulnerabilidad, lo que lo

mantuvo en silencio.

—No. La. Llames. Así —gruñí literalmente, como un perro celoso, atacando a otro que recibía la atención de su dueño.

Era la actitud más ridícula que podría tener, pero incontrolable.

Siendo un hombre acostumbrado a la frialdad de la vida, a la crueldad y la maldad, todo eso era muy nuevo para mí. Me sentía un niño descubriendo algo por primera vez.

Y eso porque no había tenido tiempo de involucrarme. Solo era atracción y la sensación de que la quería para mí.

Eché un vistazo a Kiara, que todavía estaba junto a Bruno, con los ojos abiertos. Sienna, por su parte, permanecía parada, observando la escena. No tenía idea de lo que pasaba por su cabeza.

Otros miraban hacia nosotros, atónitos. Una mujer se llevó la mano al pecho, boquiabierta. Otra soltó una exclamación de "Dios santo". Estaba creando un espectáculo, y no era mi estilo.

Solté a Bruno lentamente, sabiendo que cualquier movimiento brusco me haría parecer ridículamente desesperado, lo cual no era el caso. Todo ese asunto terminaría pronto.

Me casaría con Sienna. Ella era la esposa perfecta para mí.

Y hablando de ella, por primera vez sentí su reacción ante toda esa escena que también la involucraba. Su mano llegó a mi brazo, en un toque que parecía querer confortarme.

—Vamos, Giovanni. Necesitamos hablar con otras personas.

Claro que esa no era su intención. Quería sacarme de allí antes de que ocurriera otro conflicto. Aunque ya me había alejado de Bruno, todavía estaba lleno de rabia, sin entender del todo por

qué. No tenía derechos sobre Kiara para reclamar nada, mucho menos su forma de llamarla.

Seguí a Sienna, lanzando un último vistazo a Kiara, todavía asustada por mi comportamiento. Y no era para menos.

Por supuesto, los comentarios sobre mi conducta circularían por toda la sala, pero hice todo lo posible por parecer ajeno y continuar actuando como el anfitrión de mi propia fiesta de compromiso.

Me hicieron bailar con Sienna, y ella también actuó como una novia impecable, aunque se notaba un poco incómoda en su expresión y comportamiento.

Poco después, los invitados fueron llamados al comedor, porque la comida estaba lista. Nos acomodamos en una mesa enorme, casi como la realeza, en fila. Yo estaba en el centro, con Sienna a mi lado. Del otro lado, Bruno y Kiara.

Había otras personas importantes conmigo: Tomazzio y su esposa, mis capos, hombres de confianza. Personas con quienes me gustaba rodearme, aunque la ocasión no fuera de mi agrado.

Una de las sillas estaba vacía. Giuseppe ya había sido reemplazado, y aunque era un hombre muy importante, en la Cosa Nostra sabíamos que nadie era insustituible, ni siquiera los jefes. La organización era mucho más grande que nosotros.

Miré el espacio vacío, notando la ausencia de uno de mis capos. No tenía idea de qué había pasado, pues lo había visto con su esposa un poco antes.

Quise esperarlo para hacer el brindis, pero ya estaba harto de la noche. Solo quería que termine y volver a casa para intentar dormir, porque mi cabeza ya latía nuevamente.

Me levanté, sosteniendo la copa y levantándola de la mesa, tomando también un cuchillo para tintinear y anunciar el brindis.

Casi no terminé el gesto, porque vi al capo correr, detenerse junto a Tomazzio y susurrarle algo al oído. Este abrió los ojos y se volvió hacia mí de inmediato, llevando una mano a la funda que llevaba en la cintura. Entendí rápidamente que algo andaba mal.

—Bruno —me susurró—. Es el traidor. El instigador del asesinato de Giuseppe.

No necesité más información. Probablemente después querría saber cómo se descubrió, pero sabía que mis hombres llevaban tiempo investigando.

Me puse en alerta, vi el movimiento de Bruno, y él se levantó, tomando el arma, agarrando a Kiara y llevándola con él. Salté de la silla, imitándolo y apuntando el revólver hacia él.

Miré a Kiara, que estaba aterrada, con el brazo agresivo de Bruno sobre sus hombros, manteniéndola prisionera.

Yo estaba acostumbrado al caos. Convivía con la muerte todos los días, tanto la mía como la de los que me rodeaban. Para sorprendernos. Para dar el primer tiro, sin importar el precio.

Era matar o morir.

En ese caso, dudé. Por primera vez dudé.

CAPÍTULO DOCE



K I A R A

Eres la espina en una rosa y me haces sangrar.

Y tu olor es un veneno que me gusta respirar.

Pero no puedo mirar atrás

Simplemente no puedo mirarte

VILLAIN – HALFLIVES

No era inocente respecto al lado violento de la mafia. Nunca dudé de que algún día tendría que presenciar de cerca un acto extremo, una demostración de la crueldad que habitaba en el corazón de esos hombres y que ellos confundían con justicia o lealtad a una causa tan oscura como ellos mismos.

Solo que no esperaba ser yo quien estuviera en la mira de un arma.

Por un momento, lo único que pude hacer fue paralizarme por completo y mirar a mi alrededor, intentando comprender cómo había ocurrido aquello en un abrir y cerrar de ojos.

En un instante estaba en la fiesta de cumpleaños de mi ex novio, el hombre que me había herido más de lo que podía imaginar,

y al siguiente me había convertido en rehén, sin entender siquiera por qué.

Saber que Giovanni había decidido casarse con Sienna fue como recibir un golpe en el pecho. No es que dudara de que elegiría otra novia, porque necesitaba casarse cuanto antes, pero aún esperaba que se tomara su tiempo, que esperara…

¿Pero por qué esperaría?

¿A quién quería engañar? La verdad era que aún albergaba la esperanza de que terminaría volviendo a mí, que cambiaría de opinión y me reclamaría nuevamente como su *fidanzata.*

¡Tonta!

¡Estúpida!

¡Mira a dónde me han llevado estos sentimientos ridículos!

Bruno me sujetaba con fuerza a su lado, y por más que no quisiera hacerlo, mis ojos se dirigieron hacia Giovanni.

Él estaba completamente alerta, con su revólver apuntando en nuestra dirección.

¡Dios! Había muchas armas apuntándonos, de hecho.

Tenía la certeza de que no saldría viva esa noche.

—Suelta a la chica, Bruno —dijo Giovanni con tono de orden, calmado y mesurado como siempre. Aun así, podía ver su mandíbula tensa y los hombros erguidos, rígidos.

Dominic no estaba en esa fiesta, porque había afirmado que no estaba de acuerdo con el matrimonio. Quizá me sentiría más segura con su presencia, aunque él probablemente sería más imprudente en sus decisiones.

—Kiara es mi garantía de que saldré de aquí y que nadie me detendrá. Vi cómo la miras —dijo Bruno.

—Y no vas a matar a tu propia novia —afirmó Giovanni, aunque sin parecer del todo convencido. Claramente estaba negociando.

Pensándolo bien… Quizá morir fuera una opción mejor que casarme con Bruno Esposito. Por la manera en que se permitía libertades conmigo, cómo su mano recorría lugares a los que no tenía derecho, y las promesas pervertidas que me había susurrado cuando estábamos solos, todo lo que quería era desaparecer antes de casarme con ese loco.

Sin embargo, sospechaba que después de haberme apuntado con un arma, eso ya no ocurriría.

Pero, ¿qué había llevado a todos a actuar así? Vi a mi padre susurrándole algo a Giovanni, pero no escuché nada. Me habían tomado completamente por sorpresa, de la peor manera posible.

—No me subestimes —dijo Bruno, lo que me provocó un escalofrío.

No dudaría de su capacidad de apretar ese gatillo y dispararme en la cabeza si fuera para salvar su propia piel.

—Si me dejan salir de aquí, Kiara vivirá. Esa es la condición. Si vienen por mí, ella pagará el precio.

Mientras me mantenía como rehén, me fue arrastrando hacia atrás. Intenté forcejear, reaccionar, pero me golpeó la cabeza con la culata de la pistola con suficiente fuerza para dejarme aturdida. Así logró llevarme con más facilidad, sin que pudiera defenderme.

Mirando a mi alrededor, vi que algunos hombres de Giovanni, principalmente sus capos, estaban listos para actuar, aun a costa de mi seguridad, pero él levantó el brazo y dijo algo que no pude

entender, porque mi cabeza ya no me permitía procesar nada con claridad.

Podría jurar que perdí el conocimiento por unos segundos, despertando, todavía muy aturdida, al ver que me arrastraban hacia el estacionamiento de la casa.

No había nadie más. Pero no era tan valiosa como para que dejaran escapar a un traidor en nombre de mi seguridad.

Sabía que Giovanni enviaría a alguien. Ya estaba preparada para que las cosas se pusieran intensas, para ser rodeada, pero lo único que vi fue a él mismo aparecer, con el arma en la mano y los brazos levantados.

—Ah, ¿vienes por tu ex noviecita? —Bruno se rió como si todo fuera divertido. ¡Qué hombre más enfermo! —. Imaginé que tenía algún valor para ti.

—Déjala ir, Bruno. Estoy aquí, solo, y quiero que sueltes a la chica y no le hagas daño.

Respiré hondo, sorprendida por la actitud de Giovanni. También vi a mi padre a lo lejos y no dudé de que, efectivamente, pronto estaríamos rodeados.

Claro que Giovanni fingía interés en salvarme. Como lo había pensado antes, yo no era tan importante.

—No tan solo —respondió mi agresor, también mirando a mi padre, pero continuó retrocediendo. Había un coche cerca, y supuse que trataría de meternos dentro para escapar.

¿A dónde me llevaría? ¿Me mantendría como rehén? ¿O me mataría en cuanto estuviéramos a solas?

Peor aún… ¿me tocaría contra mi voluntad?

Eso me provocó un pánico aterrador, y comencé nuevamente a intentar liberarme de sus brazos. No estaba en mi condición normal, aún me sentía aturdida, pero no quería hacer el papel de damisela indefensa que necesita a un hombre fuerte e invencible para salvarla.

Logré doblar el codo y golpear su estómago con toda mi fuerza. No era mucha, porque aún no estaba bien, pero Dominic me había enseñado algo sobre defensa personal, y probablemente acerté alguna costilla, porque Bruno gritó de dolor y me soltó.

Corrí lo más rápido que pude, con las piernas temblorosas y medio tambaleantes, hacia Giovanni. En ese momento no importaba que me hubiera rechazado, quería su protección.

Estaba a mitad de camino cuando alguien me agarró como un huracán, levantándome del suelo y tirando de mí, aunque seguía forcejeando. Pateé, pataleé, grité, pero fui nuevamente sometida y no tuve mucha noción de lo que pasó después.

Escuché disparos, gritos de hombres y supe desde el principio que había personas heridas.

Mi padre… ¿estaría bien? Fue mi primera preocupación.

Perdí el conocimiento de nuevo por unos instantes, pero desperté cuando unas manos fuertes se cerraron alrededor de mis brazos y me tiraron hacia ellos.

—¿Kiara? —Su voz me trajo de vuelta, aunque sabía que no por mucho tiempo. Pronto sucumbiría.

Abrí los ojos lentamente y lo vi. Bello con su smoking, los ojos aún fríos, pero con una ligera arruga de preocupación.

En mi completo desconcierto, sonreí.

—Me salvaste… —susurré, sintiéndome como si estuviera ebria.

—Está todo bien ahora.

Con el rabillo del ojo, percibí un movimiento junto a Giovanni y vi a mi padre, también agachado y tocándome la cabeza, buscando una herida. Estaba bien, después de todo.

—No está sangrando. Pero necesita un médico. Mi hijita… —sonaba desesperado.

Quise calmarlo y decirle que estaba bien, pero no podía hablar. Solo sentí cuando me levantaron del suelo y me acomodaron en los brazos de Giovanni, apoyando mi cabeza en su pecho, porque simplemente caí allí.

—Estás a salvo —afirmó con convicción inquebrantable. Nunca podría dudar de eso.

Mientras me llevaba hacia dentro de la casa, como si no pesara nada, sentía el ritmo de su corazón latiendo, prueba de que no estaba tan calmado como intentaba aparentar.

Perdí el conocimiento nuevamente durante el proceso, dejándome arrastrar por la oscuridad.

CAPÍTULO TRECE



Ten cuidado, es un mundo loco.

Estás caminando con las serpientes en la hierba.

Sí, es un mundo malo, con gente loca.

Nunca le des la espalda a la noche

Porque acechando en las sombras

Hay monstruos peores que los tigres y los osos.

Vivir en la jungla,

Es una pesadilla

No digas que no te advertí

BE CAREFUL – TOMMEE PROFITT

Nunca me había parecido tan indefensa. Mientras la observaba, muy seriamente, después de que el médico la examinara y le diera un analgésico para el dolor, lo que la mantuvo inconsciente, no podía sacar de mi cabeza la imagen de ella siendo tomada como rehén por Bruno.

Me mantuve al lado de la cama, con los brazos cruzados, sintiendo la oscuridad recorrer mis venas.

Me esforcé por respirar, por mantener el control. Por fuera, cualquiera que me viera creería que estaba en total calma, aunque por dentro quisiera hacer explotar el mundo entero solo para encontrar a Bruno y matarlo despacio por lo que había hecho.

Cerré una de mis manos en puño, apoyando el codo en la otra, mientras escuchaba que alguien entraba.

—Giovanni, ¿podemos hablar? —Era Tomazzio. Más que nadie, la única persona que podría entender lo que sentía era el padre de Kiara. Y aun así, eran emociones diferentes.

—Podemos. Aquí. No saldré de este cuarto.

Le lancé una mirada a Tomazzio, y parecía confundido. No era para menos. Por la manera en que rechacé a su hija, al romper nuestro compromiso, era lógico pensar que no me importaba en absoluto.

Y quería creer que realmente no me importaba. Que lo único que movía mi odio en ese momento era la actitud de Bruno: no solo por traicionarnos, sino usar a una de nosotros, *una principessa* de la Cosa Nostra, como escudo.

—Necesito hablar contigo sobre Bruno… Insistió mucho en casarse con Kiara. Creo que siente algo por ella. Alguna obsesión. Y desde hace mucho tiempo. Temo que vuelva y le haga daño a mi hija. Debo protegerla, así que déjame llevármela a casa.

—¿De verdad crees que estará más protegida en tu casa que en la mía?

Tomazzio suspiró, frotándose la frente con el pulgar.

—Es mi hija, Giovanni.

Entendí lo que quería decir. Kiara no era mía. Ni siquiera tenía derecho a protegerla después de haberla lastimado.

Ignoré el comentario, porque necesitaba digerirlo, y decidí concentrarme en lo que realmente importaba. Descrucé los brazos, metí las manos en los bolsillos y comencé a caminar por el cuarto de huéspedes donde había colocado a Kiara.

—Quiero saber cómo llegaron a la conclusión de que Bruno era el traidor. ¿Qué pasó? Porque hasta donde sé, la investigación sobre la muerte de Giuseppe no nos llevaba a ningún lado.

—En las últimas semanas se descubrieron algunas cosas. La primera fue que casi todos nuestros capos fueron abordados por alguien. Querían probar la lealtad, pero ninguno cedió.

—¿Por qué Giuseppe entonces?

—Aparentemente, él no solo no cedió, sino que se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Encontramos algunos documentos guardados en una caja fuerte. Incluso comentó su pequeña investigación con un abogado, nuestro asociado, pero quería acercarse solo cuando tuviera algo concreto. Incluso después de que Giuseppe murió, el hombre continuó investigando.

—¿Y qué descubrieron?

—Que Bruno quería contratar a alguien de dentro para matarte.

Eso no me sorprendió, ni me asustó. Solo demostraba algo de lo que nunca tuve dudas: mis hombres eran leales. Había elegido un equipo que valía la pena. Lamentaba ver que uno de ellos había puesto su vida y la de su familia para proteger la mía, que había llegado tan lejos por eso.

—¿Y dónde encaja Kiara en toda esta historia?

—Probablemente todo se complicó cuando la elegiste a ella en lugar de Sienna. Quería a mi hija, de eso no tengo dudas. Y si te casabas con su hermana, muriendo sin herederos, Bruno sería un gran candidato a tu puesto. Y con Kiara a su lado.

Sí, todo encajaba.

—¿Dónde está Sienna?

—No lo sabemos. Desapareció durante la confusión. No sabemos si alguien se la llevó o escapó sola.

—Bueno, sea como sea, él debe imaginar que ya no me voy a casar con su hermana.

—Entonces lo único que le queda es Kiara. Buscarla y tener al menos algo que quería desde el principio.

Desvié la mirada hacia ella, aún acostada en la cama, luciendo tan serena, incluso después de haber pasado por momentos tan tensos. Era imposible negar mis sentimientos de protección hacia esa mujer, y cómo se intensificaban ante la posibilidad de que estuviera en peligro.

Una situación en la que yo la había metido indirectamente. Si hubiera mantenido mi palabra respecto a nuestro matrimonio, para entonces, quizá ya sería mi esposa y no habría estado a merced de un loco vengativo.

No quería ni imaginar cómo él podría haberla tocado, las cosas que había imaginado sobre ella.

Sobre *mi* Kiara.

—¿Qué haremos, Giovanni? ¿Crees prudente enviarla a otro país? ¿O llevarla con Dominic?

—No —respondí con tono categórico—. Me voy a casar con ella.

La decisión fue tan repentina que hasta yo mismo me sorprendí.

—¿Qué? ¿Estás cambiando de decisión?

—Sí. Es la mejor salida, para ella y para mí. Todavía necesito una esposa, Sienna está fuera del juego, y Kiara necesita protección. Hay que admitir que no estará más segura que convirtiéndose en esposa de un jefe.

—No creo que Bruno respete ese estatus.

—Bruno no, pero todos los demás sí. Ella será responsabilidad de todos los que trabajan para mí. Su lealtad será también para ella.

Tomazzio se quedó en silencio, pensativo. Supuse que me estaba dando la razón. Era la salida más lógica.

—¿Harías esto? ¿Estás seguro?

No lo estaba del todo. Al tratar de protegerla de Bruno, podría ponerla aún más en peligro conmigo. Pero podía mantenerla lejos, no acercarme demasiado y preservarla. Mientras no me dejara encantar por ella, no la conociera más y la evitara al máximo, estaríamos bien.

Ella estaría segura.

Tomazzio no tenía mucha opción más que estar de acuerdo, pero necesitábamos hablar con ella antes.

Yo necesitaba hacerlo.

Kiara despertó unas horas después, luciendo un poco perdida y muy pequeña en la enorme cama. Miró a su alrededor, confundida en un cuarto que no reconocía. Levantó la cabeza, pero llevó la mano a la nuca, probablemente sintiendo un dolor que la obligó a recostarse de nuevo sobre la almohada.

—Debes permanecer acostada por ahora, son órdenes del médico —dije, en tono de mando.

Me miró. Yo estaba sentado en un sillón, en la esquina de la habitación, ligeramente iluminado por la luz de la lámpara. Mi tobillo descansaba sobre mi rodilla, mis brazos a ambos lados del mueble. A pesar de mi postura, casi como la de un rey en un trono, intentaba parecer relajado, con la camisa ligeramente desabotonada.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En mi casa.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no me llevó mi padre?

—Porque no lo permití.

Así de simple. Después de todo, yo era el jefe. Si quería que ella permaneciera allí, debía quedarse.

—¿No lo permitiste? —preguntó, aún luciendo demasiado frágil.

—No. No saldrás de aquí hasta que hablemos sobre lo que haremos de ahora en adelante.

—¿Y qué tienes en mente?

—Tendremos que casarnos. Tendrás que ser mi *fidanzata*... otra vez.

CAPÍTULO CATORCE



Guarda tus confesiones

Porque cariño, no soy ninguna santa.

Estamos jugando con fuego

Pero me gusta este juego

Y conozco tus demonios

Los conozco por su nombre

Cuando me miras

Oh, no tengo miedo

IN FLAMES – DIGITAL DAGGERS

—¡No puedes estar hablando en serio! —afirmó con toda convicción y con una indignación que llegó a arrancarle una pequeña risita sarcástica.

—No suelo bromear, Kiara.

A pesar de mis advertencias anteriores, la testaruda se levantó y se sentó en la cama. Debería haberla detenido, sujetarla, pero quería ver hasta dónde llegaría.

Se giró, puso los pies en el suelo y noté que necesitó unos instantes para estabilizarse y finalmente ponerse de pie por completo.

—No voy a quedarme aquí escuchando que hablas de matrimonio justo después de haber terminado tu compromiso con otra. ¿Qué crees que soy? ¿Un juguete?

Se adelantó hacia la puerta del cuarto, pero se detuvo al abrirla.

Había hombres afuera. Dos de mis soldados estaban de guardia. No para mantenerla prisionera, claro, sino para protegerla.

Había reforzado la seguridad de toda la casa, pero sobre todo los dejé allí por si ella despertaba sin mi presencia, intentaba salir y no estaba en condiciones.

Aunque pudiera pensar lo que quisiera, en ese momento, si era necesario intimidarla, lo haría.

—¿Qué es esto? ¿Estoy en una prisión?

—No. Es por tu seguridad —dije mientras me levantaba y avanzaba hacia ella.

Kiara giró el cuerpo con rapidez, todavía presa de su indignación, y vi que ese movimiento brusco la dejó un poco mareada. Así que tuve que apresurarme para sostenerla antes de que cayera al suelo.

La sostuve en mis brazos, abrazando su cintura y apoyando su cabeza con la otra mano, porque llegó a inclinarse hacia atrás. Pensé que perdería nuevamente el conocimiento, pero abrió los ojos con fuerza, como si luchara mucho por mantenerse consciente.

Antes de que intentara de nuevo escapar, la levanté del suelo, otra vez en mis brazos, y la acomodé con cuidado en la cama.

—No quiero quedarme aquí —dijo en voz baja, todavía inquieta, intentando levantarse.

La sujeté por los hombros, haciendo la menor presión posible, pero manteniéndola acostada.

—Ya te dije que no puedes hacer movimientos bruscos todavía. El médico vino mientras estabas inconsciente y te examinó. Dijo que no fue nada grave, pero que necesitas reposo.

—Deberías llevarme a un hospital.

—Sería peligroso.

—¿Por qué?

Dudé antes de responder, mirándola profundamente a los ojos, sintiendo una enorme incomodidad por tener que darle la noticia.

—Bruno escapó. Dos de mis hombres murieron, y él se metió en un auto mientras sus soldados armaban el cerco, dándole cobertura. Pasó con el auto por encima de la puerta de la mansión y desapareció. Tu padre cree que, de alguna manera, podría aparecer para buscarte.

Kiara levantó las cejas, y la vi respirar hondo, odiando que estuviera asustada.

—¿A mí?

—Tú eras algo que él quería, Kiara. Hombres como él no suelen rendirse tan fácilmente.

Ella suspiró, pareciendo aceptar, mostrando de nuevo cierto temor. Odiaba que pasara por lo que había pasado. De solo pensarlo me hacía apretar los puños, deseoso de usarlos contra quien fuera responsable del miedo que sabía que sentía.

—¿Y qué puede pasar ahora?

—No lo sé, pero lo descubriremos. Solo que, mientras tanto, para mantenerte segura, debemos realizar el matrimonio lo antes posible.

Se sentó de nuevo en la cama, pero con más cuidado esta vez.

—Esto no tiene sentido, Giovanni. Me rechazaste casi al llegar al altar. Debiste haber tenido un motivo para eso. ¿Ahora ya no importa?

—No. Ya no importa. Para mantenerte segura, tendrás que casarte conmigo. Recibirás no solo mi protección, sino la de todos los hombres que me rodean. Tu padre aceptó que es la mejor opción, y supongo que tú también lo harás.

Los hombros de Kiara cayeron, y me miró con confusión. Me alejé de la cama, manteniendo mi expresión impasible.

Sabía que necesitaba arreglar las cosas. Casarme con Kiara era una forma de hacerlo, después de mi relación con Sienna. Aun así, mi opinión sobre esa chica no había cambiado.

Seguía pensando que era demasiado peligrosa; que había muchas posibilidades de que obtuviera más de mí que solo un apellido y la posición de esposa. No había una sola célula de mi cuerpo que no respondiera a ella.

Todavía llevaba el mismo vestido de la fiesta, y aunque estaba arrugado y su cabello desordenado, era la mujer más hermosa que mis ojos habían visto. Nada la superaba, y estaba seguro de que mucho de eso se debía a su esencia.

—¿Qué pasó con Sienna?

—Al igual que su hermano, también desapareció. Durante la confusión, nadie la volvió a ver. Se la considera culpable también.

—¿Qué pasará si la encuentran?

Decidí no responder. No sabía cuál era la relación entre ellas; si eran amigas, si se llevaban bien o solo se conocían desde niñas. Fuera como fuera, el destino de Sienna, si se confirmaba que era una traidora, no sería nada bueno.

Kiara pareció entender, por mi expresión y bajó la cabeza, apenada.

Se quedó en silencio unos instantes, y crucé los brazos, esperando a que procesara todo.

—No quiero casarme contigo, Giovanni. No después de cómo me trataste. Después de rechazarme así.

—No es una cuestión de querer. No puedo darte opción.

Podría hacerlo. De hecho, me hubiera gustado escuchar otra respuesta, pero mi objetivo era mantener a Kiara lo más alejada posible. Si me odiaba, mejor aún.

Finalmente levantó la mirada, furiosa.

—No me diste opción la primera vez, pero acepté y traté de hacer lo mejor para que nos entendiéramos y pudiéramos, al menos, ser amigos. No puedes manipular a la gente así. ¡No soy un juguete! —Su voz estaba alterada.

—No, no lo eres. Pero tu vida está en juego.

—¡Como si te importara! —escupió las palabras con odio.

Seguí mirándola con la misma actitud, brazos cruzados, manteniéndome indiferente a su magnetismo, al menos en la superficie.

—Le dije a mi padre que éramos incompatibles. ¿Qué cambió? Sigo sin ser una esposa tan perfecta como Sienna. —Sentí algo en

su frase, casi acusatorio. ¿Quizá celos?

No podía creerlo.

—No eres una traidora. Lo que ya te convierte en una alternativa mejor.

Ella se quedó boquiabierta. Era la respuesta más cruel que podría darle, pero, de nuevo, mejor así. Cuanto más la alejara, más fácil sería manejar las cosas.

Si estaba dispuesto a hacerla mi esposa para protegerla, no podía convertirme en un peligro para ella.

—¿Recuerdas cuando te dije que no eras nada de lo que esperaba? —preguntó Kiara, con tono decepcionado. Solo asentí, anticipando lo que vendría—: Eres peor. Juré que habría una oportunidad de que fuéramos felices, pero…

—Nunca te engañé, Kiara.

—No. Eso es cierto. Solo soy una tonta. Nada más.

Kiara bajó la cabeza y vi cómo fijaba la vista en sus manos, suspirando derrotada.

—Nos casaremos, Giovanni, pero debes saber que ser feliz es una elección. Había decidido intentar tener un buen matrimonio contigo, pero si así lo quieres, así será. Un negocio. —Hubo unos instantes de silencio, y asentí, aceptando. Era exactamente así como debía ser—. ¿Puedes dejarme sola, por favor? Estoy un poco cansada.

—Sí. No hay problema.

Me alejé, esforzándome por mantener la seguridad. Pero antes de pasar por la puerta, me volví hacia ella:

—Si necesitas algo, habla con uno de mis hombres.

Ella asintió con la cabeza, y salí, dejándola allí, con toda su decepción.

Nos casaríamos. Kiara volvería a ser mi *fidanzata.*

Las circunstancias eran las peores posibles, pero sería mía. De una forma u otra.

CAPÍTULO QUINCE



K I A R A

Pero a ti no te importa un comino

Hiciste las reglas y me dejaste atrapado.

Soy tu víctima y me gusta, me gusta, me gusta.

VICTIM – HALFLIVES

UNOS DÍAS DESPUÉS

En cuanto terminaron de ayudarme a ponerme el vestido de novia, levanté la mirada hacia el espejo y encontré a una chica que no conocía. Un velo virginal cubría mi cabeza, cayendo sobre mi cabello dorado como una cortina.

Todo en el vestido había sido creado para que realmente pareciera una princesa. Las mangas delicadas y llenas de encaje, la cintura marcada, la falda enorme con una enagua muy amplia, y todo el borde de la pieza estaba cuidadosamente bordado con diamantes formando dibujos indefinidos.

Había sido diseñado y concebido por mí para mi matrimonio con Giovanni, luego iba a usarse en mi unión con Bruno, por la que

solo podía agradecer que hubiera sido un lapsus muy breve, y finalmente regresábamos al principio de todo.

—¿Está lista, *signorina*? —preguntó una de las chicas contratadas para ayudarme. Eran cinco en total.

Me habían dado un baño lleno de pétalos de rosa y sales aromáticas, me arreglaron el cabello, el maquillaje, las uñas, recibí un masaje y fui tratada como una reina. Todo ordenado por Giovanni.

Podría haberme engañado pensando que mi futuro esposo era un hombre generoso o que quería complacerme, pero sabía muy bien que tenía mucho más que ver con las apariencias. Necesitaba dar ese tipo de trato a cualquiera que estuviera a punto de convertirse en su esposa, una de las mujeres más importantes de la Cosa Nostra.

Mis ojos estaban tristes mientras me observaba en el reflejo. No podía negar que me sentía muy bonita. La imagen de inocencia y pureza que debía representar en mi posición. El maquillaje justo, pero sin cubrir mis pecas, que consideraba una marca mía.

Mi madre siempre había intentado disuadirme en ese aspecto, y más aún durante el maquillaje para la boda, pero me mantuve firme.

—Signorina. —La chica tuvo que llamarme de nuevo, porque aún estaba perdida en el mundo del espejo, como Narciso.

En realidad, estaba intentando encontrar algo que no fuera incertidumbre y miedo.

La seguridad del lugar donde se celebraría la boda estaba completamente reforzada, y había soldados de Giovanni por todos lados. También de Dominic, ya que él los había cedido para que mi boda fuera la ceremonia más segura posible.

Suspiré, pensando en todas las circunstancias que rodeaban esa unión, en todo lo que había sucedido antes y en lo que podría suceder después.

Parecía la boda de ensueño de toda joven de diecinueve años.

Pero no lo era.

—Estoy lista —respondí, intentando parecer convencida.

Esa frase actuó como un hechizo mágico que hizo que todas las personas que esperaban a mi alrededor comenzaran a moverse.

Literalmente me manejaron, y en mi apatía permití que decidieran todo, que me guiaran, me dijeran qué hacer, y fui conducida hasta la puerta principal de la Catedral del Santo Nombre, la iglesia más importante de Chicago, Illinois, con sus torres puntiagudas, arquitectura elegante e imponente.

Miré la puerta, esperando que se abriera, mientras mi padre se colocaba a mi lado, entregándome su brazo.

—Estás hermosa, *mia bambina* —comentó emocionado—. Vas a ser una buena esposa para Giovanni —dijo. Eso me hizo revolverme por dentro.

—Espero que él sea un buen esposo para mí —comenté antes de que las puertas se abrieran y comenzara la marcha nupcial.

La iglesia estaba llena. Imaginaba que la mayoría de los invitados estarían completamente confundidos, o murmurando entre ellos sobre los cambios de novia, la traición de Bruno y la desaparición de Sienna. Aun así, me miraban como si fuera la aparición de un ángel.

Levanté los hombros y la cabeza, comenzando a caminar al lado de mi padre. A pesar de todo, debía fingir. Mentir era un arte, y aunque no tuviera intención de ser profesional en ello, esa noche no podía mostrar mis debilidades.

Recorrimos todo el camino hasta el altar, tratando de no mirar a Giovanni. No importaba que tuviera que enfrentarlo por el resto de mi vida. No importaba que, dentro de unas horas, tuviera que entregarme a él; mi corazón seguía lleno de rencor.

Solo miré sus ojos cuando ya estábamos frente al sacerdote. Él tomó mi mano y nos arrodillamos, listos para recibir la bendición y escuchar palabras que no coincidían en nada con nosotros: amor, respeto, fidelidad y cariño.

Repetimos las palabras que nos indicaron, intercambiamos anillos y Giovanni me besó, con el incentivo del sacerdote. Fue un roce inocente de labios, pero la mirada que me lanzó, en silencio, con una mano en mi rostro, decía millones de cosas en las que no debía creer.

Lo que debía tener en mente era que ese hombre era el mismo que tanto me había lastimado. Que me había rechazado.

Esa era la palabra que no podía olvidar.

Recibimos los saludos de todos los hombres de la Cosa Nostra, junto con sus esposas. Me esforcé por sonreír, asentí en los momentos adecuados y agradecí. Hice el papel de la novia perfecta, porque estaba en juego mi orgullo. Si mostraba mi resentimiento, la gente solo comentaría más sobre mí como una especie de segunda opción.

—¿Estás bien? —susurró Giovanni en mi oído, colocando su mano en mi espalda, lo que me hizo estremecer de nuevo.

¿Qué me estaba pasando? No debía sentir nada con su beso ni con su toque, especialmente uno tan sutil.

¿Por qué aquel hombre alteraba tanto mis defensas? Esperaba que no se diera cuenta, que no percibiera los pequeños detalles de mi comportamiento.

—Estoy bien. ¿Por qué no lo estaría? —respondí con una sonrisa falsa, lo que hizo que me mirara con desconfianza.

Sin darle muchas oportunidades de hablar, me volví hacia una de las invitadas que preguntaba por mi vestido, contándole con todo el entusiasmo que no sentía que yo misma lo había diseñado y todo lo demás.

Me sorprendía que Dominic hubiera permanecido en un rincón durante buena parte de la fiesta, solo bebiendo y vigilándonos, pero probablemente se vio obligado a acercarse y saludarnos.

Sin sonrisas.

Me dio un beso en la frente, muy cariñoso, pero luego se dirigió a Giovanni, apretando su mano y atrayéndolo para hablarle en voz baja:

—La promesa sigue, *fratello.* No te atrevas a hacerle daño otra vez. No seré tan complaciente.

Me quedé quieta, observándolos, temiendo la reacción de Giovanni. No tenía idea de qué podría decir o si comenzaría una pelea allí mismo, sin importarle la fiesta ni los invitados.

Pero la verdad era que existía un código de ética entre esos hombres, y entendían la necesidad de proteger a la familia a toda costa. Giovanni no tenía a nadie, pero probablemente lo comprendía.

Asintió y dejó que mi primo se alejara y se acercara a sus capos. Sabía que las cosas estaban confusas para él después de que Bruno fuera revelado como traidor. Necesitaba un nuevo consigliere, pero después de que alguien tan cercano demostrara ser desleal, imaginaba que no podría confiar en casi nadie.

La coordinadora nos guió a la pista de baile improvisada, y recordé la primera vez que bailamos juntos, en el exacto momento en que Giovanni me tomó entre sus brazos.

Quería evitar mirarlo, porque cada vez que lo hacía, la palabra "esposo" surgía en mi mente.

Eso era lo que él era.

Pero también no podía dejar de pensar que era mi dueño. Que a partir de ese momento le debía obediencia. Y mi cuerpo.

—En algún momento tendrás que mirarme, *fidanzata* —comentó Giovanni, como si leyera mis pensamientos.

—Ya no soy tu *fidanzata.* Soy tu *sposa.*

Él sonrió de lado, de esa manera sexy y cínica.

—Sí. *Mia sposa. Mia bella sposa.*

¡Oh, Dio! ¿Por qué debía estremecerme otra vez con su voz diciendo eso?

No era nada especial. Solo me llamaba por lo que realmente era: su esposa. Yo era la tonta por buscar un significado distinto en algo completamente obvio.

—Tu esposa imperfecta. Incompatible —respondí, provocándolo.

Se puso más serio, conduciéndome con gracia por el salón, mientras todos nos observaban como si fuéramos una pareja como cualquier otra.

—En algún momento también tendrás que dejar de usar eso contra mí.

—¿Por qué? ¿Porque eso es lo que quieres?

—No, porque a partir de ahora somos aliados, Kiara. No importa lo que pienses de mí ni lo que yo piense de ti. Firmamos ese papel y juramos lealtad ante Dios. Lo que venga contra nosotros debe encontrarnos unidos.

Me puse muy seria, casi encogida. Tenía razón. A pesar de todo, de lo ocurrido en nuestro pasado, nuestra unión debía ser tomada en cuenta.

Debía priorizar que éramos marido y mujer. Que Giovanni era mi familia y que pronto le daría herederos que tendríamos que proteger en ese mundo oscuro en el que vivíamos.

Aun así, no tenía intención de facilitarle las cosas.

No iba a pelear sola por ese matrimonio. Antes que nada, haría que Giovanni entendiera que yo era lo suficientemente valiosa para que se esforzara y se redimiera por haberme rechazado. Ahora que era su esposa, tendría que luchar por mí.

Sería interesante verlo hacer eso...

Mi marido se enamoraría de mí y tendría que redimirse.

De allí en adelante, él podría creer que estaba al mando, pero yo era la reina, lista para ponerlo en jaque.

CAPÍTULO DIECISÉIS



K I A R A

Estamos jugando con fuego

Saber que es un juego peligroso

PLAYING WITH FIRE – WARCUB

Me sentía como una condenada caminando por el corredor de la muerte. Cabeza baja, el pecho pesado, la respiración temblorosa.

Esa noche sería obligada a entregar mi virginidad a mi esposo. No sabía cómo sería; si me trataría bien o si me lastimaría.

No sabía casi nada sobre sexo, excepto lo que había leído en libros. En las novelas, la mayoría de las primeras veces de las heroínas eran dulces, románticas, con hombres que las veneraban. Tampoco tenía idea del tipo de amante que era Giovanni, solo que, por su forma dominante, imaginaba que no disfrutaba de hacer el amor.

El conductor nos llevó a la casa donde viviría a partir de ese momento, y entré intentando abstraerme de todo lo que estaba pasando.

La voz de Giovanni llegó a mis oídos, casi haciéndome sobresaltar:

—Tu criada ya está arriba. Quisiera que te arreglaras y vinieras a cenar conmigo —dijo con un tono relativamente amable, aunque parecía una invitación a una reunión de negocios.

—¿Vamos a celebrar la boda? —pregunté con cierto sarcasmo.

Suspiró, y supe que estaba empezando a sobrepasar los límites.

—Yo también me voy a arreglar —dijo, alejándose, y yo lo observé, casi sintiendo rabia.

No. Casi no. Estaba muy irritada.

Si quería que pagara por haberme rechazado, en ese momento lo quería aún más.

Las cosas serían a mi manera.

Subí, siendo ayudada por María, que ya me esperaba para ayudarme a quitar el vestido. Me duché, me puse ropa bonita y bajé.

Giovanni ya estaba en la mesa, pero se levantó cuando llegué, apartando la silla para mí. Intenté contener mi decepción al darme cuenta de que no parecía una cena especial. Era solo una mesa puesta; nada de velas, nada de flores.

Pero él me había avisado desde el principio que sería así. Debía haber sido muy ingenua para pensar que haría algo diferente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Creo que esperaba algo más —dije, avergonzada.

Con toda la paciencia, tomándose su tiempo, Giovanni se colocó frente a mí, al otro lado de la mesa, acomodándose. Solo entonces respondió:

—No soy romántico, Kiara. No deberías esperar esas cosas de mí.

Respiré hondo, nuevamente decepcionada.

—Sí, lo sé.

Sentí la mirada de Giovanni sobre mí, especialmente mientras nos servían. No tenía mucha hambre, pero me obligué a comer un poco, porque no quería parecer una niña malcriada.

Comimos en silencio, pero había una duda que me consumía. Mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto, porque estaba asustada. Necesitaba aclararlo.

—¿Vas a obligarme esta noche?

Mis ojos estaban bajos, fijos en el plato. Cuando Giovanni guardó silencio, decidí levantarlos y mirarlo.

—¿Obligarte a qué, Kiara?

—A tener sexo contigo. —Fui directa, porque sabía que era un hombre al que no le gustaba andarse con rodeos.

En lugar de responder, Giovanni se levantó de su silla, arrastrándola, y se acercó a mí. Respiré hondo, con un poco de miedo, pero no solo porque pudiera obligarme de verdad, sino por la decisión que había tomado.

Seguramente no estaría nada satisfecho.

—No, no lo haré. ¿Por qué te obligaría si sería mucho más divertido seducirte?

Su mano fue más delicada de lo que esperaba al tocarme, levantando mi mentón. Sus labios, igual. No era la primera vez que nos besábamos, pero esa vez sabía que podría ir más lejos. ¿Qué lo impediría? Ya estábamos casados, yo le pertenecía legalmente. ¿No funcionaba así la mafia?

Probablemente Giovanni solo me veía como otra de sus posesiones.

Al profundizar el beso, sentí su lengua tocar la mía, abriéndose paso y explorándome lentamente, con cuidado, con gentileza. Tirando de mí, me hizo levantar, y un brazo posesivo alrededor de mi cintura me levantó del suelo, colocándome sobre la mesa del comedor, sentada, igualando nuestras alturas para que el beso fuera más fácil.

Todo se volvió más intenso. Una de sus manos comenzó a recorrer mi muslo, aprovechando que llevaba un vestido corto, y abrió mis piernas, dejando el camino libre.

Sus labios seguían devorando los míos; sus dientes me mordisqueaban, y deslizaba su boca por mi mandíbula, mi mentón, mi cuello. Podría perder la cabeza fácilmente, rendirme, y no debía. No podía dejar que fuera más lejos.

Cuando su mano llegó demasiado cerca de mi ropa interior, reuní lo que quedaba de mi cordura y puse mis manos sobre sus hombros, empujándolo.

—Giovanni… no.

Juré que ignoraría mi petición, pero inmediatamente se detuvo, se apartó, interrumpiendo el beso y mirándome.

—¿Qué pasa?

—Dijiste que no me obligarías. Entonces no quiero. No sucederá esta noche.

Sus ojos estaban casi desorbitados, perdidos. Giovanni parpadeó varias veces, como intentando despertar de un sueño.

—¿Por qué?

—Porque no me quieres. Porque me rechazaste. Porque no es la noche de bodas que merezco.

—¿Hablas en serio? —casi gruñó.

—Más de lo que puedes imaginar. —Hice una pausa y bajé de la mesa, poniéndome de pie—. Soy tu esposa, pero quiero que entiendas que no seré tu objeto. No me vas a manipular a tu antojo.

Giovanni dio un paso hacia adelante, colocándose frente a mí, muy cerca, rodeándome con sus brazos y apoyando las manos sobre la mesa, creando una barrera que me impedía salir.

—¡No puedes hacerme esto! ¡Eres mi mujer! —dijo entre dientes.

—Puedo. Mi voluntad también prevalecerá. A menos que decidas violarme.

—¡Claro que no! —Soltó otro gruñido.

—Entonces solo esfuérzate un poco más. Disculpa y buenas noches. Yo tampoco quiero cenar.

Aparté uno de sus brazos, y él no ofreció resistencia. Pude pasar, y fui directo a mi cuarto.

Era una tortura para mí también. Sus besos y sus caricias despertaban millones de sensaciones en mi cuerpo. Aun así, sabía que valdría la pena. Sabía que si le permitía obtener lo que quería, las cosas entre nosotros empezarían mal.

Me encerré en la habitación, respirando entrecortadamente, feliz de que no me hubiera obligado, de que me hubiera demostrado que, a pesar de todo, era lo suficientemente honorable para respetar mi voluntad, incluso siendo su esposa y habiendo ido tan lejos.

Pero esa escena se repitió otras noches. Giovanni era incansable. Ya había entendido que no me entregaría hasta ver que

estaba dispuesto a esforzarse. Aun sabiendo eso, él tampoco quería ceder. Continuaba invitándome a cenar, intentando seducirme, pero siempre lo detenía antes de que lograra lo que quería.

Cada noche era más difícil. Era experimentado, conocía los caminos para tentarme. Besaba bien, tenía manos certeras.

Si no fuera fuerte, podría arruinarlo todo.

En una de esas noches, mientras comenzábamos a cenar, lo sentí un poco más distante. Aunque percibía que perdía la paciencia, esa noche su humor estaba peor. Sabía que algo había pasado, pero tenía miedo de preguntar.

—¿Estás bien? —Tomé valor, porque quería saber si tenía algo que ver conmigo. Quizás estaba yendo demasiado lejos. Nos habíamos casado hacía poco más de una semana, y yo seguía siendo una esposa virgen.

Giovanni levantó la cabeza como un látigo. Sus ojos pesados, un ceño fruncido.

—No es contigo, si quieres saber…

Por suerte. Aun así, quería más información.

—Puedes hablar conmigo, ¿sabes? Soy tu esposa. Puedo ayudarte con lo que necesites.

—No creo que puedas. —Iba a ignorar la grosería.

—Inténtalo.

Giovanni puso los ojos en blanco, impaciente, y nuevamente iba a ignorar su comportamiento, considerando que estaba estresado por algo.

—Recibí algunas solicitudes de favores hoy. Una tiene que ver con un niño. Su madre acudió a mí, en contra de su esposo, quien

es uno de nuestros socios, pidiendo ayuda. El niño perdió una pierna y necesita una prótesis, que es bastante cara.

—Tienes suficiente dinero. ¿No puedes prestarlo? ¿O incluso donarlo?

—No hacemos donaciones, Kiara. Intercambiamos favores.

—Lo sé, pero es un caso especial, ¿no? Si no lo fuera, no estarías tan molesto.

Tomó un sorbo del vino que compartíamos, probablemente necesitando un poco de alcohol para lidiar con la situación.

—El problema es que la mujer no quería pedirnos nada. El esposo le prohibió hacerlo. Si le presto dinero, quedará en deuda conmigo. Aunque yo la libere de devolvérmelo, dijo que se sentiría en deuda.

—Entonces necesitas hacerlo de manera que no parezca una donación tuya —dije, llevándome un bocado de comida a la boca—. ¿Por qué no un evento benéfico? Yo puedo organizarlo. Ya hice algunos con mi madre.

Giovanni frunció el ceño, observándome con atención. Parecía realmente prestarme atención.

Por más que sintiera que me deseaba y que no era completamente indiferente a mí, quizás mi idea repentina despertó cierto respeto.

—No es mala idea. ¿Crees que podrás con eso?

—Claro. Mi madre seguro me ayudará. Es buena en eso. Podemos invitar a otras mujeres también. Muchas se aburren y se sentirán útiles.

Mi marido asintió.

—Tienes mi aprobación. No te preocupes por el presupuesto. Solo manténme informado, ¿de acuerdo?

—Claro.

Ok, era una victoria. Cuanto más me valorara, más cerca estaba de tener la oportunidad de una relación mejor de lo que jamás había esperado.

El juego, tal vez, estaba a mi favor.

CAPÍTULO DIECISIETE



Será mejor que sepas que debes tener cuidado.

Si me engañas dos veces seré tu enemigo.

Seré tu enemigo

Será mejor que corras

Venganza

La amabilidad nunca me convino

VENDETTA - UNSECRET

Me sentía nerviosa. Entrecrucé una mano con la otra para disimular que estaban temblorosas, pero imaginaba que era imposible ocultarlo con el tipo de sonrisa forzada que lanzaba a cualquiera que se acercaba.

Era la primera vez que organizaba un evento de tal magnitud. Como esposa del jefe, necesitaba que todo quedara extremadamente impecable, que las personas no solo elogiaran mi destreza como anfitriona, sino que además se esforzaran por hacer donaciones generosas, por una causa que era más que noble.

Había conversado mucho con la madre del niño en las últimas dos semanas, entendiendo mejor su situación y descubriendo cuánto se necesitaba para la prótesis. Conocí al pequeño también, y era un encanto: educado, amable y sumamente agradecido.

Mi propósito se volvió aún más importante.

Para algo, al fin y al cabo, había servido mi matrimonio.

Seguíamos sin tener relaciones sexuales, pero siempre permitía que Giovanni me tocara. Sabía que estaba jugando con fuego, porque en algún momento esa bomba iba a estallar. Podía ver el volumen en su pantalón, sentirlo en su respiración y en el tono de su voz, que se volvía casi gutural cuando se quejaba todas las noches, llegando incluso a amenazar con atarme a la cama algún día para acabar con esa tortura.

Comenzaba a resultarme gracioso, en realidad. También porque yo mantenía esa decisión por puro orgullo, así como él no había cedido hasta el momento por la misma razón. Quería algo especial. Quería una noche creada para mí; no una cena cualquiera en nuestra casa, donde luego nos levantaríamos para ir a la cama, cumpliendo un acto casi obligatorio.

Si quería que mi matrimonio funcionara, necesitaba, en primer lugar, imponérmelo a mí misma.

El tipo de evento elegido fue una cena, porque eran más simples de organizar. Opté por algo un poco más informal, sin necesidad de trajes demasiado elaborados. Así, las mujeres llevaban vestidos de día, pero con cierto brillo, cierto glamour. Los hombres eligieron blazers y camisas sin corbata.

Giovanni… ¡Dios! Sin duda era el más atractivo del lugar.

Con una camisa negra, corbata, abrigo gris y pantalón muy oscuro, conversaba con algunos asociados que sabía tenían dinero de sobra. Imaginaba que hablaban precisamente de Giorgio, el dulce

niño, incentivando las donaciones, porque era lo que habíamos acordado.

Lo observaba desde una distancia segura mientras también interactuaba con un grupo de mujeres, que hablaban sobre un club de lectura al que intentaron convencerme de unirme, y me pareció una idea muy buena.

En medio de la charla sobre cómo habían elegido el último libro y los motivos que las llevaron a ello, noté que mi marido correspondía mis miradas.

Con su whisky en la mano, me devoraba con la mirada, y ésta ardía. No cabía duda del deseo que sentía por mí. Sin embargo, seguía sin esforzarse para conseguir lo que quería, lo que me hacía pensar que solo anhelaba mi cuerpo, probablemente creyendo que le pertenecía por derecho.

Yo quería que deseara más que una esposa en su cama. Y aunque hablábamos de sexo, sentía que si lograba doblegarlo y hacer que luchara por nuestra primera noche, sería más significativo.

Tal vez era solo una tonta.

—¡Dios mío, Kiara! La forma en que Giovanni te mira… —comentó una de las mujeres de repente, y me volví hacia ella, sorprendida.

¿Sería tan evidente?

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Ah, yo también lo noté —dijo otra mujer—. No me puedo ni imaginar las cosas que te hace. Con todo respeto, querida, tu marido es un hombre muy sexy.

Sonreí complaciente.

—No puedo negarlo.

—Algunas mujeres tienen suerte. Pero no me quejo. Yo también tengo un buen hombre.

Mientras retomaban su conversación, Giovanni y yo intercambiamos otra mirada intensa y ambos volvimos a nuestros grupos casi al mismo tiempo.

Caminé por el salón después de despedirme de las mujeres, lista para hablar con el personal del buffet y preguntar si todo estaba listo para la cena.

En el camino, sin embargo, choqué con alguien, casi derramando su bebida. No conocía a todos los hombres presentes, pero imaginaba que un descuido así podría ser imperdonable para algunos de ellos. Ya podía visualizar la escena del sujeto siendo grosero y yo teniendo que disculparme por algo que ni siquiera era culpa mía.

Me equivoqué. La persona que se volvió era Alessio Preterotti. Hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos, pero era difícil no reconocerlo, considerando que su nombre era muy comentado entre chicas y mujeres, tanto de mi edad como mayores. Era una leyenda, por su belleza y, claro, por su poder de seducción.

Conmigo, sin embargo, las cosas eran diferentes. Nos conocíamos desde niños, habíamos jugado juntos y él era apenas un poco mayor que yo.

La sonrisa que apareció en su rostro era la misma del niño de antes, solo que ahora tenía, por supuesto, un aire más masculino.

—¡Leoncita! —Me llamó así por la película de El Rey León 2, donde la amiga de Simba se llamaba Kiara.

El abrazo que me dio me levantó del suelo y me giró. Siempre había sido así de efusivo. Probablemente por eso las mujeres lo

amaban.

—¿Cómo es posible que no hayas crecido nada? Sigues tan pequeñita —dijo divertido, y yo le di un golpecito en el brazo, riendo.

No estaba equivocado. Mi altura no pasaba de un metro sesenta. Para él, que medía más de un metro ochenta y cinco, sin dudas yo parecía una cosita insignificante.

—Eres tú el que ha crecido demasiado.

—¿Cómo estás, *cara mia*? No pude ir a tu boda. No pude y, sinceramente, no quise. Me duele verte casándote con ese hombre.

—Giovanni no es tan malo.

Él levantó una ceja, entre sorprendido y desconfiado.

—¿Ese hombre de hielo? ¿Es posible que ya estés enamorada de él? ¿En serio perdí mi oportunidad de raptarte y huir de este mundo loco?

Solté una carcajada alta, porque sabía que era una broma. Alessio no tenía el menor interés en mí, pero siempre hacía esa broma de que, si se viera obligado a casarse con una chica despreciable, solo para tener una esposa al estilo de la mafia, él huiría conmigo.

No tuve tiempo de responder nada, porque sentí una mano en mi espalda. Aunque tenía los ojos cerrados, no necesité mucho esfuerzo para saber quién era.

—Debo tener algún problema de audición, porque creo escuchar a alguien hablando de raptar a mi esposa.

Contuve el aire y abrí los ojos, viendo a los dos hombres mirándose como si fueran adversarios.

Dios mío… ¿hasta dónde podría llegar eso?

—Si supiera que la estás maltratando, sería capaz de hacerlo —dijo Alessio.

—Pues no lo estoy.

—Excelente, pero ten cuidado.

Giovanni dio un paso adelante, y yo traté de detenerlo, porque juré que iba a golpear a Alessio.

—Vuelve a poner las manos sobre mi esposa y vamos a tener un problema muy serio.

A pesar de no haber bajado la cabeza ante mi marido, Alessio asintió. Había una sonrisa maliciosa en su rostro, que ni siquiera intentó ocultar.

—Cuídala bien y no tendrá que ponerse serio.

Con un leve movimiento de cabeza, Alessio se alejó y se acercó a una viuda muy joven, a quien le llevó una copa de prosecco.

Realmente no tenía remedio.

El problema fue que me dejó teniendo que lidiar con mi marido lleno de celos.

—¿Te molestó de alguna manera? —preguntó Giovanni, sorprendiéndome. No esperaba que se preocupara por mí en lugar de empezar lleno de acusaciones, condenándome por seducir a alguien.

—No. Somos amigos.

Levantó la cabeza, aparentemente sin gustarle mi respuesta, pero respiró hondo.

—Quisiera que evitaras estar cerca de él. No es un hombre de buena reputación.

—¿Y eso perjudicará de alguna manera a tu esposa? ¿Estás preocupado por lo que los demás piensen?

—No —respondió con vehemencia—. Me preocupa que cumpla su promesa y te lleve, incluso contra tu voluntad.

—No lo hará.

—Entonces, ¿podría hacerlo con tu consentimiento? —Estaba tenso. ¿Tendría miedo de perderme?

Era una ilusión tonta, sin dudas, porque Giovanni no tenía ningún sentimiento por mí. Teniendo en cuenta que le estaba negando lo que evidentemente quería de mí, las posibilidades de que tuviera algún apego hacia su esposa eran casi nulas.

Seguramente era solo un temor a que su ego se viera herido.

—No, Giovanni. No podría, porque yo no lo consentiría. Pero si estás tan preocupado, ¿por qué no lo haces tú? —Me acerqué a él, poniéndome de puntillas para susurrarle al oído—. Arrebata a tu esposa, sorpréndela de alguna forma.

Luego de eso, me alejé, dejando la bomba para que él la interpretara como quisiera.

Quería ver cuál sería el resultado.

¿Qué haría Giovanni en respuesta a mi propuesta?

CAPÍTULO DIECIOCHO



Seré el diablo en tus ojos.

Si eso es lo que necesitas para sanar

Seré el diablo en tus ojos.

Si cambia la forma en que te sientes

Esta noche no puedo decir si es amor u odio.

DEVIL IN YOUR EYE – MUMFORD & SONS

Necesitaba controlarme. Sentado a la mesa, con las personas a mi alrededor, esperando que dijera algo sobre el verdadero propósito de ese evento, mantenía los puños cerrados con tanta fuerza que las articulaciones se me habían puesto pálidas, blancas.

Si me dejara llevar por mis deseos, ya habría volcado toda la mesa, con toda la cara vajilla de porcelana que estaba encima, las copas y las bebidas. Habría atacado al hijo de puta que se atrevió a decir semejante tontería sobre Kiara.

Sobre mi esposa.

La miraba a mi lado y pensaba en lo que había dicho. Si tanto deseaba ser arrebatada por su marido, ¿por qué seguía negándose?

Yo sabía lo que quería. Sabía que anhelaba sentirse más valorada; que yo hiciera algo que demostrara que la deseaba. Que me esforzara por darle una noche inolvidable.

Y… mierda. Ella merecía eso.

Por menos romántico que pudiera ser, la chica no tenía la culpa de haber caído en mis manos. Ya llevábamos casi un mes casados, y ella se mantenía firme, incluso cuando yo percibía que quería entregarse.

Por más que eso me enfureciera, también era un motivo de admiración. Nunca negaría que la determinación y la obstinación eran dos atributos que me atraían. Sumando que era dulce, amable y hermosa, las cosas se complicaban.

No quería que algún imbécil cualquiera hiciera que su vida fuera más interesante que estando conmigo. Por más que dijera que eran solo amigos, ¿quién podía preverlo?

Sabiendo que no podía seguir retrasándolo, arrastré la silla y me levanté, tomando una copa y un cuchillo, anunciando que tenía algo que decir.

—Buenas noches a todos —dije al notar que todas las miradas se dirigían hacia mí—. Estamos reunidos en esta cena con la intención de presentarles una causa noble. Después de la comida tendremos una conversación en la que mi esposa les mostrará la historia de Giorgio, un joven que necesita nuestra ayuda. —Hice una pausa. Era todo lo que necesitaba decir antes de indicar a los camareros que empezaran a servir.

Sin embargo, volví la mirada hacia Kiara, y ella sonreía. Su rostro inocente parecía iluminado, y sabía que esas últimas semanas

habían sido intensas para ella mientras organizaba el evento junto a su madre.

No solo intensas, sino también alegres. La vi reír y disfrutar, lo que me dejó… satisfecho. Extrañamente satisfecho.

Porque quería que ella no fuera infeliz.

Incluso dentro de toda mi oscuridad, en medio de toda la maldad, prefería tener una esposa a la que fuera agradable regresar todos los días, ya que ella también se sentía bien en el hogar.

Bajé la cabeza, aún en pausa, pensando que todo esto era muy bonito en teoría. En la práctica, sabía lo que podía pasar.

El sentimiento que me embargó al verla con Alessio -el deseo insano de matarlo, literalmente- era lo que me esperaba si me dejaba llevar. Si no recordaba los motivos por los que la había rechazado desde el principio: el miedo a convertirme en mi padre y a hacer de Kiara mi obsesión.

Estaba muy cerca de eso, lamentablemente.

Aun así, no podía castigarla por ello. No podía dejar de reconocer sus esfuerzos.

Así que levanté la cabeza una vez más, mirándola directamente.

—La idea de todo esto fue de mi esposa. Imagino que no se los contó a ustedes porque es demasiado humilde para eso, pero no hay nada en este evento que no haya sido hecho con esmero y cariño. Por ella y por mi suegra. Las dos fueron incansables, pero propongo este brindis por Kiara Caccini, porque ella es… —Dudé. Iba a decir maravillosa, porque era la verdad, pero me detuve a mí mismo, porque no soy bueno con las palabras. Ni podría serlo, considerando que nunca se habían usado para mí con nada que no fuera odio o indiferencia—. Ella es una excelente esposa.

Me di cuenta de que Kiara esperaba un poco más que eso, y no quedó del todo insatisfecha. Al menos sabía que lo estaba intentando. Que tenía la intención de reconocer sus esfuerzos.

Todos levantaron sus copas para brindar por ella, y bebimos. Nos sentamos poco después a comer, conversando y confraternizando.

Alessio Preterotti ya no estaba allí, al igual que la viuda con la que se fue a hablar después de alejarse de Kiara. Sin duda, ambos se habían ido a enredarse en las sábanas de algún motel caro de Chicago.

Un mujeriego presumido… ¿Quién se creía para amenazar con secuestrar a mi esposa?

El evento continuó, y Kiara habló con todos sobre la causa. Las donaciones empezaron a llegar, y eran altas. Todas esas personas querían dar cada vez más para ser consideradas con alto valor por el jefe.

Cuando logramos reunir la suma necesaria para la prótesis de Giorgio, Kiara celebró como una niña feliz que recibe un regalo de Navidad.

Más tarde, nos despedimos de todos y regresamos solos a casa, con ella hablando sin parar a mi lado, en el asiento trasero del coche.

Yo permanecía en silencio, escuchándola y empezando a pensar cada vez más en cómo hacer para atraerla hacia mí. Para que cediera.

Por supuesto, no era de esa manera que iba a conseguir nada, pero me acerqué despacio y, con la mano cubierta por un guante de cuero negro, toqué su rostro.

Pareció sorprendida, con los ojos grisáceos abiertos de par en par, porque no lo esperaba. Sus labios tentadores se entreabrieron, rojos como una fresa, y sentí su respiración rozarme.

—Giovanni… qué… —No la dejé terminar, porque tomé sus labios en un beso sereno, dulce y cálido.

Ella había pedido ser arrebatada, y no era ese el momento en que tenía pensado hacerlo. Ese movimiento no fue planeado. Solo necesitaba tocarla, porque no podía evitarlo. Si no la besaba, sentía que mi pecho explotaría.

—Eres perfecta —le susurré. Sabía que debería haberlo hecho frente a todas esas personas, pero algunas cosas aún eran difíciles para mí.

Un paso a la vez.

—Gracias —respondió, todavía confundida. Mi dedo enguantado recorrió su rostro y no podía apartar la mirada de ella.

—También eres hermosa. *Cosi bella.*

Kiara cerró los ojos y suspiró. Tragó saliva y comprendí que ese tipo de cosas la conmovían más que las caricias sensuales.

Aun así, necesitábamos alcanzar un entendimiento. Estar en la misma sintonía.

Llegamos a casa y la dejé ir a acostarse, especialmente porque imaginaba que estaba cansada.

Mi intención era dejar que ese día pasara, dormir, descansar y pensar con más calma en algo que hacer; para que ella sintiera que valía la pena.

No logré siquiera quitarme la ropa. Caminaba de un lado a otro, inquieto, recordando cada escena de esa noche.

Mi celos y su respuesta sobre ser arrebatada.

Sorprendida.

Solo había una manera de hacerlo.

Debían haber pasado unos cuarenta minutos desde que llegamos. No era mucho, y probablemente ella no se había dormido todavía. Seguro de eso, tomé algo de un cajón -algo que sería esencial para mi idea- y volví a su habitación. No tenía sentido tocar la puerta, no para lo que planeaba hacer.

Simplemente la abrí, dejándola nuevamente sorprendida.

Kiara llevaba un camisón de seda color durazno que caía sobre su cuerpo como si hubiera sido hecho especialmente para ella. Tenía encaje en los lugares correctos, un escote generoso y la longitud perfecta.

Casi babeé al mirarla.

—¡Giovanni! Qué…

Me acerqué dando pasos largos, colocándome frente a ella.

—Gírate. De espaldas a mí.

—Pero qué…

—¡Obedece! —dije con firmeza.

No replicó, así que tomé la bufanda negra que tenía en la mano, que había sacado del cajón, y se la até como venda detrás de su cabeza.

Sin decir más, la agarré por los muslos y la coloqué sobre mi hombro.

—¡Giovanni! ¡Dios mío! ¿Qué estás haciendo? —dijo, con un gritito mientras la cargaba.

—Estás siendo arrebatada, *sposa*. Espero sorprenderte.

Pasaron unos segundos, pero Kiara comenzó a reír, lo que supuse era algo bueno.

Al salir de la casa y recordar que llevaba un camisón ligero, aunque la noche estaba fría, pensé en regresar para que se abrigara, pero no tenía mucho sentido.

Así que la coloqué en el suelo, me quité el abrigo y se lo puse encima; luego la levanté nuevamente y la arrojé sobre mis hombros.

Desde el coche, donde la acomodé, hice algunas llamadas. Salíamos sin seguridad, pero no podía permitir que estuviéramos así. Mis hombres debían recibir mi ubicación para acudir rápidamente y no dejarnos desprotegidos.

Era una locura. Me sentía patético, pero Kiara sonreía, emocionada. Si todo salía bien, sería mía esa noche.

Ya no podía esperar más.

CAPÍTULO DIECINUEVE



K I A R A

Pero mis pensamientos no son míos.

Así que simplemente miento

Porque odio no tener el control

LET IT GO – CHANDLER LEIGHTON

¿Cuando, en cualquiera de mis sueños más locos, podría haber imaginado que mi marido: frío, sombrío y tan serio, saldría conmigo de la casa, literalmente secuestrada, me colocaría en un coche y me llevaría a la suite más cara del hotel más elegante de Chicago, para pasar nuestra noche de bodas tardía?

Valió la pena esperar.

No podía ver nada, pero había escuchado lo que le dijo a sus hombres y también lo que había conversado con el personal del hotel. Probablemente se hospedaba allí con frecuencia, porque bastaron unas pocas órdenes para que consiguiera todo lo que pidió. Incluso que pudiéramos entrar por el sótano y que alguien llevara la tarjeta magnética para no tener que pasar por la recepción.

—¿Piensas mantenerme así? —pregunté en tono de broma.

—Paquete completo, ¿no es así?

Aparentemente sí, porque Giovanni me sacó del coche en brazos y me llevó así. No sobre sus hombros esta vez, sino como a una novia, cargándome con cuidado y delicadeza.

Podría ser un matrimonio de conveniencia, forjado en medio de circunstancias extrañas, pero esa noche sería, sin duda, inolvidable.

Mi marido me colocó en el suelo y me quitó la venda. Parpadeé varias veces, dejando que mis ojos se acostumbraran a la luz, y luego miré alrededor. Sin duda, era un escenario impresionante, y sobre la cama había una flor con un lazo atado a ella.

—Nunca habría imaginado algo así de ti —comenté, sorprendida.

—No quiero una mujer poco satisfecha en la cama, que solo me responda por obligación, para cumplir un deber. —Se acercó, aún detrás de mí, apartando mi cabello y susurrando al oído—. Te haré gritar, Kiara. Gritarás mi nombre y el de nadie más.

—No tengo intención de llamarte por otro nombre que no sea el tuyo —respondí, jadeante.

—Nunca —casi gruñó—. Nunca querrás estar con otro hombre después de que te toque.

Dejó que su abrigo resbalara por mis hombros y cayera al suelo. Con la boca cálida, me besó cerca del cuello, lo que me hizo estremecer. Sacó las armas de la funda, una de cada lado, y las colocó junto a nosotros, sobre el tocador, trabándolas.

Me quitó el collar; una cadena delicada que siempre llevaba, incluso para dormir, y la colocó enredada en los cañones de los

revólveres. Era un contraste visible, y me pregunté si lo había hecho a propósito. Probablemente aún no quería dejarme olvidar quiénes éramos y lo que podríamos enfrentar.

Lo miré de reojo, pero no dije nada. Levanté la mano, lista para quitarme los aretes, pero estaba temblando.

Empecé a ponerme nerviosa de repente, recordando lo que iba a suceder. Por más que Giovanni se hubiera esforzado y que sin duda hubiera demostrado que estaba dispuesto a hacer las cosas a mi manera también, yo todavía era virgen. Todavía inexperta.

—Permíteme —dijo, aún detrás de mí y ofreciéndose a quitarme las joyas—. No tengas miedo —susurró—. No quiero asustarte. Parecías mucho más relajada antes.

—Es que… no sé qué hacer —susurré, jadeante también.

Llevó las manos -tras colocar los aretes sobre el tocador, cerca de los otros objetos- a mis hombros, en las partes descubiertas por el camisón, usando los pulgares para masajearme.

Tuve que respirar más profundo, inhalando y exhalando lentamente.

—Déjame guiarte. Solo entrégate. Te daré placer, lo prometo.

Bajó las manos hasta el delicado tejido que llevaba, acariciándome y moldeando mis curvas con sus dedos. Podía sentir su toque a través de la seda, y era tan erótico que juraría que no podía soportarlo.

—Sé que es tu primera vez, y necesito tener cuidado, pero perdóname cualquier desliz. He estado deseando este momento por mucho tiempo, tenerte así, bajo mi dominio, para hacer lo que quiera.

Me estremecí otra vez, pero no de miedo. No sabría decir si él lo notó, me quitó el camisón por la cabeza, dejándome solo con la

ropa interior.

—Tu piel es tan delicada. Tan suave. Solo relájate, por favor —dijo, dejando la prenda en el suelo y besando un poco más mis hombros.

Con delicadeza, me giró hacia él.

Por instinto, levanté los brazos para cubrir mis pechos, pero él agarró mis muñecas y las apartó.

—Nunca te escondas de mí —advirtió con firmeza.

—¿Esa es una de las órdenes de mi marido? —pregunté, intentando parecer provocadora y altiva, pero sabiendo que estaba mostrando toda mi vulnerabilidad.

Eso lo hizo soltar un sonido gutural y agarrarme por la cintura, llevando cada mano a ambos lados, apretando y rechinando los dientes.

—Me esforcé tanto por mantener el control. Ahora mira cómo estoy. Mira lo que haces conmigo.

Apoyó su frente contra la mía, y traté de respirar, aunque parecía faltar el aire.

—Y a ti te gusta tener el control, ¿verdad? Dominar —traté de decir, esperando que eso también disminuyera un poco mi tensión.

Giovanni rió.

—Quizá descubras que te gusta ser dominada cuando estemos en la cama, *sposa.*

Dios mío… ¿qué demonios estaba haciendo conmigo? ¿Por qué quería tanto permitir que hiciera todas las cosas que tenía en mente?

—¿Cómo? —solté la pregunta, con los ojos entrecerrados, la respiración irregular y fija en él—. ¿Cómo es?

—¿Quieres que te muestre cómo te dominaría? ¿Realmente quieres eso?

Asentí.

Soltó un gruñido y respiró hondo. No podía ni imaginar lo que pasaba por su cabeza.

—Tendremos tiempo para eso. Hoy me aseguraré de que sea bueno para ti.

Asentí de nuevo, con un aire obediente. No quería contrariarlo en ese momento. Solo quería relajarme.

Sostuvo mi rostro con ambas manos y se inclinó, apoyando sus labios en los míos. No parecía tener la menor intención de ser sutil, y ni siquiera lo necesitaba. Después de todo, finalmente le pertenecería. Podría ir tan lejos como quisiera.

Nuestras lenguas se enredaron y se entendieron, mientras yo descubría todas las facetas del hombre que se había convertido en mi marido.

El hombre que siempre juré que no era más que cruel y violento.

El hombre que me estaba sorprendiendo.

El beso fue escalando rápidamente, y antes de darme cuenta, Giovanni me estaba apretando con tanta fuerza en sus brazos que juraría que eran como cadenas, aprisionándome.

—Que me condene el diablo, Kiara, pero nunca serás de otro, porque no lo permitiré.

No debería gustarme escuchar algo así. Él era un hombre peligroso, pero de alguna manera se había metido bajo mi piel.

Era él a quien deseaba.

Suspiré mientras Giovanni seguía besándome, y sentí mi cuerpo relajarse un poco, aun sintiéndome pequeña e indefensa cerca de él, que era tan grande y fuerte.

Mi marido bajó de nuevo las manos a mi cintura, aprisionándome otra vez. Tomándome con fuerza, me levantó del suelo como si no pesara nada, abrazándome y pegándome firmemente a su pecho. Sentía su pecho musculoso como una roca contra mis sensibles senos, y eso casi me hizo gemir, deseando que los tocara.

Giovanni me colocó sobre la tocador, donde estaban nuestras cosas, empujándolas y haciéndolas caer con un estruendo, que no fue suficiente para sacarnos de nuestro trance.

Retomó el beso, aún sosteniendo mi rostro, pero llevando la otra mano a mi seno descubierto, justo lo que deseaba. Su pulgar rozó mi pezón, que ya estaba erecto, y llegué a interrumpir el contacto, sorprendida por lo que sentí.

Era un sentimiento completamente nuevo. Desconocido. Aterrador, pero maravilloso. No sabría explicarlo.

El hombre sonrió al verme con los ojos abiertos y la boca entreabierta.

—¿Te gusta, *sposa*? ¿Te gusta que te toque? —preguntó, con la cabeza ligeramente levantada, observándome con atención. No quería perderse ni un solo movimiento, ni una sola expresión.

—Yo… No sé. Es todo… —No me permitió terminar la frase, porque tomó el mismo pezón entre dos dedos, girándolo y apretándolo, obligándome a gemir.

Ese acto me sorprendió nuevamente. No esperaba que algo tan simple se sintiera tan bien.

Mucho menos cuando se agachó un poco más y tomó el otro seno en la boca. No solo el pezón, sino la totalidad del pecho. Usó los dientes en el pezón, mordiendo y luego pasando la lengua, soplando y haciéndome arquear el cuerpo hacia atrás.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunté, jadeante.

—Te estoy haciendo mía. Te estoy reclamando para mí.

Continuó jugando un poco más con mis senos, pero luego me tomó en brazos, sosteniéndome por la espalda y detrás de las rodillas, llevándome a la cama y acostándome con cuidado junto a la rosa.

Al verme recostada sobre el colchón, pareció tragar saliva. Bajo la luz difusa de la habitación, lo encontré tan hermoso, contemplándome con la mirada intensa, que comencé a pensar que el destino había sido demasiado bondadoso conmigo.

Si continuaba recibiendo más dosis de Giovanni de esa manera, mi corazón seguramente no podría resistirlo por mucho más tiempo.

—*Sei la più bella delle donne* —*"Eres la más hermosa de las mujeres"* —dijo él, haciéndome derretir.

Mis pequeños senos subían y bajaban con respiraciones profundas, con el suspiro que sus palabras me provocaron. Sin apartar la mirada de mí, comenzó a desnudarse, quitándose la corbata y estirándola con ambas manos, formando una línea recta con la tela.

—Algún día ataré tus muñecas con algo así y te mostraré cómo puedes disfrutar ser dominada. Pero no ahora.

Temblé una vez más, deseando todo eso.

No era natural, ¿verdad? Pensar en ese hombre dominándome y sentirme excitada. Debería temerle a esto.

Ya desnudo, Giovanni abrió mis piernas al máximo y sumergió el dedo en mi húmeda hendidura, tocándome y rodeando la entrada que penetraría primero con sus dedos y luego con su pene, duro y enorme.

Jugó de esa manera, amenazando con entrar, y arqueé las caderas, indicándole que quería que saciara nuestro deseo cuanto antes.

Me penetró con el dedo lentamente, pero al sentirlo profundo, no pude contenerme y grité.

—¡Perdón! —Llevé ambas manos a mi boca para cubrirla, porque no sabía si estaba mal expresar mis sentimientos de esa forma.

—Ya te dije que no te cubras cuando estés conmigo. Eso aplica para tu cuerpo y tu boca. Por eso me gusta tenerte sujeta, para que no hagas eso. Ahora vamos, Kiara. Grita para mí, porque aún tengo mucho que mostrarte.

Añadió un dedo más, cuidando de no lastimarme. Estaba mojada, y no entendía exactamente qué significaba eso. Probablemente era la respuesta de mi cuerpo a sus deliciosos avances.

Me tensé un poco cuando se inclinó sobre mí, mirándome como un depredador.

—¿Estás lista?

Asentí con la cabeza, y Giovanni se deslizó dentro de mí lentamente, estirándome. Cuando llegó bien profundo y trató de ir más profundo, vi las estrellas. Pero no de la mejor manera.

—¿Duele?

—¡Sí! —Me mordí el labio inferior.

—Pasará. Todo el dolor será recompensado.

Asentí con fuerza, y él continuó, probando con paciencia, moviéndose muy poco, aunque parecía querer más.

Giovanni no parecía tener prisa; incluso permitió que me acostumbrara, y cuando todo se volvió más cómodo, empezó a aumentar el ritmo de sus embestidas lentamente, hasta que sentí placer y solté un leve gemido.

Fuimos encontrando un ritmo, y él me besó nuevamente. Mi corazón latía tan rápido que estaba segura de que me enamoraría de él de una manera que no tendría retorno. Estábamos casados, lo sabía. Pero, ¿sería algún día realmente mío?

Con cada embestida, el placer aumentaba tanto que mi cuerpo se contraía mientras todo explotaba.

No entendía del todo lo que pasaba, pero sospechaba que era la llegada del famoso orgasmo. Y estaba a punto de tener uno en mi primera vez.

Por los sonidos que hizo, Giovanni lo alcanzó poco después.

Nuestros ojos se encontraron y, para ser sincera, ambos parecíamos asustados, como si no esperáramos que fuera de esa manera.

Desde el primer momento supe que era peligroso. Pero no imaginaba que tanto.

CAPÍTULO VEINTE



K I A R A

No sé por qué seguimos luchando contra

Cuando no podemos negar que queremos más

Siente las yemas de mis dedos

El roce de mis labios

Y será demasiado difícil resistirse.

ALMOST TOUCH ME – MAISY KAY

Desperté a mitad de la noche, sintiéndome inquieta. Giovanni dormía a mi lado, y lo miré de reojo, preguntándome cómo era posible que un hombre tan violento pudiera parecer tan sereno mientras dormía.

¿Cómo podía apoyar la cabeza en la almohada y sentirse en paz lo suficiente como para conciliar el sueño?

Al mismo tiempo, era sorprendente que esas mismas manos que empuñaban revólveres y se usaban para torturar pudieran ser capaces de dar toques tan placenteros y tiernos.

Me levanté de la cama y vi la mancha roja en la sábana blanca; la marca de mi virginidad. De la pureza que ellos tanto exigían.

¿Qué dirían si supieran que la esposa de Giovanni Caccini permaneció virgen por casi un mes después del matrimonio?

Suspiré, sintiendo un peso salir de mis hombros, con la sensación de que mi deber como esposa estaba cumplido. Y, para ser sincera, ni siquiera había sido un sacrificio. Dolió, pero el placer superó con creces la incomodidad.

Debería cubrirme, pero ni siquiera lo pensé en ese momento, simplemente caminé hacia el enorme tocador del cuarto y me senté en la silla de respaldo alto, sintiéndome como una princesa.

Extendí la mano y toqué los revólveres, imaginando cuántos de esos debía tener Giovanni repartidos por la casa y que yo aún no había visto. Probablemente cerca de su cama, que no era la misma en la que yo dormía.

¿Con qué frecuencia los usaba? ¿Y qué tan peligrosos podían ser para mí?

La noche había sido buena. Él había sido cariñoso y realmente me arrebató como yo le pedí. Solo que… ¿y si eso me hacía perder el enfoque? ¿Y si me cegaba ante lo que todavía podría suceder?

Al principio todo era muy bueno, todo era mágico, pero…

Bueno, no pude seguir pensando.

Mientras pasaba los dedos por la superficie de una de las pistolas, sentí la mano caliente de Giovanni sobre la mía, lo que me hizo sobresaltarme.

Levanté la vista y lo vi observándome a través del espejo. Temí que pensara que yo tenía la intención de hacerle daño, ya que podría hacerlo fácilmente, pero tenía la impresión de que mi marido

jamás se dejaría atrapar en una situación de total vulnerabilidad. Era como si oliera el peligro, tanto que se levantó en cuanto hice un movimiento sospechoso.

Temí que usara las armas para intimidarme, pero cuando me di cuenta, estaba colocando nuevamente el collar alrededor de mis hombros y cerrándolo detrás de mi nuca.

Seguí su mirada a través del espejo y me di cuenta de que estaba observando directamente mis senos.

Por puro instinto repetí la acción de antes y crucé los brazos para cubrirlos, dándome cuenta de mi error de inmediato.

Sin decir una palabra, pero con una sonrisa perversa en el rostro, Giovanni agarró una de mis muñecas y, sin que me diera cuenta, la sujetó al respaldo de la silla, y la ató con algo. Miré para ver qué era y descubrí que se trataba de la cinta roja que había estado amarrada a la rosa en la cama.

Se apartó por unos instantes y, cuando regresó, traía su corbata, que usó para atar mi otra muñeca, dejándome indefensa.

—¿No dijiste que esta noche no era para eso?

—Normalmente soy un hombre de palabra, *sposa*, pero tú me provocas cosas que no sé explicar.

¿Eso debía ser algo bueno? No tenía idea.

Con libre acceso a mi cuerpo, Giovanni llevó los dedos a mis pezones, jugando con ambos al mismo tiempo, todavía detrás de mí, usando el espejo para que mantuviéramos el contacto visual.

Cuando bajé los ojos, incapaz de controlarme, él habló con ese tono de mando:

—Mírame, Kiara. Quiero que veas lo que te estoy haciendo —dijo, y lo hice, suspirando, jadeando, moviéndome en la silla tanto

como podía dentro de mis limitaciones—. Esta es la mayor prueba de que eres mía.

Asentí, aun sin tener mucha noción de lo que hacía, porque Giovanni estaba demostrando no solo que yo le pertenecía con ese acto de dominación, sino también que no necesitaba demasiado para manipularme por completo.

Él estaba desnudo, y tampoco me desagradaba contemplarlo a través del reflejo. Su cuerpo fuerte, los hombros anchos, el abdomen marcado, las piernas musculosas, los brazos poderosos y, por supuesto, su miembro erecto, grande e imponente. Ese que había conectado conmigo y que me había dado un placer que nunca esperé sentir.

Con brusquedad, tiró de la silla, alejándola del tocador, y puso las manos en mis caderas, acomodándome y llevándome más hacia adelante, abriendo mis piernas y colocándolas sobre sus hombros en el momento en que se arrodilló entre ellas.

Sabía lo que iba a hacer. No era tan inocente en teoría, pero no imaginaba que con apenas unos movimientos de su lengua me haría gritar.

—¡Giovanni! *¡Dio santo!* ¿Qué es esto?

—¿Esto, *mia cara*? Eres tú. Es tu cuerpo respondiéndome. Mostrándote a quién perteneces —susurró, pero no tardó en volver a usar su boca para dejarme rendida.

Acabé, más que la primera vez, gimiendo alto y diciendo su nombre.

Él no se detuvo, no paró. Su boca era incansable, y a cada momento parecía hacer algo nuevo que despertaba en mí sensaciones diferentes.

Gemía sin darme cuenta, moviéndome y arqueando los muslos, pidiéndole que me diera más.

Dios, yo quería más. Quería mucho más.

Fue una larga tortura hasta que me desató de la silla, aunque dejó tanto el lazo como la corbata atados a mis muñecas. Me levantó de encima de ella, entrelazó mis piernas en su cintura y me llevó de nuevo a la cama. Pero, tal como había prometido, volvió a hacerme su rehén, amarrando las otras puntas de las piezas a las columnas y dejando mis brazos bien abiertos.

En una de sus manos sostenía la rosa, pasándola por mi cuerpo. La sensación de los pétalos suaves rozando mis pezones, mi vientre y después el monte entre mis piernas me provocaba escalofríos todavía muy inocentes, aunque sabía que eran el preludio de lo que sería otra explosión.

Acercó su boca a cada parte de mi cuerpo, besando mi piel no solo con los labios, sino también con la lengua, chupándome, succionándome y literalmente devorándome.

Muy pronto encontró de nuevo ese lugar doloroso que lo pedía a gritos, pero esta vez se concentró más en mi clítoris, mientras su dedo volvía a penetrarme, masturbándome.

A diferencia de la primera vez, no hubo tanto cuidado, probablemente porque ya sabía que yo sentiría menos dolor. Tanto así que su mano hizo un movimiento brusco, embistiéndome con fuerza, lo que me obligó a retorcerme sobre la cama, todo lo que podía.

—¿Sabes cuánto deseé verte así? ¿Bajo mi dominio? Desde que puse mis ojos en ti en aquella fiesta.

—Y aun así me rechazaste... —dije en un tono provocador, recibiendo una palmada nada dolorosa en medio de los muslos. No

era para lastimarme, era una insinuación erótica. Solo que, en el momento en que su mano golpeó mi piel, gemí aún más.

Me avergoncé de mi reacción, pero tuve la impresión de que ese no era el lugar indicado para sentir pudor. Mucho menos considerando la posición en la que estaba. Lo que estaba sucediendo. La forma en que él me poseía, sin reservas, sin vergüenza.

—Cada vez que seas insolente conmigo, vas a ser castigada.

Me masturbó un poco más, pero luego se levantó, se apartó y me dejó tendida en la cama de esa misma manera, lo que me dejó boquiabierta.

—¿Qué estás haciendo? —Mi voz salió mucho más aguda, indignada.

La sonrisa de medio lado fue respuesta suficiente.

—Me gusta tu manera ligeramente rebelde, Kiara, pero no puedes quedar impune. Vamos a ver si te gusta el juego.

Abrí los ojos de par en par cuando entró al baño, cerrando la puerta y dejándome sola, con todo el cuerpo encendido y casi lista para suplicarle que no lo hiciera.

Dios, yo estaba en llamas. ¿Cómo iba a soportarlo?

Fueron minutos que parecieron una eternidad, hasta que Giovanni regresó. Yo estaba con los ojos cerrados, tratando de controlar mi respiración, y él llegó en silencio, hundiendo su boca en mi pezón, chupándolo con fuerza.

—¡Giovanni! —grité, incapaz de controlarme.

—¿Vas a ser una buena niña? ¿Vas a comportarte, a obedecerme?

—Sí. ¡Sí lo haré!

—¡Perfecto!

Sin ninguna advertencia, se colocó dentro de mí, al principio entrando despacio, con cuidado, sorprendiéndome una vez más, porque no esperaba que se comportara de esa forma, con tanta gentileza.

Aun así, no duró demasiado, porque obviamente tenía un instinto animal cuando se trataba de sexo.

El malestar volvió a aparecer, pero en un nivel mucho más leve. Tanto que solo hicieron falta unas pocas embestidas para que comenzara a sentir el orgasmo llegar, consumiéndome y haciéndome prácticamente convulsionar sobre la cama.

Al escucharme gemir, y en el momento en que me apreté alrededor de él, Giovanni también encontró su liberación, y sentí su semen dentro de mí, lo que me hizo preguntarme cuánto tiempo tardaríamos en concebir un hijo.

Un heredero.

Si tomábamos en cuenta el apetito sexual de Giovanni y lo mucho que yo empezaba a disfrutar de todo aquello, no tardaríamos demasiado.

CAPÍTULO VEINTIUNO



K I A R A

Un tipo como tú debería venir con una advertencia.

Es peligroso, me estoy enamorando.

No hay escapatoria, no puedo esperar.

TOXIC – 2WEI

El plan era que pasáramos solo una noche en la suite presidencial del hotel, pero Giovanni lo extendió para todo el fin de semana, lo que hizo que regresáramos a nuestra casa recién el lunes por la mañana.

Nuestra casa...

Todavía me resultaba extraño pensar en eso, incluso después de algún tiempo casada, considerando que yo solo había tenido dos hogares en mi vida: el internado y la mansión donde mis padres aún vivían.

Aunque el internado tuviera sus reglas estrictas y fuera un lugar donde no recibíamos cariño -ya que las profesoras y las empleadas estaban instruidas para mantener el mínimo contacto con nosotras, pues sabían de dónde veníamos-, ambos hogares eran buenos. Cuando volvía a casa, tenía el amor incondicional de mi

madre, aunque fuera a su manera, y mi padre me trataba como a su princesita intocable.

Hasta ese momento, mi convivencia con Giovanni había sido cordial, pero no tenía mucha idea de cómo sería después de haber consumado nuestro matrimonio. No sabía si algo cambiaría o si para él había sido solo sexo, sobre todo porque en los días que pasamos juntos, en el hotel, no hablamos mucho. Lo que sí sabía era que sentía las consecuencias de todas esas horas eróticas justo en medio de mis piernas.

Y me gustaba la sensación. Era como si hubiera quedado marcada por él.

Giovanni, de hecho, había tomado posesión de mí, a su manera.

No tenía la menor duda de que, en el momento en que pusiéramos un pie en nuestra casa, él se alejaría, exactamente como había pasado después del primer baile y aún más después del primer beso. Solo que esta vez estábamos casados. No podría escaparse por mucho tiempo.

Apenas llegamos, fuimos recibidos por su ama de llaves alemana, Ida, que no era precisamente cálida, pero nos llevábamos bien. Ella me había aceptado como su patrona, como dueña de la casa desde el día en que llegué, y me ayudaba a administrarla, ya que yo era algo inexperta en ese tema.

Giovanni no tardó en subir a su cuarto, sin dar muchas explicaciones, exactamente como yo había imaginado que haría, y apenas quedamos solas, Ida se acercó a mí.

—Señora, antes de que ustedes salieran estos días, el patrón me pidió que le avisara que contrató a una decoradora para que pueda cambiar lo que desee en la casa. Le gustaría que dejara todo a su gusto, sin límite de presupuesto. —La mujer siempre hablaba con un fuerte acento de su tierra natal. Desde el principio noté que

era extremadamente formal, como nunca dudé que sería una empleada de Giovanni.

Sin dudas, él no daba libertad alguna a sus subordinados.

—Me hubiera gustado que él mismo me dijera eso —comenté, condenándome al instante por la osadía.

La mujer, sin embargo, negó con la cabeza. No de manera simpática, pero como si comprendiera.

—Entiendo, señora, pero solo le estoy transmitiendo el mensaje. Podemos trabajar juntas para que la casa quede a su gusto.

—Claro. Te lo agradezco.

Ella asintió, muy educada, y se alejó.

Me dirigí a mi cuarto, lista para retomar mi rutina. Quería empezar con un baño y cambiarme de ropa, así que entré en mi vestidor.

Estaba organizado por colores, porque María lo había arreglado así el día en que llegué a esa casa. Y aunque no hubiera sido trabajo mío, sabía perfectamente dónde estaba cada cosa. Sin embargo, esa vez me di cuenta de que había muchas más cosas allí dentro de las que yo poseía. Y eso que tenía muchísima ropa, zapatos, bolsos y joyas. Como dije, siempre fui la princesita de papá, y él me había consentido todo lo que pudo.

Aparentemente, mi marido también quería consentirme. Pero su manera de demostrar algo era mucho más silenciosa.

Giovanni tenía potencial. Yo podría ser feliz con él, si tan solo lo intentaba. Si tan solo lograba hacerle ver que éramos compatibles.

Me di un baño, me cambié de ropa y luego decidí tomar un libro para leer. Era uno de moda, recomendado en mi facultad, lo que me hizo recordar que necesitaba hablar con Giovanni sobre retomar mis estudios. Era algo que no podía esperar, o terminaría perdiendo el semestre.

Conseguí concentrarme por unas dos horas, hasta que Ida me interrumpió para avisarme de la llegada de mi madre, de visita.

Por supuesto que no tardaría en aparecer, después de que mi marido y yo hubiéramos desaparecido literalmente durante todo un fin de semana.

Estaba sola, con los hombres de mi padre como escolta, y nos abrazamos. La llevé hasta la sala de estar, pidiendo a Ida que nos trajera té.

—Hay un aire diferente en ti, querida. Parece que estos días fueron especiales.

Mi madre no sabía los detalles de mi matrimonio. No sabía que yo había evitado a Giovanni durante todo ese tiempo. Pero yo entendía que no se refería a la pérdida de mi virginidad, sino al hecho de haber pasado días con mi esposo sin que nadie, salvo sus hombres, supiera dónde estábamos. Claro que la conclusión a la que todos habían llegado era la de una escapada romántica.

Me encogí de hombros ante su comentario.

—Nada cambió. Solo fueron algunos días fuera.

—Una eternidad para una madre, sin noticias. —Guardó silencio, observándome, hasta que tomó mis manos—. ¿Ha sido amable contigo?

¿En serio mi madre quería saber sobre mis intimidades con mi marido?

—Sí, ha sido amable —fue lo máximo que logré responder, sin revelar que mi primera vez había sido apenas dos días atrás y no hacía un mes, como hubiera sido lo correcto.

Pero la verdad era que Giovanni había sido más que amable.

O mejor dicho... en realidad, no había sido tan así. Gracias a Dios.

Incluso me costaba mirar a mi madre y recordar las locuras con las que me poseía, me dominaba y me penetraba. Porque, sí, esa era la palabra. El hombre no tenía límites.

No es que me estuviera quejando.

—Oh, te estás sonrojando —comentó mi madre, animada—. —No te avergüences por eso, querida.

—¡Mamá! —exclamé, con los ojos abiertos—. No me siento cómoda hablando de estas cosas, por favor.

—Aún no, porque ustedes están casados desde hace poco. Pero pronto lo hablarás. Quizá no conmigo, sino con amigas.

—¿Quién sabe?

Ida vino a servirnos el té, y lo recibimos, dando un sorbo. Estaba caliente, dulce y delicioso.

Mi madre y yo nos quedamos en silencio por un rato, y empecé a pensar que quizá sería buena idea tenerla allí conmigo. No para hablar de sexo, claro. Pero sabía que ella también tenía experiencia con un matrimonio arreglado.

Según lo que me había contado, no había estado enamorada de mi padre; apenas lo conocía antes de casarse, pero terminaron llevándose bien, y juraría que se amaban.

Necesitaba información.

—El matrimonio entre tú y *papà* no fue deseado por ninguno de los dos, ¿verdad? —comencé.

Mi madre todavía estaba sorbiendo el té. Con su elegancia calculada, posó la taza en el platillo, dejó ambos sobre la mesita de café que separaba nuestros asientos y se secó la boca con la servilleta.

—No, querida. Como la gran mayoría de los matrimonios en nuestro entorno.

—¿Y cómo es? ¿Se... se quieren? ¿Terminaron enamorándose?

Mi madre sonrió, complacida.

—Mucho. Yo amo a tu papá, y tengo la certeza de que él también me ama.

—¿Cómo lograste eso?

—No sabría decirlo exactamente, porque fue un conjunto de cosas. No cedí a todos sus caprichos. No fui la esposa obediente y sumisa que él creyó que sería, aunque le di todo lo que quería y necesitaba en la cama, porque también me gustaba.

—¡Sin detalles sobre eso, mamá! ¡Por favor!

Ella rió.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Alzó las manos en señal de rendición—. Pero todo lo demás sirve como pista. Giovanni es un hombre que ciertamente está cansado de halagos y de gente que cumple órdenes. Siempre que no hagas nada que lo avergüence o le demuestre deslealtad, creo que un poco de picante en la relación es interesante. Al mismo tiempo, muéstrale lo que es el cariño. Los hombres del mundo en el que vivimos son crueles porque crecieron entre personas sombrías. Personas que no supieron demostrar amor.

—¿Crees que puedo conquistar a Giovanni de esa manera?

—Sí. Estás llena de amor, querida —tomó mi mano otra vez—. Eres una muchacha de luz.

—No estoy tan segura.

—Confía. Soy tu madre. Iluminaste nuestras vidas en el preciso momento en que llegaste. Y tengo la impresión de que tu padre empezó a quererme un poco más después de que te tuvimos.

—Pero papá quería un hijo varón, ¿no es así?

—Desgraciadamente eso es lo que se espera de un hombre en la posición que él ocupa. Dios no nos dio más hijos, pero nos regaló a la mejor. Y puedes estar segura de que tu papá no se arrepintió en ningún momento.

Bajé la cabeza, triste.

—A veces tengo la sensación de que lo decepciono. Como si fuera así desde que nací.

Mi madre negó con vehemencia.

—Él te ama. Puede tomar decisiones extrañas, como cualquier padre, pero siempre con la intención de intentar lo mejor para ti. El matrimonio con Giovanni puede no ser lo que esperabas, pero sin duda es una buena opción. Creo, de verdad, que ustedes pueden ser felices.

Y fue con esa frase en la cabeza que pasé el resto de la tarde.

Podríamos ser felices. Todo lo que necesitaba era ser yo misma y mostrarle otra forma de vivir.

Afuera, él viviría entre la violencia, el caos y el miedo. En casa, cuando llegara, yo le prepararía un hogar. Un ambiente acogedor y seguro, pero sin dejar de desafiarlo.

Sin dejar de intrigarlo y de hacer que tuviera ganas de volver a mí y a mi cama. Pero no solo eso. Quería que se interesara por mis opiniones, que me viera como alguien a quien tomar en serio y no solo como un adorno para exhibir.

Sería su esposa, su amante y su amiga. Él solo tenía que abrir el corazón hacia mí.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Soy un desastre, lo confieso, pero no lo entenderías.

Si pudieras escuchar lo que dicen mis almohadas por las noches...

CROOKED HALO – STITCHED UP HEART

Desperté de golpe, agarrando el arma que estaba en mi mesa de noche y apuntando al vacío. Sudado, jadeante y completamente alterado. No era la primera vez y, definitivamente, no sería la última.

El objeto pesaba en mi mano, y giré la muñeca de un lado a otro, intentando entender por qué siempre buscaba la seguridad que un revólver me daba cuando tenía ese tipo de pesadillas.

Porque uno de ellos me había salvado la vida. Y había vengado la muerte de la persona que más amé.

¿Cómo podría dormir al lado de mi esposa si no lograba dejar de tener esas pesadillas? ¿Cómo despertar con Kiara, en la misma cama, apuntándole un arma? ¿Y si disparaba sin querer?

Yo no había nacido para ser el marido de alguien, mucho menos de una esposa como ella. La maldita chica era fascinante, y la

forma en que respondía en la cama me había vuelto adicto.

Estábamos casados hacía poco, habíamos tenido sexo por primera vez hacía menos tiempo aún, y ya no podía pasar una sola noche sin buscarla.

Solo que, en cuanto terminábamos de hacerlo, yo salía de su cama y volvía a la mía, para dormir sin ella a mi lado. Eso la hería, podía verlo, pero era mejor así. Por su seguridad.

No convivíamos mucho más allá del momento de la cena y del sexo, y claramente esa no era la voluntad de Kiara. Para ser sincero, tampoco había sido solo culpa mía. Las investigaciones sobre Bruno y su paradero estaban a todo vapor, lo que hacía casi imposible quedarme en casa o sin algo que hacer, encerrado en mi oficina.

Ese día era sábado. Teníamos un evento al que asistir más tarde; una especie de picnic organizado en la casa de uno de nuestros socios -algo que no encajaba en nada con nosotros, pero en el que teníamos la obligación de estar presentes-, aunque yo necesitaría pasar toda la mañana metido en la oficina de casa, resolviendo pendientes que no había conseguido despachar durante la semana debido a la investigación.

Como no podíamos involucrar a la policía, pusimos a trabajar a detectives de nuestra confianza, la mayoría de los cuales nos debían favores, para intentar encontrar al hijo de puta. Hasta el momento, sin embargo, nada. Ni siquiera Sienna. Era muy probable que los dos, de hecho, hubieran planeado todo juntos.

Me levanté de la cama antes del amanecer y tomé café solo, lo que fue hasta mejor. Hice algo de ejercicio en el gimnasio de casa y me encerré en mi espacio, intentando no escuchar los sonidos de la casa.

La presencia de Kiara había comenzado a expandirse poco a poco. Podía verla en cada habitación redecorada, pero también podía escucharla. No recordaba la última vez que había habido

música en mi casa, mucho menos risas. Si en algún momento creí que sería capaz de ignorarla, siempre resultaba imposible.

Sabía que quería retomar los estudios, lo cual no me molestaba ni era asunto mío. Mientras más distracciones tuviera, mejor. Ya había visto algunas de sus creaciones, y era talentosa.

Me esforzaba por no sentir orgullo de ella, por no disfrutar de su presencia y por no apegarme a nuestros pocos momentos juntos, pero estaba comenzando a ser una batalla perdida. La chica, tal como Dominic había dicho, tenía una manera muy peculiar de volverse especial.

El problema era que podía sentirme un poco más inmune cuando estábamos distantes. Pero cuando aparecía frente a mí, con un vestido delicado en un tono claro, una falda amplia, una faja de colores en la cintura y un sombrero ideal para un picnic, más parecida a una hermosa dama de época en una película, era muy, muy complicado.

—Estoy lista —dijo, terminando de hurgar en su bolso sin mirarme.

Yo también estaba preparado, con un pantalón de jean, una camiseta negra de algodón y una chaqueta de cuero del mismo color. Era un evento un poco más informal, así que podía librarme del maldito traje y corbata.

Sin decir nada, observé una vez más a mi esposa de arriba abajo, fijándome en sus pies pequeños dentro de unas sandalias delicadas, del mismo color del vestido. Sus uñas estaban pintadas de un rojo bonito, elegantes y bien cuidadas. Me gustaba que fuera vanidosa, pero no solo bonita.

Me gustaba… ella.

Aunque no quisiera admitirlo.

—Si quieres salir… —Kiara todavía no me miraba. Seguía empeñada en resolver algo en su bolso, tal vez la correa, o el cierre.

No me importaba en lo más mínimo de qué se trataba, yo quería mirarla a los ojos. Necesitaba ver su rostro.

Puse mi mano bajo su mentón y lo levanté, obligándola a mirarme.

—Estás preciosa —dije con voz baja, casi reverente, lo que la sorprendió—. Siempre lo estás, de hecho. Es algo que necesito decir con más frecuencia.

Sentí que se sorprendió con mi comentario, pero respiró hondo, levantó la cabeza y se apartó un poco de mi toque, con una sonrisa en los labios.

Una sonrisa hermosa.

—Deberías hacerlo. Tú también estás guapo. Me gusta más verte así, menos formal. Pareces menos inaccesible.

Arqueé una ceja, pero no tuve tiempo de decir nada, porque ella se apartó, empezando a caminar hacia la puerta.

Tuve que seguirla, porque ya íbamos retrasados.

Como siempre, partimos en un auto escoltados por otros dos. A pesar de la informalidad de mi ropa, mi arma seguía conmigo, porque no podía descuidarme. Ya no estaba en juego solo mi seguridad, sino también la de mi esposa.

Bruno aún estaba allá afuera, listo para lo que fuera que su mente enferma pudiera imaginar. Ni siquiera sabía cuáles eran sus intenciones, porque la investigación no había dado resultados hasta ese momento.

Era un día muy agradable, y la casa a la que fuimos pertenecía a la familia Preterotti, cuyo patriarca era el jefe que

representaba a la Cosa Nostra en Los Ángeles. Ellos siempre pasaban algún tiempo en Chicago cuando había asuntos que resolver, y en esa ocasión todos estaban presentes. Sus tres hijos también, dos hombres y una mujer, cuyo matrimonio con Dominic estaba siendo negociado.

Kiara y Stefania Preterotti habían estudiado juntas, así que pronto se entendieron, y yo las dejé para quedarme con los hombres.

El tema entre ellos, por supuesto, seguía siendo Bruno Esposito. Yo no sentía mucha simpatía por Máximo Preterotti, pero sí por su hijo Enrico, que era un tipo muy sereno, aunque bastante serio. Creía que algún día sería un buen sucesor de su padre.

El más joven, Alessio… bueno, él era uno de los motivos por los que yo estaba aún más malhumorado en ese evento.

Mi opinión sobre él había empeorado todavía más desde que lo vi hablando con Kiara y soltando amenazas que me daban ganas de meterle una bala entre los ojos.

Antes de ese incidente sabía poco sobre él, pero me tomé el trabajo de investigarlo. Descubrí que era un fanfarrón. Como era el segundo hijo, creía que su vida se basaba en mujeres, juegos, bebidas y en no tener responsabilidades. Tanto que ni siquiera estaba reunido con nosotros, porque el asunto probablemente era demasiado serio para su mente despreocupada.

¡Hijo de puta irritante!

Mis pensamientos fueron interrumpidos de golpe por la conversación, que llegó a un tema que yo quería olvidar, pero que siempre se mencionaba cuando yo estaba presente.

—¡Quién lo diría! ¿Cómo no lo notaron antes? Dominic lo tenía como su mano derecha. Y tú, Giovanni, ibas a casarte con la bella traidora. ¿Cómo es posible que una mujer tan hermosa sea tan

calculadora? —dijo Máximo. Tenía una vena chismosa y le gustaba fingir que era el más virtuoso de todos nosotros. Como éramos más jóvenes, nunca hacíamos nada lo suficientemente bueno.

Imaginaba que con su hijo se comportaba de la misma forma, ya que era un poco más joven que yo.

—Hasta donde sé, tú estuviste de acuerdo, Máximo, con el nombramiento del padre de Bruno como *consigliere* de mi padre. Ninguna decisión que tomamos es en vano. Si estabas viendo algo extraño en Bruno, ¿por qué no lo advertiste? Quien calla es cómplice —dijo Dominic, sin morderse la lengua. Era mucho menos diplomático que yo en ciertos temas.

—¿Qué estás insinuando, muchacho? Debes tenerle más respeto a los mayores.

—Tú también nos debes respeto, Máximo. Somos iguales dentro de la jerarquía —completé, poniéndome al lado de Dominic.

Él puso los ojos en blanco, como si tratara con dos idiotas.

—¿Han tenido alguna noticia de su paradero? —preguntó Enrico, el hijo de Máximo, con una mano en el bolsillo, más relajado.

—Todavía no. Hay una investigación en curso, y espero que se resuelva pronto.

—Él tomó a tu esposa como rehén, ¿cierto? ¿No tienes miedo de que reaparezca y haga algo contra ella? Estuvieron comprometidos por un corto período…

Era la misma conversación que Tomazzio había tenido conmigo. En realidad, era algo que nunca salía de mi cabeza, porque de verdad temía por la seguridad de Kiara. Más de lo que debería, incluso.

No era solo el hecho de que fuera mi esposa. Yo no quería que le hicieran daño.

Si Bruno realmente había sentido algo por ella desde muy joven, ¿qué no sería capaz de hacer? ¿Qué no podría desear o planear a distancia, aún en silencio, desde las sombras? En el momento en que elegí a Kiara y no a su hermana, las cosas se confundieron en su cabeza. Probablemente el problema fuera conmigo, pero Kiara también pagaría el precio.

Pensar en eso llenaba mi pecho con un sentimiento muy, muy oscuro. Un instinto de protección aterrador, que sabía que me haría capaz de cualquier cosa.

Lancé una mirada en su dirección, de forma completamente paranoica. Había hombres míos y de Dominic repartidos por todo el lugar. Nadie sería capaz de tocar un solo cabello de mi mujer.

Pero en cuanto la vi, noté que ya no estaba solo con Stefania.

El imbécil de Alessio Preterotti estaba otra vez frente a ella, con esa sonrisa y esa carita de inocente que sabía poner como nadie, la misma que seguramente conquistaba desde jovencitas ingenuas hasta mujeres casadas e insatisfechas, que yo sabía eran sus favoritas.

Solo podía estar provocándome.

Otra vez ese idiota estaba demasiado cerca de mi mujer.

De pronto dejé de ver lo que había a mi alrededor. Si me hubiera esforzado un poco más, habría destrozado el vaso de vidrio que tenía en la mano, rompiéndolo entre mis dedos. En cambio, lo lancé al suelo, estrellándolo con fuerza.

Sentí la mano de alguien en mi hombro, pero no alcancé a distinguir si era Dominic o Enrico, que eran los dos que estaban a mi lado.

Me zafé de inmediato, aceleré el paso y me acerqué sin siquiera preguntar qué estaba pasando. Empujé al *figlio di puttana*

lejos de ella, necesitando respirar hondo para calmarme.

—¡Giovanni! *¡Dio Santo!* —exclamó ella.

No la miré, porque sabía que si lo hacía perdería el foco. Mi problema era con ese imbécil.

Era casi tan alto como yo, así que me acerqué lo suficiente para quedar cara a cara con él, como si fuéramos dos peleadores en un ring de UFC[1].

Era lo que había querido hacer desde la primera vez. Pero en esa ocasión no iba a lograr controlarme. No soportaba a los abusivos. Ya le había dejado claro mi mensaje y esperaba que me hubiera obedecido y se mantuviera lejos de ella.

—Aléjate de mi mujer —gruñí, sintiendo la rabia hervir.

En ese momento no pensé en nada. Era como si mi cerebro se hubiera apagado y solo pudiera ver a ese pendejo con su sonrisa cínica coqueteando con mi esposa.

—Giovanni, una vez más, ¡Alessio y yo nos conocemos desde niños! Por favor... —Sentí su mano en mi brazo y eso casi me tranquilizó, pero todavía necesitaba escuchar algo de él.

Porque Kiara podía no notar las segundas intenciones, pero yo las veía desde lejos, sobre todo porque conocía muy bien con quién estaba tratando.

No era posible que insistiera si no fuera con la intención de realmente intentar quitármela. Solo podía ser ese su objetivo.

Y que el diablo me arrastrara al infierno si terminaba permitiéndolo.

—¡Voy a matar a este *farabutto*! —Lo traté de hijo de puta, todavía con la voz cargada de odio.

Sobre todo cuando me lanzó esa sonrisita cínica.

—Desafortunadamente, no todos tienen los cojones para aguantar el peso de tener una *sposa* tan bonita.

Ahí estaba, provocando. Ya no tenía ninguna duda. Sin pensarlo, cerré el puño y le solté un golpe en su cara de Don Juan de mierda.

Alessio no cayó, así que repetí la dosis. Estaba listo para continuar cuando vi que Máximo sacar su pistola de la funda y me la apuntaba. Yo también saqué la mía y la dirigí hacia el imbécil que estaba en el suelo. El maldito que intentaba seducir a mi esposa.

—No voy a disparar, Giovanni. Solo quiero que te alejes de mi hijo —dijo.

—Yo tampoco. Solo quiero que este *stupido* se aleje de mi mujer. —Lo imité, notando que todos a nuestro alrededor guardaban silencio.

La situación no debió haber escalado tanto. Solo que él me había provocado, aún sabiendo que yo ya me había encabronado la primera vez.

O al menos eso era lo que quería creer. Que no se trataba de una pelea de egos ni de orgullo herido. Fue culpa de él, que se pasó de la raya. Si hubiera hablado conmigo para explicarse, yo no le habría prohibido estar cerca de Kiara.

Ella podía tener amigos... Claro que sí.

Yo no era como mi padre.

Necesitaba tener eso presente.

Lo que sentía por Kiara no era una maldita obsesión. Era mi esposa.

Yo solo quería protegerla.

Nada más.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



K I A R A

Adicto a ti, al dolor y al placer.

Ambos sabemos que está mal, pero nos hace sentir mejor.

LOVE CRIME – DONZELL TAGGART

Me llevé la mano al pecho en un intento ridículo de sujetar mi corazón, que parecía que iba a saltar fuera del cuerpo. No podía ser que esa escena se estuviera desarrollando justo frente a mí.

Giovanni, mi marido, había apuntado con un arma a otro hombre porque estaba haciendo bromas conmigo.

Y lo estaba haciendo, porque yo conocía muy bien a Alessio Preterotti para saber que su intención era provocar, aunque no fuera a tocarme, sabiendo que yo era esposa de quien era.

Claro que le apuntaron con un arma a Giovanni primero, pero él había empezado la pelea. Llegó corriendo como un tornado. Quería creer con fuerza que tenía que ver con los celos, que había empezado a sentir algo por mí, pero necesitaba pensar que era solo posesión.

Di un paso atrás y choqué con alguien. Sujetaron mis brazos y escuché la voz de Dominic:

—¿Quieres salir de aquí?

—¡No! —respondí con vehemencia—. Es mi marido.

Por alguna razón tenía la certeza de que Giovanni no me haría daño, así que me zafé de Dominic y me acerqué a él.

Probablemente muchas mujeres hacen eso también, antes de ser agredidas por sus parejas, pero era una prueba. Por la forma en que se comportara, sabría qué tipo de compañero tendría para el resto de mi vida.

Toqué el brazo de Giovanni y noté que eso le causó un sobresalto. Perdí el aire y me encogí, retrocediendo.

En el instante exacto en que sus ojos encontraron los míos -con ese ceño fruncido que podría intimidar a cualquiera-, dejó caer los hombros, como si se rindiera.

Al ver que estaba retrocediendo, levanté una mano, como quien doma y quiere calmar a una fiera.

—Vamos a casa, Giovanni. Está todo bien. Fue solo un malentendido.

Despacio, bajó el arma, todavía mirándome. Parecía en trance.

Debería estar asustada, pero no. En ese momento comprendí que tenía poder sobre él. Aún más cuando extendió la mano para tocarme. Acarició mi rostro, pero fue un gesto breve que lo hizo recobrar el sentido.

Lo observé relajar los músculos y parpadear un par de veces, mientras todos a nuestro alrededor también parecían suspirar aliviados y bajar sus armas.

—Me tienes miedo —dijo en voz baja, volviéndose hacia mí.

—No, no te tengo miedo. Vamos a casa.

Asintió, y empezamos a caminar entre la gente que seguía parada, observándonos. Todos tensos. Todos con la sensación de que una bomba podría estallar.

Entrelacé mi brazo con el suyo y miré a Dominic, que me avisaba sin decir una palabra que estaría a una llamada de distancia.

Subimos al auto y el chofer arrancó. Hicimos todo el camino en silencio, con Giovanni mirando fijamente por la ventana. Quería decir algo, preguntar, descubrir qué pasaba por su cabeza, pero ni siquiera sabía cómo empezar.

Al bajar, entramos en la mansión, y decidí que tal vez era mejor dejar que se calmara. Que se duchara, que se encerrara en su soledad a la que yo no pertenecía. ¿No era así como se comportaba desde que nos casamos? Distanciándose y solo buscándome por la noche, cuando me quería en la cama.

—Estaré en mi cuarto cuando quieras hablar... —empecé a decir, lista para alejarme, pero me sujetó del brazo.

No lo esperaba y volví a sobresaltarme.

—¿Ves? Me tienes miedo. Era exactamente eso lo que no quería, Kiara. Es contra esto que he estado luchando tanto tiempo.

—¿Contra qué?

—¡Contra este sentimiento! —Cerró el puño y golpeó su pecho varias veces, como queriendo mostrar su corazón—. No sé amar. No sé sentir algo por alguien, porque todo lo que me enseñaron fue que esas cosas vienen con violencia. Que amar es lo mismo que perder la cabeza.

Fruncí el ceño, confundida.

—Amar es lo contrario de eso... El amor puede fortalecernos.

—¡No! —gruñó, llevándose las manos al cabello y echándoselo hacia atrás. Estaba más largo que cuando nos conocimos, y cada vez se veía más atractivo así—. Tuve celos de ti.

—Es normal sentir celos... Soy tu esposa. No deberías haber hecho lo que hiciste con Alessio, porque...

En un arranque de rabia, Giovanni empujó un jarrón que estaba sobre una mesa y lo hizo pedazos en el suelo.

—No digas su nombre. Ese canalla te estaba acosando otra vez. Lo hacía para provocarme.

—Ya te lo dije. Nos conocemos desde niños, Giovanni. Nunca hubo nada entre nosotros. Ni de su parte ni de la mía.

—¿Por qué, entonces, dio a entender que sí?

—¡Porque realmente te estaba provocando! —exclamé—. ¡Lo dijiste tú mismo! —Levanté las manos, mostrando que era evidente. Llegué a golpearlas contra mi pierna y respiré hondo—. Él es así. Cínico. Impulsivo. Pero no es mala persona. Es un buen tipo...

Giovanni dio unos pasos hacia mí y se plantó frente a mí.

—¿Te gusta él?

—Como amigo, sí. No vas a prohibirme tener amigos. Seré tu esposa, fiel y leal, pero hay otras personas en el mundo.

Él volvió a sujetarme el brazo, pero lo hizo con una delicadeza que me alivió mucho.

—Eres mía, Kiara.

—Sí, Giovanni. Soy tuya. Y por eso no voy a permitir que nadie se ponga en nuestro camino. Solo tú puedes arruinar lo que tenemos.

Parecía conmovido por mis palabras. Esperé que realmente lograra ver la verdad. Que yo no tenía intención de dejarme llevar por otro hombre.

Extendí la mano para tocar su rostro. La línea fuerte de la mandíbula, la barba espesa.

—Ningún hombre va a conseguir hacerme sentir como tú —susurré bajito. No sabía cómo reaccionaría Giovanni ante mi caricia y mi confesión.

De todo lo que esperé que pudiera hacer, no imaginé de ninguna manera que se quitaría la chaqueta y la arrojaría al piso. Que arrancaría la camisa y se quedaría con el pecho poderoso al descubierto. Mucho menos que avanzaría aún más hacia mí y me levantaría en brazos, arrancándome un gritito de sorpresa.

Como íbamos a pasar el día fuera de casa, le habíamos dado el día libre a los empleados. Menos mal, o se habrían llevado todo un espectáculo.

Conmigo entre sus brazos, Giovanni pegó nuestros labios y me besó, un beso que, otra vez, no esperaba. Era impresionante cómo podía mostrar toda su intensidad con un solo contacto.

Me aferré a sus hombros, marcando su ritmo, decidí no hacer preguntas.

Tampoco creo que tuviera respuestas.

Seguimos besándonos hasta que dejó mi boca, apoyó la frente contra la mía y susurró en tono suplicante:

—No me dejes ser como él, Kiara. Quiero ser bueno para ti... Quiero hacer las cosas como deben ser...

Yo no sabía de qué hablaba. No tenía la menor idea, en realidad.

—¿Quién es él, Giovanni? ¿En qué estás pensando?

No esperaba que respondiera, así que no tenía expectativas. Pero mi pregunta lo enfureció. Una rabia que lo llevaba a un comportamiento salvaje. En el buen sentido.

Me llevó hasta la escalera de la casa, pero no subimos. Me dejó en el suelo y me arrancó el vestido, quitándome el lazo antes que nada. También me sacó el sostén, dejando mis pechos expuestos.

Alzó mis manos y usó el lazo para atarlas a una de las barras del pasamano de la escalera, dejándolas estiradas. Con todo su ímpetu de siempre, lanzó la boca a uno de mis pezones, chupándolo con tal fuerza que grité. Pero no porque me hiciera daño...

O bueno... Había cierto nivel de dolor, pero tan placentero que no conseguía distinguir cuál era cuál.

Al darse cuenta, Giovanni desabrochó el cinturón que llevaba, quitándoselo de un tirón, y me giró, retorciendo el lazo que me sujetaba, dejándome de espaldas a él.

Solo me percaté de lo que ocurría cuando sentí el cuero chasquear en mi trasero.

Fue como un latigazo, pero muy delicado. Claramente estaba dosificando la fuerza, y solo sentí una punzada agridulce que me hizo gemir con fuerza.

Al notar que me había gustado el nuevo "juego", Giovanni me penetró con un dedo y, mientras me masturbaba, volvió a usar el cinturón. Siguió haciéndolo con la máxima gentileza posible, y eso fue un bálsamo para mí. La prueba más grande de que no tenía intención de lastimarme. Ni siquiera cuando estaba algo descontrolado. Ni siquiera cuando todo su cuerpo hervía de odio y deseo.

La dulce tortura continuó hasta que ya no pude más y acabé con fuerza. Eyaculé como nunca hasta ese momento, en mi corta experiencia con el sexo.

Seguía temblando, con las piernas flojas, cuando escuché el cinturón caer al suelo y la hebilla golpear el piso. Giovanni me giró hacia él y fui recuperándome un poco mientras él se quitaba el pantalón, dejándolo también a un lado.

Me agarró por los muslos, levantándome del suelo, y entró en mí con una fuerza que me pareció imposible. No dolió, ni de cerca. Estaba tan húmeda, tan desesperada por tenerlo, que solo sentí placer.

Su nombre salió de mi boca en un grito desesperado cuando llegó bien hondo, golpeando justo ese punto que ya sabía que era el más sensible. Me movió con sus brazos una vez, levantándome y dejándome bajar otra vez, deslizando, llenándome.

Tomó uno de mis pezones con los labios, chupándolo otra vez mientras me penetraba, y cerré los puños, incapaz de moverme, y aun así sintiéndome muy poderosa. Era yo quien estaba a merced de Giovanni, pero, en el fondo, le provocaba un deseo tan grande que eso me hacía sentir en control.

—Más fuerte —gruñí, con la voz ronca, solo para probar.

—Todo... todo lo que quieras —respondió entre jadeos, arremetiendo con más fuerza—. Mía. Eres mía, Kiara. Dilo mientras te la meto.

—Soy tuya. Soy tuya, Giovanni.

Después de eso, todo se volvió una locura. Yo era pequeña, sabía que no pesaba mucho, pero la forma en que movía mi cuerpo me hacía sentir como una pluma. Los movimientos violentos los imprimían sus brazos. El sonido de nuestras pieles se parecía al de los azotes que él podría haberme dado con el cinturón.

Claro que la intensidad de todo nos llevó al orgasmo. Primero yo, gimiendo muy, muy fuerte, y luego él, gruñendo y llamando mi nombre, cosa que nunca antes había pasado.

Nos quedamos quietos un rato hasta que me soltó y me llevó, sujetando mis piernas y brazos contra su cuerpo, hasta la habitación.

Caímos en la cama, los dos jadeando, como siempre pasaba cuando terminábamos de tener sexo.

Solo que tuve la sensación de que aquella vez había sido distinto.

O quizá solo quería engañarme a mí misma...

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Seguí las reglas de

Juegos que hemos estado jugando

Mi amor te dejó romperlos

Bailé por tu tacto.

Las marcas que dejaste en mí aún permanecen.

Yo mismo corto mis propias cuerdas

Solo para dártelos

BLOOD ON MY HANDS – VEDA

Había pocas cosas en el mundo que me conmocionaban. Cuando uno está acostumbrado a hacer lo que yo hacía constantemente, la vida se convierte en un torbellino de momentos sin emociones que te llevan puesto.

No hay espacio en ella para llanto, para sonrisas, para arrepentimientos. Si me detuviera a analizar lo que pasa en mi

corazón, eso me debilitaría.

Al menos eso fue lo que me enseñaron.

Sin embargo, en los últimos cinco meses, desde que me casé con la dulce Kiara, todas esas convicciones fueron derritiéndose poco a poco. Volviéndose polvo.

El primer sentimiento que reconocí dentro de mí, regresando con fuerza total, fue el miedo. Lo sentí en el momento en que comprendí que ella no sería solo una esposa por conveniencia.

Tuve miedo de ser un monstruo para ella. Todos los días.

Ese miedo me llevó a alejarla, y casi cometí un error. No solía creer en esas cosas, pero juraría que tenía que ver con el destino. Ella volvió a mí porque debía ser así.

Entonces otras emociones fueron retornando, como flores que renacen poco a poco en un jardín dormido. Deseo fue la primera. Protección. Ternura.

Hogar.

La sensación de volver a un lugar al que realmente quería regresar.

Pero junto a ellas también redescubrí algunas que nunca fueron mías, aunque conviví con ellas: celos, odio, la necesidad de controlar.

Tuve miedo de no poder salvar a mi esposa de mí mismo, como no pude salvar a mi madre. Sin embargo, Kiara se salvó sola.

Ella atravesó las barreras esa tarde en la que juré que mataría a otro hombre por puros celos. Me tocó y me miró de una manera que fue alejando a los fantasmas.

Esa chica fue la cura. Entonces pude empezar a creer que había una oportunidad para nosotros. Solo necesitaba descubrir cómo mostrarle que estaba dispuesto a intentarlo.

La primera vez que llegué a casa y no me encerré en el despacho para intentar huir de ella, Kiara se sorprendió. Cenamos juntos, y traté de convertir la noche, en lo posible, en un evento normal entre marido y mujer.

La dejé hablar, sobre todo de la facultad, y guardé en la memoria todo lo que dijo que imaginaba para una marca que quería crear cuando se recibiera. Cada detalle del espacio físico que necesitaría y cómo haría para atraer clientas.

Siendo quien era, esposa del jefe, tendría filas y filas en su agenda para confeccionar ropa para todo tipo de eventos.

Con eso en mente empecé a activar mis contactos. La gente me debía favores por todas partes, así que no fue difícil conseguir socios que me ayudaran a construir lo que quería darle a Kiara.

Todo se hizo en tiempo récord, porque querían complacerme al máximo, dándome prioridad en una lista que debía ser inmensa.

Al final, salí de casa con una Kiara completamente ajena a lo que iba a suceder, aunque sorprendida de que la llevara a salir, pese a que había dicho que se trataba de algo de negocios.

Se arregló con esmero, como siempre: un vestido más formal, el cabello en un peinado elegante, medio suelto y medio recogido, maquillaje delicado que dejaba las pecas a la vista.

—¿No me vas a adelantar de qué se trata esta reunión? No sueles llevarme a algo así. ¿Es algún evento? —parecía desconfiada, pero yo sabía que no imaginaba que se trataba de un regalo.

—Negocios. Es todo lo que puedo decir —respondí muy serio, dejándola frustrada. Por más que las cosas entre nosotros

avanzaran, aún había una dificultad en mí para mostrar lo que pasaba por mi cabeza.

Esperaba que tuviera un poco de paciencia.

Kiara guardó silencio, observando el camino, y yo quería decir algo. Quería tomar su mano; quería borrar esa expresión melancólica de su rostro e intentar ser gracioso, decir algo para que riera.

Pero ese no era yo. Quizá jamás lo fuera.

Al llegar, paramos frente a una tienda cerrada. Bajamos del coche con los guardias alrededor. Los hice pasar desapercibidos porque no quería llamar la atención, así que dos de ellos se adelantaron para levantar la puerta metálica muy despacio.

Poco a poco, el interior del atelier fue revelándose, con la decoración a cargo de la misma diseñadora de interiores que había redecorado nuestra casa, bajo la supervisión de Kiara. Yo aún quería que ella pusiera su sello, porque tenía que saber qué necesitaría a medida que fuera trabajando.

—¿Qué es esto, Giovanni? —preguntó, tensa, tanto que sus manos se clavaron en mi brazo mientras recorría el espacio como quien espera que de allí salga un monstruo.

—Cuando hablamos de la facultad, dijiste que querías un atelier. Que era tu sueño —le expliqué.

—Pero nunca imaginé que fueras a dejarme trabajar.

—Bueno, vamos a tener que ajustar las cosas para no tener problemas. Con tu seguridad, en este caso. Me gustaría, al menos, que esperaras un poco antes de empezar. Quién sabe, quizá encontremos a Bruno antes de que todo esto pase.

Ella asintió, alejándose de mí y comenzando a entrar en la tienda, pasando la mano por todo. Había un mostrador grande

donde podría hacer los dibujos, había góndolas y un enorme candelabro en el techo. También había una especie de vitrina de vidrio donde podría exhibir la ropa de un modo que diera la impresión de que las clientas estaban dentro de su armario, lo cual había sido exactamente una idea suya, algo que había imaginado.

Pequeños detalles de la decoración fueron añadidos por la decoradora, pero yo sabía que Kiara los aprobaría, porque, por las cosas que había incorporado en nuestra casa, ya era posible definir un poco su gusto.

Ella giró sobre sí misma, observando todo el lugar.

—¿De verdad es mío? ¿Voy a poder trabajar? ¿Aunque sea la esposa del jefe? —La sonrisa que abrió ya bastaría para convencerme.

—Precisamente por ser la esposa del jefe es que puedes hacer lo que quieras. No le debo explicaciones a nadie, Kiara. Sé lo mejor que puedas ser y enorgullece aún más el apellido Caccini.

Ella llevó una mano a la boca, y vi sus labios temblando, en el preludio de un llanto. No sabía manejar muy bien ese tipo de cosas, pero entendía que era una reacción de felicidad.

Tanto así que Kiara corrió hacia mí, lanzándose a mis brazos y entrelazando las piernas en mi cintura, en un abrazo mucho más efusivo de lo que esperaba.

Por más que nuestras noches como marido y mujer fueran bastante íntimas, era raro que cualquiera de los dos tomara la iniciativa de una demostración de cariño. Tenerla en mis brazos, en ese momento, de ese modo, fue sorprendentemente… bueno.

—*Grazie! Grazie!* —decía ella, repitiendo y llorando, mientras dejaba besos en mi rostro.

Tardé en corresponderle, mirando alrededor y viendo a los soldados apartándose y desviando la mirada, avergonzados, pero

tenían que lidiar con su incomodidad, porque yo no iba a impedir que mi esposa hiciera lo que quisiera.

Pasé los brazos por debajo de sus muslos y acepté el beso que me dio, dándole la bienvenida.

Pensé que solo uniríamos nuestros labios, pero Kiara abrió mi boca con su lengua, indicando que quería algo de verdad. Ella estaba feliz, y no había un solo momento en que yo no la deseara, lo que me hizo rendirme rápidamente a sus encantos y apoyarla contra una pared para poder llevar una mano a su rostro, sujetando su cabeza para explorarla con más facilidad.

No tenía idea de lo que iba a suceder en aquel lugar, tanto que los soldados ya se habían apartado por completo, dirigiendo la vista hacia otro lado, lejos de nosotros. Lo que nos interrumpió y nos impidió seguir fue mi teléfono, que comenzó a sonar dentro del bolsillo, vibrando con desesperación.

Me aparté un poco de Kiara, dejando que nuestras miradas se encontraran, ambos jadeantes.

—¿Necesitas contestar? —preguntó ella, y por unos instantes mi voluntad fue decir que no. Que el resto del mundo entero podía irse a la mierda, que solo ella importaba en ese momento, pero aún no podía llegar tan lejos.

Yo era el jefe, la gente dependía de mí.

La *famiglia* dependía de mis decisiones.

—La apoyé en el suelo con delicadeza, y Kiara comprendió de inmediato: bajó la cabeza, contrariada, pero asintió porque era lo correcto.

Tomé el teléfono y comencé a escuchar la voz de su propio padre al otro lado de la línea.

—Giovanni, tenemos a alguien. Uno de los cómplices de Bruno de aquella noche fue encontrado. Se metió en una pelea de bar y

está un poco alterado, pero imagino que querrás venir personalmente, ¿no?

—Oh, sí, definitivamente quiero hacerlo.

—Te esperaremos.

Colgué el teléfono y lo guardé de nuevo en el bolsillo del pantalón, mirando directo a Kiara.

Era irónicamente sombrío que estuviera besando intensamente a mi esposa contra una pared y que, momentos después, tuviera que partir para cumplir con mi deber y hacer lo que fuera necesario para obtener información.

—No necesitas ir, Giovanni —dijo ella con esa dulzura que la caracterizaba.

Tendríamos que hablar, porque cada vez que hiciera ese tipo de cosas, sentiría la tentación de acceder a su pedido. Podría dejar que otros hicieran el trabajo por mí, pero sabía que dentro de nuestra organización un jefe tenía la obligación de mostrar su fuerza.

—Tengo que ir —dije con voz más firme. No era momento de actuar como marido, sino como Don.

Como me había convertido la vida.

Quería tocarla, besarla otra vez, hacer cualquier cosa para que entendiera que, con ella, las cosas serían distintas, pero que yo seguía siendo el mismo hombre de siempre.

Pero no pude. Incluso sin hacer nada, ya me sentía impuro.

Llamé a dos de mis hombres, que se acercaron, y les hice señas de que me siguieran. Los demás podían quedarse cuidando de Kiara.

No miré atrás mientras me alejaba. Intenté no pensar en ella mientras el coche se dirigía al lugar indicado por Tomazzio.

Al llegar, me quité el saco, aflojé la corbata y me arremangué, mirando la cara toda golpeada del hijo de puta; se me escapó una sonrisa ladeada.

No dije nada, no saludé a nadie, simplemente fui a la violencia, empeorando esos hematomas. Sabía que tenía un puño fuerte, que haría un destrozo en la cara del desgraciado.

Cuando él ya estaba aturdido, lo sujeté por el cabello, en la coronilla, de un modo bien doloroso.

—Conozco muchas maneras de hacerte llorar, y voy a disfrutar usándolas todas. Te sugiero, no obstante, que seas flexible, o nos quedaremos aquí mucho tiempo.

Respiró hondo, apretó los dientes y se mantuvo firme.

Sí... aquello iba a tomar un tiempo.

CAPÍTULO VEINTICINCO



K I A R A

Yo era una chica con clase

No debería haberte aceptado

Ni siquiera lo entendí

Hasta que me llevaste a la habitación

Hasta que sentí tus manos sobre mí

DOPAMINE – ELLA VEE

Me quedé un rato más en el atelier que Giovanni había montado para mí, tratando de aclarar mi mente.

Yo sabía que necesitaba hacerme fuerte, que ese tipo de cosas debía ocurrir todos los días en su vida, pero era difícil, sobre todo después de escuchar lo que mi padre le había dicho y entender lo que quería decir cuando invitó a Giovanni a resolver "personalmente" el problema.

Él iba a torturar a alguien. Quizá a quitarle la vida.

No era un hombre inocente, lo sabía. Era un matón de Bruno, alguien que me había hecho daño y que probablemente lo haría de nuevo si tuviera la oportunidad. Aun así, quería que Giovanni se mantuviera al margen. Que fuera otra persona quien castigara a quien debía ser castigado.

Regresé a casa después de algunas horas y fui directo a mi habitación. Empecé a ordenar mis armarios, sin ningún motivo aparente, solo para no quedarme pensando e imaginando qué diablos podría estar haciendo mi marido.

Me venía a la mente su imagen, cubierto de sangre, en la casa de mi padre, y me preguntaba si ya había vuelto alguna vez así a nuestro hogar, pero se había ocultado. Desde que nos casamos hubo noches en que no me buscó, en que no fue a mi cama ni me llamó a la suya. Yo jamás entraba en su cuarto sin permiso; nunca tomaba la iniciativa porque temía lo que podría encontrar.

Esta vez, sin embargo, no iba a permitir que huyera de mí.

Las horas fueron pasando, y yo terminaba tarea tras tarea. Organicé y desorganicé cosas, tiré muchas, arrugué papeles y ordené los mismos cajones dos, tres veces.

Estaba agotada, pero era mejor así.

No bajé a cenar. Me quedé en mi cuarto como una leona enjaulada, intentando escuchar los ruidos de la habitación contigua, pegada a la mía.

Subí y bajé las escaleras, más tarde, buscando algún rastro de que Giovanni ya hubiera llegado.

Cuando el reloj marcó la medianoche, me rendí. Entré en su despacho, algo que nunca hacía, y me quedé intentando encontrarlo en cada rincón del lugar. Sentir su olor. Reconocerlo en la elección de los muebles y la decoración.

Pasé la mano por su silla de respaldo alto, por la mesa de roble, por las estanterías llenas de libros. Había incluso una planta que podría jurar que la cuidaba Ida, pero nada allí dentro parecía evocar al hombre en sí. A la figura que él era.

Todavía cansada, una melancolía insoportable empezó a caer sobre mí.

Él nunca se abriría conmigo.

La Cosa Nostra siempre estaría primero.

Incluso después de darme un regalo hermoso, ni siquiera tuvimos tiempo de hablar sobre eso, como marido y mujer, porque tuvo que salir corriendo a honrar con sangre su papel.

Sintiéndome derrotada, me apoyé en la pared y empecé a deslizarme por ella hasta quedar en el suelo. Con las rodillas flexionadas, rodeé mis piernas con los brazos, apretándolas, y me dejé llorar.

Quería ser fuerte, quería enderezar los hombros y sonreír, como lo había hecho mi madre durante tantos años, aun sabiendo que mi padre probablemente también tenía sus momentos oscuros y que volvía a casa cargando toda la violencia que lo había consumido durante su ausencia.

Oí la puerta abrirse de golpe y me asusté, casi saltando del suelo donde estaba sentada.

—¿Kiara? —La voz de Giovanni llenó todo el ambiente, como un trueno rompiendo el cielo—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que ya estabas dormida.

Levanté la cabeza y él me vio llorando.

Lo miré, y allí estaba la imagen que recordaba. Una camisa blanca llena de sangre. El cabello, más largo, desordenado. Sin corbata. Con los botones desabrochados.

—¿Qué pasó? —se sobresaltó—. ¿Estás bien? ¿Estás herida? —En pocos pasos se acercó a mí, casi desesperado, agarrándome de los brazos y levantándome del suelo.

Nuestros ojos se encontraron otra vez, y los suyos estaban vidriosos, aterrados. Él se preocupaba por mí. Eso era seguro.

—Estoy bien. No es nada.

—¿Por qué estás llorando? ¡No me mientas, Kiara! —gruñó, aunque aún me tocaba con delicadeza.

—¡Porque estaba preocupada por ti! —solté de golpe, como quien arranca una venda.

Me soltó y se apartó, bajando la cabeza, como si estuviera avergonzado. Me dio la espalda enseguida, colocando una mano en la cintura y la otra en la cabeza, masajeándose las sienes.

—No deberías. Yo no estaba en peligro.

—Quizá no físicamente, pero a veces tengo miedo de perderte de otra forma.

Era ridículo, sin dudas, teniendo en cuenta que en ningún momento él se había entregado a mí de verdad. Aunque las cosas empezaban poco a poco a encaminarse y nuestra convivencia se hacía más simple, no podía creer que él sintiera algo por mí.

Aunque la preocupación en sus ojos y en su comportamiento me sorprendía, dándome una pizca de esperanza, aunque fuera pequeña.

Giovanni se giró de nuevo hacia mí, y vi otra expresión: la de alguien que simplemente no sabe qué decir. Me observaba, frunciendo el ceño y entreabriendo los labios, como si quisiera hablar, pero permanecía en silencio.

Bajé los ojos otra vez hacia las manchas de sangre en su camisa, y Giovanni levantó la cabeza, tragando en seco. Poco a poco iba entendiendo su comportamiento y su forma de enfrentar la vergüenza. En vez de encogerse o retroceder, se erguía.

Para que realmente nos conectáramos, yo necesitaba que confiara en mí. Que se abriera. Que entendiera que estaría a su lado, pasara lo que pasara, porque, tal como él mismo dijo poco antes de casarnos, éramos aliados en la lucha de la vida.

Le sujeté la muñeca sin decir nada y comencé a sacarlo de la oficina.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, pero comenzó a seguirme.

—Solo ven conmigo.

—Kiara, déjame ir a mi cuarto. Necesito ducharme. No quiero que me mires así.

No dije nada, solo seguí guiándolo hasta mi habitación.

Entramos en la suite, y cerré la puerta, llevando las manos a su camisa y terminando de desabotonarla. Quería controlar los temblores, porque no quería que pensara que yo era una mujer débil, pero fue imposible. Por más que intentara mantenerme firme, todavía me sacudía verlo de esa forma.

—¿Qué estás haciendo, Kiara? ¡Por favor! —Él sujetó mis muñecas, intentando detenerme—. No quiero que te manches. —No le hice caso, ni siquiera cuando noté que su voz tenía un tono de súplica que nunca antes había escuchado de su boca—. Para, *cuore mio.* Para, por favor.

¿Me había llamado "mi corazón"? ¿Era real?

Levanté los ojos y me encontré con los suyos. Nos quedamos así un momento, ambos sorprendidos. Giovanni probablemente no esperaba usar un apodo tan cariñoso.

Resultaba un contraste desconcertante con el estado en que estaba.

Sin importarme nada, me puse de puntas, sosteniendo ambos lados de su rostro, y rocé su boca.

Sabía que no quería besarme de esa manera; que no lo había querido la primera vez y que, probablemente, tampoco lo quería en ese momento. Al final, teniendo eso presente, no sabría decir cuál de los dos fue el primero en dar el paso hacia la ducha, pero terminamos bajo el agua, dejando que nos empapara por completo.

Quería que lavara nuestras almas.

—Esto no está bien. No mereces que te bese así —susurró, pero no podía apartarse, y su mano se aferraba a mi cabello mojado con una desesperación casi palpable.

—Solo bésame, Giovanni. No dejes de besarme. Es lo único que te pido.

Él cumplió mi petición, pero me agarró el pelo con más fuerza, tirándolo ligeramente hacia atrás para que la cabeza se me inclinara. Miró mi boca con deseo y la reclamó de nuevo.

Nos quedamos ahí, bajo la ducha, vestidos, besándonos una y otra vez, como si el tiempo nos perteneciera.

Como si nuestro mundo estuviera hecho de colores y arcoíris en lugar de sangre y violencia.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Tu amor es todo lo que deseo.

Como un medicamento tóxico

Te escucho llamarme como un canto de sirena.

CRAVING - YMIR

El cabello de ella era como hilos de oro esparcidos sobre mi pecho. Kiara se había aferrado a mí durante una breve siesta de madrugada, y su acto inconsciente me sorprendió.

Cuando entendí que debía casarme, y que había elegido a mi futura esposa, nunca imaginé que aquella chica tan inocente y de sonrisa abierta, como si su vida fuera un cuento de hadas, acabaría confiando en mí lo suficiente como para quedarse dormida en mis brazos así, tan entregada y vulnerable.

Respiraba tranquila, todavía desnuda, y pude sentir la humedad de esos mechones dorados, porque habíamos salido de la ducha y caído en la cama, teniendo sexo como dos locos.

No esperaba que ella viniera a buscarme, que buscara refugio recostada sobre mi pecho. Tanto que, en el momento en que levanté las manos y las dejé caer sobre su cabeza, la caricia que siguió fue tan torpe que me sentí un niño aprendiendo a caminar.

Sentí a Kiara reír perezosamente contra mi pecho, ya despierta.

—¿Qué pasa? —pregunté, curioso.

—No hace falta que seas tan tímido para acariciarme. No se lo voy a contar a nadie. Será nuestro secreto.

Hice ademán de decir algo, pero desistí. Era imposible ganarle en ese argumento.

O al menos no sin contarle algunas cosas que quizá debía saber.

—La primera vez que me encontró a mi madre y a mí abrazados, cuando ella me pasaba las manos por el cabello así, mi padre nos golpeó a los dos.

Kiara probablemente no esperaba esa confesión. No de la forma en que salió, tan abruptamente, tanto que alzó la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos.

—Giovanni... —dijo ella.

—Déjame terminar de contarte antes de que muestres compasión —advertí, sonando un poco más autoritario de lo que me gustaría. El problema no era ella, sino los recuerdos. Así como no podía controlar mis celos, era difícil manejar mis sentimientos cuando mi mente era arrastrada a ese pasado que tanto me dañaba —. Fue en medio de eso que crecí. —Llevé la mano al pecho, tocando las cicatrices—. Todas estas las causó él.

—¡Dios mío!

—Si no fuera por mi madre, seguramente sería como él. A veces todavía pienso que lo soy.

—No, no lo eres —se apresuró a decir ella, pero llevé un dedo a su boca, silenciándola.

—No supongas que ya me conoces, *cuore mio*. Aunque me gustaría que conservaras partes de tu inocencia, sé que necesitas

saberlo todo. —Hice una pausa, notando que me miraba con toda la atención—. Maté a mi padre. Le pegué un tiro en la cabeza, porque temía seguir y cortarlo en pedazos, torturándolo poco a poco. ¿Entiendes por qué digo que no soy tan distinto a él?

—Sí, lo entiendo. Justo por lo que dijiste sobre no torturarlo.

—Él la mató, Kiara. La mató a golpes. Enloqueció porque ella por fin iba a dejarlo, y yo la estaba ayudando. Quería hacerlo todo de la forma más discreta posible para sacarla de esa casa, pero cuando llegué no la encontré viva. Entonces...

—¿Lo mataste? —susurró ella.

—Dije que no lo torturé, pero lo golpeé. Fue un solo puñetazo, pero recuerdo la sensación del puño al golpear su cara. El placer que sentí al escucharlo quejarse de dolor. Como una vez mi madre y yo gritamos. Cuando me di cuenta de que estaba a punto de convertirme en el monstruo que él era, le disparé en la frente.

Kiara apartó la mirada, pero la obligué a mirarme otra vez, porque quería intentar entender qué pasaba por su cabeza al leer sus expresiones.

—¿Entiendes por qué no puedo amarte, *cuore mio*? ¿Entiendes mi miedo? Él estaba obsesionado con ella, hasta el punto de lastimarla cuando creía que podía perderla. Aquello con Alessio demostró que...

—Demostró que no eres como él. Que aún tomado por los celos lograste controlarte —me interrumpió, poniendo la mano en mi cara—. Que...

—Demostró lo que aún siento hasta ahora. Que querría matar a cualquiera que pusiera las manos sobre ti.

—¿Pero matarías? —preguntó ella.

—Si fuera contra tu voluntad, probablemente.

—Entonces no vas a matar a nadie, porque no quiero que otro hombre me toque además de tú.

Sus ojos se volvieron pesados al decirlo, así que me incliné y la besé suavemente, apartando un mechón de cabello húmedo tras su oreja.

—Me fascinaste, Kiara. Luché contra ello. Temí por tu seguridad a mi lado...

—¿Por eso me rechazaste?

—Sí. Y me arrepiento de haberlo hecho, pero confieso que aún no sé manejar mis sentimientos. No me gusta que me veas como hoy llegué a casa. ¿Qué pasará cuando tengamos un hijo? No puedo permitir que pierda la inocencia tan pronto.

—¿Quieres tener hijos? —El rostro de Kiara se iluminó por completo.

—Necesito un heredero.

—No fue eso lo que pregunté. Pregunté si quieres ser padre. Si quieres formar una familia conmigo.

Una familia...

Todo lo que yo conocía sobre eso venía acompañado de maldad, de órdenes severas, castigos y miedo. Si ese fuera el significado de familia, definitivamente no querría formar una con Kiara.

Pero quería tener un hijo con ella. Quería tener varios. Quería lo que ella deseara.

—¿Tú quieres? ¿Un bebé?

Ella dudó, pero esbozó una sonrisa.

—Cuando nos casamos me creía demasiado joven para eso y aún más para ser madre. Pero pienso que me gustaría tener un bebé que se pareciera a ti.

—¿Y cómo sería? —La hice girar en la cama, colocándome a su lado, mirándonos a los ojos.

—Fuerte. Listo. Obstinado... Hermoso.

Alcé una ceja.

—¿Te parezco hermoso?

—Claro que sí. No es posible que no te encuentres atractivo, Giovanni. Te aseguro que la mitad de las chicas de Chicago piensan lo mismo que yo.

—¿Eso es lo que piensa mi *sposa*?

Su sonrisa se amplió.

—Sí. Eso piensa tu *sposa*.

—Entonces no quiero saber la opinión de ninguna otra mujer.

La besé otra vez, y no podía negar que esa idea no salía de mi cabeza: tener un bebé con Kiara. Tanto que, después del beso, hicimos el amor despacio, con ella encima de mí, moviéndose a su ritmo, mientras yo la acariciaba, no solo con deseo, sino con ternura.

La amaba.

Eso estaba más que claro para mí.

La amaba de un modo que me asustaba, pero que al mismo tiempo me daba una paz que nunca pensé encontrar.

Pero todavía no sabía cómo decirlo. Aunque lo deseara con todas mis ganas.

Nunca fui bueno con las palabras, además siempre pensé que eran volubles y frágiles. Esperaba, a partir de entonces, poder demostrarlo.

No dormimos esa noche y nos la pasamos acurrucados, conversando, hablando sobre su taller y tratando de conocer un poco más nuestros gustos. La hice reír, lo cual fue música para mis

oídos, y ella me dejaba bobo con cada movimiento, cada palabra, cada mirada.

Casi amanecía cuando ella hizo la pregunta que tanto temía:

—¿Qué descubriste esta noche? Sé que fuiste a... bueno... interrogar a uno de los matones de Bruno.

Asentí, algo dudoso, no muy conforme con tocar ese tema con ella. Especialmente porque sabía que tendría una noticia que quizá no sería bien recibida.

—Descubrí que Sienna fue asesinada. Su cuerpo fue encontrado en Los Ángeles, así que sospechamos que Bruno también está allí. Envié a algunos hombres, y Máximo y Enrico también se movilizaron. No logramos sacar mucha información, aparte de eso, y el nombre de una persona que podría estar ayudando al desgraciado. —Hice otra pausa, respiré hondo y completé—: Hay una posibilidad de que él haya matado a su propia hermana.

—¡Dios mío! —Kiara llevó ambas manos a la boca, cubriéndola para contener una exclamación de asombro.

—Lo lamento, sé que tenían algún tipo de amistad.

—Para ser sincera, no tanto. Sienna nunca me dio mucho lugar para eso. Siempre fue muy reservada.

—Sí, lo sé. No es que yo le diera espacio tampoco, cuando estábamos comprometidos y...

Iba a seguir hablando, pero ella me dio un pellizco, lo que hizo que frunciera el ceño, confundido y al mismo tiempo maravillado por su autenticidad.

—No menciones eso, Giovanni Caccini, si quieres conservar el amor de tu vida. Un marido celoso también puede tener una esposa celosa. No debería ni decirse esto justo después de enterarnos de que la chica murió, pero no puedo evitarlo.

No quería quedarme maravillado, especialmente por la expresión divertida que mostraba. Una comisura de mis labios se levantó de forma maliciosa, así que me coloqué sobre ella, agarrando sus brazos y sujetándolos al colchón.

Solo ese movimiento hizo que mi *sposa* se quedara sin aliento.

Era tan insaciable como yo.

Quise decir algo ingenioso, gracioso, que encajara con nuestro clima, pero me puse serio de repente, y ella se quedó igual.

—No sé de qué sería capaz por ti, *cuore mio*. Mataría y moriría —lo dije en un susurro, porque quizá era lo suficientemente cobarde como para no pronunciar esas palabras en voz alta.

Sabía, sin embargo, que mis ojos delataban cuán ciertas eran.

No supe qué esperar de la respuesta de Kiara. Sus ojos se humedecieron después de unos instantes, lo que me preocupó.

—Te amo, Giovanni. Esperaré tu tiempo hasta que puedas decírmelo, pero...

Apreté sus muñecas con fuerza, sintiendo el corazón acelerarse, porque era precisamente la señal que necesitaba.

—Yo también te amo, Kiara. No sabes cuánto me sorprende que hayas aceptado este corazón oscuro y lleno de cicatrices. Pero sea lo que sea que haya hecho para que el destino te volviera mía, espero que no me lo cobre en el futuro. Destruiría el mundo entero si fuera necesario para mantenerte segura y a mi lado.

Ella soltó un suspiro y bajé los labios hasta su boca, besándola una vez más, deseando poder besarla para siempre.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Enséñame a amar

Enséñame a perdonar

Ser el que pierda el control

Ser el que demostrará

SHATTERED – ISABELLA LEVAN

El mes siguiente pasó sorprendentemente rápido, especialmente porque lo pasé casi entero trabajando en mi taller, con la ayuda de mi madre. Por más que a Giovanni no le gustara la idea de que fuera hasta la tienda, porque seguía insistiendo en que sería peligroso, lograba convencerlo y me iba, con toda la seguridad posible. Pero la verdad era que también podía trabajar muy bien desde casa.

Giovanni pidió a Ida que separara una de las muchas habitaciones y creara un espacio para mí, donde pudiera crear. Compró absolutamente todo lo más moderno que pudiera haber para un taller, incluso máquinas de coser extremadamente profesionales -sí, más de una-, lo que me dejó completamente sorprendida.

Cuando le pregunté cuáles eran sus intenciones al hacer eso, respondió:

—Quiero verte feliz.

Y estaba haciendo todo lo posible para lograrlo. Como nunca imaginé.

Fui poco a poco acostumbrándome a la manera de Giovanni de amar. Después de que me confesó sus sentimientos, ya no hablaba mucho de ellos, al menos no en voz alta, pero tenía una forma muy peculiar de demostrarlos.

Todas las noches, después de hacer el amor, cuando todavía salía de la cama con miedo de sus pesadillas y de cómo reaccionaba a ellas, dejaba una sola rosa roja sobre la almohada, con algo escrito. Normalmente era algo como:

"Ti amo, cuore mio"

Y por más que quisiera dormir con mi marido a mi lado, cada noche él se esforzaba más y más para lograrlo. Al menos me acurrucaba en su pecho y se iba después. O cuando sentía que estaba más calmado, menos ansioso, permanecía en la cama y despertaba conmigo, susurrando "buongiorno" de la manera más seductora posible y besándome como si el día amaneciera solo para nosotros.

Me llenaba de regalos. Me consentía como si fuera una niña. Siempre decía que quería reparar su error de todas las formas posibles, y podía jurar que si le pidiera la luna, él buscaría la manera de atraparla y traérmela.

Cierta noche, un domingo, después de haber pasado todo el día en mi taller, en la misma posición, dibujando sin parar porque

quería crear una colección antes de empezar realmente, mis hombros me dolían terriblemente.

Intenté estirarlos y masajearlos sola, cuando sentí que alguien más había entrado en mi oficina y simplemente me vendó los ojos.

—No creo que esté en condiciones de hacer el amor hoy, Giovanni... —Estaba a punto de quitarme la venda, odiando el hecho de no atender los deseos de mi marido, pero los míos también debían ser tomados en cuenta.

—Solo relájate, *cuore mio*. Mis intenciones contigo esta noche son las mejores.

Fui levantada de la silla en su regazo y solo dejé que me condujera, sin hacer preguntas. Si eso no era una prueba de confianza en mi marido, no sabía qué más podría ser.

—¿Qué va a hacer, señor *mio sposo*? —Puse los brazos alrededor de sus hombros, con una expresión provocadora.

—Cuidarte como debe ser.

Me llevó a una de las habitaciones de la casa, no muy lejos de mi cuarto, aunque noté que pasamos por varias puertas, y me colocó en el suelo.

—Quédate quieta. No te atrevas a huir.

Incluso cuando su intención era consentirme, Giovanni sabía usar su tono de autoridad.

No es que me estuviera quejando.

—Si huyo, ¿qué va a hacer? —pregunté, mordiendo el labio inferior. Como no podía ver nada, no pude percibir su reacción, pero sentí que me sujetaba el mentón y me dio un beso seco en la boca, fuerte, como me gustaba.

—Ya te dije que esta noche no pretendo penetrarte, *sposa,* pero si sigues provocándome así, acabarás atada a mi cama, con las piernas abiertas y gozando para mí.

Mis rodillas se debilitaron de inmediato, pero Giovanni puso sus manos sobre mí y comenzó a desnudarme, tomándome en sus brazos otra vez, bajándome dentro del agua. Estaba tibia, a la temperatura perfecta.

Me posicioné, dándome cuenta de que estaba dentro de la enorme bañera de su suite. Nunca la había usado, porque tenía la mía propia, pero era otra de las barreras que estábamos rompiendo.

Abrí y cerré los brazos, notando que había algunas cosas en el agua. Tomé una y me di cuenta de que eran pétalos. El aroma a rosas impregnaba toda la habitación, y mi cuerpo se llenó de él. Era relajante.

Sentí que me sacaba los pies del agua y los colocaba sobre una tela de felpa que juraría estaba sobre el regazo de Giovanni. Con sus manos grandes y calientes, empezó a masajearlos con la habilidad de un profesional, tocando todos los puntos correctos.

—Todavía no entiendo por qué tanto mimo —dije entre gemidos de placer por el delicioso masaje. Era tan erótico como reconfortante.

Escuché una risita algo amarga, que era característica de Giovanni.

—Una vez mi madre me dijo que era un diamante en bruto sin pulir. Que cuando me enamorara, sería de una sola mujer. Que la veneraría de tal forma que el sentimiento me consumiría como una droga.

—¿Debería tenerle miedo a eso? —bromeé.

—Sí, Kiara. Deberías. Lo correcto sería que huyeras de mí.

—¿Me lo permitirías?

—Nunca. Si huyes de mí, te buscaré. No importa dónde.

Respiré hondo, quedándome en silencio mientras él continuaba amasando mis pies con sus manos fuertes, acariciándolos y masajeándolos, dejándome completamente relajada.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde de la bañera, disfrutando el momento. Estaba realmente agotada.

No sabría decir cuántas horas pasé allí, con Giovanni cuidándome, pero desperté de un breve sueño en sus brazos, envuelta en una toalla, siendo llevada a la cama, ya sin la venda. Para mi sorpresa, no me llevó a mi cuarto, sino al suyo.

Me acostó en su cama, dándome la espalda. Todavía estaba mojada, así que usó la toalla para secarme todo el cuerpo, despacio, poco a poco. Terminada esta tarea, usó sus manos otra vez, pero esta vez para masajear mis hombros, espalda, brazos, piernas, todo para relajarme aún más.

No era para ser erótico. Pero por más cansada que estuviera, no podía evitar responderle.

—Haz el amor conmigo, Giovanni —susurré bajito, porque no tenía fuerzas para más que eso.

—Estás exhausta, *cuore mio*. Trabajaste todo el día, desde temprano.

—Nunca para ti.

Dejó de masajearme, y pensé que se había rendido. Pero se volvió incansable en complacerme.

Cuando me di cuenta, estaba sobre mí, dejándome todavía acostada boca abajo, y sus dedos me abrían para recibirlo en esa

posición.

Las primeras embestidas lentas y sensuales marcaron el ritmo. Giovanni apoyaba el peso de su cuerpo sobre los codos, para no lastimarme, y se movía de un modo tan delicioso, tan suave y delicado, que no parecía el mismo hombre que me había penetrado con fuerza y fetiches los días anteriores.

—Eres mi droga, Kiara Caccini. Soy adicto, estoy obsesionado contigo. *Cuore mio*.

—Me encanta ese apodo —dije entre gemidos bajos.

—Es que eres todo mi corazón. Lo dominas y lo tienes atrapado en una jaula.

—No quiero atrapar nada tuyo, Giovanni. Quiero liberarte.

En cuanto dije eso, salió de mí y me giró en la cama de repente. Cuando me di cuenta, ya me estaba penetrando y besando de un modo tan apasionado que juraría que el propio beso era un acto sexual.

Sentía su cabello cada día más largo, rizado, cayendo sobre mi rostro, así como su barba que me arañaba de forma deliciosa. Ya le había elogiado su nuevo look varias veces, y me gustaba imaginar que se lo dejaba así por mí.

Las embestidas continuaron lentas pero fuertes, como siempre, deliciosas. Precisas. Los movimientos perfectos, calculados y controlados. Así podríamos quedarnos mucho tiempo, simplemente amándonos, entre besos intensos y miradas profundas.

Cuando llegamos al orgasmo, casi al mismo tiempo, nos acurrucamos y dormimos con él dentro de mí, abrazados, como si necesitáramos sentir que estábamos juntos.

En mi corazón, sabía que esa noche habíamos hecho algo especial, así que no me sorprendió cuando, más o menos dos meses

después, comencé a sentir los primeros signos.

Giovanni y yo llevábamos ocho meses casados. Me parecía un tiempo bastante breve, pero en todos los lugares a donde íbamos, siempre nos presionaban para tener un bebé. Mi padre era el más efusivo de todos, aunque siempre decía que había que arreglar las cosas primero.

Solo que nunca parecían resolverse.

Yo le preguntaba a Giovanni sobre Bruno Esposito siempre que surgía la oportunidad, pero su expresión se tensaba y trataba de cambiar de tema. Lo poco que lograba escuchar con esfuerzo, entre puertas y cuando él atendía llamadas, era que se estaban acercando. Los Preterotti habían encontrado otra casa por donde había pasado, en Los Ángeles, y habían interrogado a una actriz de Hollywood -no muy famosa- con quien él había tenido un affaire y que lo había protegido.

La mujer entró en pánico al darse cuenta de que trataba con la mafia y contó absolutamente todo, incluso detalles que no necesitaba revelar sobre el desempeño de Bruno en la cama.

Pero el demonio era astuto. Más de lo que esperábamos.

Esto lo estresaba mucho a Giovanni y, en consecuencia, a mí también.

Por eso, al principio, pensé que todos los síntomas que tenía estaban relacionados con la tensión. Hasta que salí con mi madre, que claramente tenía más experiencia en estos asuntos que yo.

Estábamos en una cafetería, comiendo un pedazo de pastel y tomando un cappuccino, cuando tuve que levantarme corriendo al baño y vomitar todo.

Desde hacía unos tres días me sentía muy mareada por las mañanas, pero aquella era la primera vez que realmente vomitaba

por la tarde.

Cuando volví a la mesa, debía estar lo suficientemente pálida para llamar la atención de mi madre.

—Perdón, *mamma*. No sé qué pasó, pero creo que fue algo que comí.

—Imagino que debe ser difícil, considerando que los bebés, hasta donde sé, no se comen.

Me tomó un momento procesar lo que había dicho, pero cuando lo entendí, me quedé boquiabierta.

—¿Cree que…?

—No solo lo creo, sino que estoy casi segura.

Llevé una mano a la boca, absorbiendo las miles de sensaciones que surgieron con solo esa posibilidad.

Todavía no era un hecho, pero si lo fuera… Si realmente estuviera esperando un hijo de Giovanni…

¡Dios mío!

Ni siquiera podía controlar la sonrisa al imaginar al bebé del que le había hablado, con el rostro del padre: fuerte, valiente y leal.

De inmediato llevé una mano a mi vientre, acariciándolo, deseando sentirlo allí de alguna manera. ¿Sería una madre menos competente por no haberlo notado antes?

Bueno, todavía ni siquiera era una certeza, ¿verdad?

—Pareces feliz, querida —interrumpió mi madre, y la miré.

—Es porque lo estoy. No pensé que fuera posible, pero estoy feliz. De verdad.

Mi madre tomó mi otra mano, mostrando satisfacción por mi afirmación.

Tan pronto como todo se resolviera, sabía que la vida todavía me mostraría mucho más. Solo esperaba que todo saliera bien.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



El amor es un dolor eterno.

Es una hoguera sin llamas

Es un veneno en tus venas.

El amor es un sentimiento perdido

Es un fantasma del deseo.

Es un espejo, humo y luz.

LOVE IS A LIE - BLOOM

Respiraba, comía y bebía cualquier migaja de información que pudiera conseguir sobre Bruno Esposito. No podía dejar de pensar en él ni un solo segundo, porque mi intuición me decía que aún iba a aparecer para causar el caos.

Ya llevaba mucho tiempo prófugo, y no podía tolerar más la incertidumbre. No cuando mi corazón se aferraba cada vez más a Kiara y el miedo a perderla se volvía casi insoportable.

Como un hombre criado en la mafia, sabía que él estaba bien entrenado para esconderse y conocía la forma en que actuábamos. No era difícil que lograra anticipar nuestros movimientos, pero

teóricamente nosotros también deberíamos poder comprender su mente.

¿Por qué, entonces, tardábamos tanto en encontrarlo y vengar lo que había hecho con Giuseppe y con Kiara?

Cada día parecía una verdadera eternidad. No pude calmarme hasta recibir una llamada de Enrico, avisando que una cámara de seguridad había captado una imagen de Bruno en un supermercado.

En Chicago. Muy cerca de donde estábamos.

Sabíamos que había recorrido varios territorios de Estados Unidos, incluso lugares donde la Cosa Nostra no estaba tan activa. Tenía dinero suficiente para desaparecer del país, volver a Italia o esconderse en cualquier lugar del mundo, pero no lo hizo.

No dejó muchos rastros durante su peregrinación, pero profundizando logramos encontrar algo. El problema era que un hombre con tanto dinero, que podía hacer lo que quisiera, estaba regresando al lugar del crimen. Donde casi lo atrapamos con las manos en la masa.

¿Por qué? No era casualidad.

No tardé ni un segundo en entender que lo que quería tenía que ver conmigo. Y con Kiara.

Sabía que ella había salido de casa ese día para encontrarse con su madre. Seguramente llevaba a los guardias y probablemente estaba a salvo, pero le colgué el teléfono a Enrico automáticamente y me apresuré a llamarla, y ella contestó muy rápido.

—Kiara, ¿dónde estás? —No quería sonar desesperado, porque alarmarla no era prudente. Y era impresionante lo mucho que podía hacerme perder el control en cualquier situación, incluso cuando no tenía la menor intención.

—En casa, acabo de llegar. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Suspiré aliviado, llevándome una mano a la cabeza, apoyando un codo en la mesa y masajeándome las sienes.

Estaba bien.

Mi mujer estaba bien.

Podría mentirle y decir que no era nada, que solo era una preocupación común o curiosidad, pero necesitaba que Kiara estuviera alerta. Si sabía del peligro, podría actuar con más cautela.

—Bruno está en Chicago.

—¿Qué? —se alarmó.

—Tenemos imágenes de él en un supermercado no muy lejos de nuestra casa. Por favor, Kiara, mantente segura.

—Lo haré.

—Es en serio. Tienes que cuidarte. Aunque tengas el taller, quiero que pases unos días en casa, y te juro, mujer, que podría encerrarte ahí si fuera necesario.

—No hará falta, Giovanni. Tengo motivos para cuidarme, pero esperaré a que llegues a casa para hablar. Solo quisiera que…

Escuché un golpe del otro lado de la línea y Kiara no terminó de hablar. Esperé unos segundos, con los oídos atentos, pensando que tal vez era algo doméstico; un tropiezo que había hecho caer algo.

—¿Kiara? —la llamé con fuerza, pero empecé a escuchar ruidos en la casa, como si se moviera, pero de manera frenética.

Hasta que un gemido ahogado me puso en alerta.

—¡KIARA! —mi voz sonó como un verdadero trueno, y me levanté de la silla, ya sabiendo que algo había pasado.

Todavía con el teléfono pegado al oído, intentando escuchar algo, aceleré mis pasos para salir de la oficina, maldiciéndome mentalmente por haber salido de casa ese día.

Algo estaba mal.

Muy mal.

Hice una señal a mis soldados que estaban allí, y ni preguntaron, simplemente vinieron, siguiéndome con su lealtad siempre presente.

—¿Kiara? —pregunté de nuevo, mientras llamaba al ascensor, y me di cuenta de que estaba en un piso alto, así que preferí las escaleras.

Bajé a una velocidad que podría haberme hecho caer, pero no importaba.

La oficina se mantenía como fachada para los negocios, y yo estaba en el duodécimo piso. Todos los accesos a mi sala estaban completamente protegidos por hombres entrenados. Era una medida de seguridad, y así vivía.

Necesitaba creer que no era posible que mi esposa estuviera en peligro, porque estaba en casa, rodeada de hombres leales. Hombres como los que me seguían.

Pero algo podría haberle pasado. Caer, lastimarse… Y cualquier peligro al que estuviera expuesta, necesitaba correr para intentar protegerla.

Mientras bajaba las escaleras, colgué la llamada, aunque me pesara hacerlo, y llamé al jefe de seguridad de la mansión.

—¿Sí, señor? —contestó de inmediato.

—Envía hombres a la casa. Algo pasó con mi esposa.

Hizo una pausa, y escuché algunos susurros con otra persona.

—Debe haber un error, señor. La señora acaba de salir con la señorita Ida en auto. Llevó solo un guardia, por sus órdenes, como conductor.

Algo estaba mal. Acababa de hablar con Kiara, y ella había dicho que se quedaría en casa, que se mantendría segura. ¿Por qué saldría de nuevo?

¿Y el gemido que escuché?

—Revisen las cámaras de la casa. Separen las grabaciones. Voy para allá.

Llegué al estacionamiento y ni esperé que un chofer entrara al auto conmigo. Me lancé al volante y tiré el teléfono al asiento a mi lado, pisando el acelerador.

Los soldados me siguieron en dos autos detrás.

Acelerando al máximo, tomé la avenida, conduciendo como un loco. Hice curvas sin pensar en la seguridad; mi enfoque era Kiara y lo que podría haberle pasado.

Casi atropellé la puerta de la mansión, y solo detuve el auto de cualquier manera, tirando las llaves a uno de mis guardias, esperando que lo estacionara mejor.

Corrí a la casa y empecé a gritar el nombre de Kiara. Y eso ni siquiera tenía sentido, porque ya sabía que había salido. Aun así, podía ser un error del jefe de seguridad.

Cuando agoté todas las posibilidades, corrí a la cabina donde estaba el equipo, y vi en los ojos del hombre con quien acababa de hablar por teléfono que realmente había pasado algo grave.

—Señor, haremos todo lo posible para…

Lo empujé fuera de mi camino, casi tirándolo al suelo, y me acerqué a la pantalla, retrocediendo la grabación.

Para cualquiera que lo viera sin saber que algo estaba mal, parecería que mi ama de llaves, Ida, simplemente se acercaba a su patrona y le decía algo al oído, susurrando.

Kiara dejó caer el celular al suelo, y vi, de reojo, el brillo de algo tocando su cintura.

De nuevo… para alguien que no estuviera tan atento, podría parecer una escena normal que se ignoraría.

No podía culpar a mis hombres, pero en el momento en que Ida llevó su mano a la boca de Kiara, probablemente para que no gritara, y dijo algo más en su oído, golpeé la mesa con fuerza, sabiendo exactamente lo que había pasado.

Una persona de mi confianza la había sacado de su protección.

Una persona con la que ella tuvo que convivir porque yo la contraté la puso en peligro.

Seguí mirando, viendo cómo prácticamente la arrastraban de la casa. Su bolso quedó sobre la mesa y el celular en el suelo.

Sintiendo esa desesperación que nos hace querer culpar a alguien, me lancé sobre el jefe de seguridad, lo agarré del saco y lo lancé sobre una mesa. Ninguno de los otros hombres me detuvo, porque sabía que si tenían que elegir un bando, estarían del mío.

—¿Qué estaban haciendo cuando mi esposa claramente fue secuestrada? —gruñí como un perro rabioso.

—La encontraremos, señor.

—Deberían haberla vigilado. Todo el tiempo —afirmé, agarrándolo aún más fuerte.

En ese momento, podría haberlo matado. Todos mis instintos me suplicaban hacerlo, como un ardor interno.

Llegué a poner la mano sobre mi arma, en la funda, pero retrocedí.

Lo solté, me alejé, dando varios pasos atrás, saliendo de la cabina porque necesitaba distanciarme.

Lo que necesitaba enfocar no era la culpa, no eran los responsables, salvo Ida. Kiara era la prioridad. Encontrarla y llevarla de regreso a casa, intacta.

Mientras volvía a casa, saqué el celular del bolsillo y marqué el número de Dominic. Sabía que sería un infierno cuando se enterara, pero era la persona más cercana a mi esposa y que podía ayudarme, con tanto poder como yo. Tomazzio también, claro, pero la influencia del primo de Kiara dentro de la Cosa Nostra nos sería de gran ayuda.

Necesitaba toda la ayuda posible, porque estaba listo para cumplir mi promesa de matar o morir por ella.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



K I A R A

Hay belleza en el sufrimiento.

Cuando amas a alguien, tienes miedo de perderlo.

DANCING WITH THE DEVIL – MARINA KAYE

Mis manos estaban esposadas a mi espalda en el asiento trasero de un auto, mientras una loca conducía. Ida también se había puesto el cinturón de seguridad, y yo no podía moverme mucho. Ella simplemente había disparado al conductor y lo había empujado al asiento del pasajero, y yo podía verlo por el espejo retrovisor, con los ojos desorbitados, sin entender siquiera lo que le había pasado.

Íbamos en silencio, y no tenía idea de cómo actuar. No me habían preparado para ese tipo de situación. Ni siquiera Giovanni me había preparado para algo así. Lo único que podía esperar era que él encontrara la manera de dar conmigo.

De vez en cuando, Ida miraba por el retrovisor, verificando cómo estaba. O tal vez si todavía estaba allí.

Pero, ¿cómo iba a salir?

Había convivido con ella durante meses dentro de mi casa. Nos saludábamos por la mañana y conversábamos, al menos un poco. La encontraba amable, aunque reservada, y nunca podría imaginar que, siendo una mujer de casi cincuenta años, cometiera ese tipo de cosas.

—No me mire así, señora —me habló por primera vez desde que salimos.

Tragué saliva, sin saber cómo comportarme. Quería forcejear, dificultarle la vida un poco, pero pensaba en mi bebé, dentro de mi vientre.

Con mi madre, había hecho una prueba de embarazo al salir de la cafetería, que había dado positiva.

Era irónico que el mismo día en que descubría que esperaba un hijo de Giovanni, terminara secuestrada, en el auto de una loca que me llevaba, Dios sabe hacia dónde.

—¿De qué manera? —respondí con una pregunta.

—Como si fueras la doncella inocente y yo la villana. Eres la esposa de un jefe de la mafia. No puedes creer que estás del lado bueno de la historia.

—No fui yo quien apuntó un arma a alguien.

—Pero tu marido lo hizo. Al mío. Hace algunos años. Solo porque… bueno… cometió algunos errores. Sin querer guardó fotos de unas niñas en el celular. Eran dos chicas de quince años, alumnas suyas. Él era socio de la Cosa Nostra, y Don Giovanni lo torturó y mató.

Ah, claro. El hombre era un pedófilo. Pobrecito, pensé con ironía.

—¿Y qué vas a hacer por eso? ¿Matarme?

—No, claro que no. Solo que recibí una misión. Fui a trabajar para tu marido justo después de que mataran al mío, bajo otro nombre, para que él no me reconociera. Pero de alguna manera Bruno Esposito se acordó de mí en algún momento. Pensé que me denunciaría, pero me contrató, porque sabía que yo solo podía estar allí en busca de una cosa: venganza.

No es que dudara, pero en el momento en que mencionó a Bruno, me sentí agitada, moviéndome en el asiento.

Si ella quería vengarse de Giovanni, ni quería imaginar cuáles serían los planes de Bruno cuando tuviera control sobre mí.

Pero no tenía absolutamente ningún argumento para razonar con esa mujer. Su corazón estaba tomado por la venganza, y había esperado meses para esto. No podía pensar en nada coherente que la disuadiera de entregarme al hombre que odiaba a mi marido.

No quería contarle sobre el bebé, y tenía la impresión de que, si lo hacía, Ida se sentiría aún más victoriosa por haber capturado no solo a la esposa del jefe, sino también al futuro heredero -o heredera- de la familia Caccini.

O mejor dicho… seguiría llamándola Ida, pero ese aparentemente no era su verdadero nombre.

—Siento mucho lo de tu marido. Y siento que hayas pasado por todo lo que pasaste —dije, esperando ganar algo de tiempo y hasta un poco de simpatía.

—No sabes todo lo que pasé. Todo lo que tuve que hacer. Como esposa y como madre…

Ni siquiera sabía que era madre. Nunca hablaba de hijos, nunca mostraba fotos, pero tampoco tenía la confianza suficiente para conocer su vida personal.

Mi mente hervía de miedo e indignación, pero no podía vacilar. Si no podía defenderme, al menos debía mantenerme firme, con la sangre fría que la esposa de Giovanni Caccini necesitaba tener.

—En el fondo, señora, es una buena mujer —continuó—. Lamentablemente tuvo que casarse con ese monstruo. Tal vez lo que estoy haciendo ahora sea hasta para su salvación.

¿De verdad creía en lo que decía? La miré mientras volvía a conducir con expresión satisfecha.

No era una persona cuerda, sin dudas, y lo más aterrador era pensar que estaba en sus manos y que pronto estaría frente a un hombre que tampoco era confiable.

Todo lo que quería era que un policía nos detuviera y pudiera pedir ayuda. Pero ella tuvo suerte y llegamos a un camino más desierto, por el que seguimos hasta una casa abandonada. Ni siquiera podía decir si habíamos salido de la ciudad, porque no logré leer ninguna señal.

Cuando estacionó frente a la casa, las puertas traseras del auto se abrieron de ambos lados, impidiéndome escapar. Un hombre desabrochó mi cinturón mientras otro agarraba mi brazo, sacándome del asiento. Casi tropecé con una piedra, y apareció Ida con su arma, apuntándome.

—Silencio. Ni un sonido.

¿Qué podía hacer? Mis brazos fueron sujetados, mis manos seguían esposadas y estaba bajo la mira de un arma.

Me arrastraron al interior, y vi que se trataba de un verdadero cautiverio. Una casa abandonada casi vacía, salvo por un baño con la puerta abierta y un colchón grande en el suelo, con cobija y almohada.

Dios mío, ¡me iban a dejar allí!

¿Y si desaparecían? ¿Si no me dejaban comer? ¿Qué sería de mi hijo?

Instintivamente, empecé a forcejear, pero era imposible liberarme. Solo enfureció a Ida, o como se llamara.

—¡Te dije que ni un sonido! —gritó, y mi cuerpo se tensó.

No iba a disparar, lo imaginé. Si me había contratado para secuestrarme y llevarme a Bruno, seguramente tenía un propósito y me quería viva. Fuera como fuera, no iba a arriesgarme.

Me llevaron al colchón y me tiraron allí, cayendo de lado, en la posición más incómoda posible. Probablemente permanecería así por un buen rato.

Ni Ida ni los hombres dijeron nada. Simplemente me dejaron allí y cerraron la puerta.

No estaba completamente oscuro; había una luz tenue que iluminaba el lugar. Aun así, me sentía dentro de una cueva. Con movimientos limitados y sin saber qué pasaría, sentí mi cuerpo temblar descontrolado mientras mi frente se empapaba de sudor.

Quería ser más valiente, pero en ese momento solo pensaba en que Giovanni debía encontrarme. No sabía cómo lo haría, pero confiaba en él.

Pasaron algunas horas así. Intenté levantarme, pero el colchón no estaba junto a una pared para apoyarme. Con las manos atrás, me resultaba difícil moverme y todavía tenía mucho miedo de caer y lastimar a mi bebé.

Era mi primer embarazo y había recibido la noticia solo unas horas antes. No sabía exactamente cómo actuar, qué podía o no hacer, ni si mi embarazo era saludable.

Ni siquiera sabía cuánto me afectaría emocionalmente un susto así.

Cuando la puerta se abrió y apareció una figura alta, ya supe que era Bruno. Era el momento en que debía ser fuerte. No podía, de ninguna manera, bajar la cabeza.

—Espero que las instalaciones sean de tu agrado…

No quería hablar acostada, en total desventaja, así que me esforcé por levantarme y sentarme. No pude sola y tuve que soportar que sus manos me tocaran y me ayudaran a incorporarme, como si me asistiera.

—Estás cometiendo un error enorme, Bruno. Giovanni te va a destruir —dije en voz baja, en tono de advertencia.

—Puede que me alcance, querida, pero yo te tendré a ti. Y él no negociará tu vida.

—¿Qué pretendes?

Sonrió y tomó una silla, sentándose frente a mí.

—Ustedes dos me humillaron más de lo que podría permitir. Su padre ocupó el lugar del mío. ¿Qué crees que quiero? —Llevó la mano a mi rostro, sujetándome fuerte del mentón—. Te voy a destruir, princesa. Voy a meterte la verga de todas las maneras posibles y dejar mi marca. La esposa que vuelva a él, si vuelve viva, llevará mi inicial por todo el cuerpo, incluso en el rostro.

Bruno hablaba en serio. Veía en sus ojos toda la maldad que sus palabras reflejaban.

Al igual que Ida, ¿cuál sería mi argumento para vencerlo? Él quería venganza, y yo sería su instrumento. No podía intentar razonar ni negociar nada, porque ya tenía su convicción.

Lo único que podía hacer era luchar con las armas que tenía.

—Si haces eso, tu castigo será aún mayor.

—Veremos, princesa. Veremos. Pero sé que me divertiré contigo.

Se acercó, sosteniendo mi rostro de nuevo, listo para besarme. En ese momento, escupí en su cara, decidida a no rendirme fácilmente.

No esperaba que se preparara para darme una bofetada y que yo me encogiera a la defensiva.

—No… Por favor, estoy embarazada.

Eso fue suficiente. Era lo que necesitaba.

No debería haberlo dicho, pero fue completamente incontrolable. Podría haberme dado un golpe, que soportaría. Pero si pasaba algo más violento, podría dañar a mi bebé, y eso no lo permitiría.

Temí que esta confesión lo enardeciera aún más, pero abrió una enorme sonrisa y comenzó a reír.

—Es demasiada suerte para una sola persona. Quiero decir que de un golpe conseguí a la esposita y al hijo. Ah, princesa, nos vamos a divertir mucho. Tal vez cambie de idea y ni siquiera te devuelva a tu marido. Podría esperar a que nazca el niño y obtener mucho más. Necesito pensar. Necesito mucho pensar…

Realmente no sabía si mi intento había funcionado. No sabía si había tomado la mejor decisión. Solo sabía que había ganado algo de tiempo. Y por ahora, esa era mi victoria. Necesitaba aferrarme a algo, y que Bruno no me tocara era lo único que podía celebrar en ese momento.

Sin saberlo, mi pequeño ya me estaba protegiendo.

Me sentí aliviada, pero debía esperar lo que las próximas horas, o el tiempo que permaneciera allí, me depararan.

CAPÍTULO TREINTA



Nadie te llama cariño

Cuando estás sentado en un trono

A LITTLE WICKED – VALERIA BROUSSARD

Habían pasado más de veinticuatro horas desde que ella había desaparecido. Sus padres estaban en mi casa, y Dominic acababa de llegar, anunciado por la seguridad. Probablemente estaba estacionando el auto y entraría a la casa como una tormenta.

Reunidos en mi oficina, Tomazzio y su esposa estaban sentados en el sofá de cuero. Ella lloraba sin control, mientras él intentaba consolarla. Yo, por mi parte, no lograba, de ninguna manera, calmarme. Caminaba de un lado a otro, inconsolable y deseando poder destruir la casa entera, pero me controlaba, porque era lo que debía hacer. Perder la cabeza no cambiaría absolutamente nada de la situación.

Bruno aún no había hecho contacto conmigo, así que no sabíamos cuáles eran sus intenciones. Si solo quería asustarme, si pretendía llevarse a Kiara consigo o si iba a matarla.

Si ya la había tocado, no me lo perdonaría jamás. Quemaría el mundo entero si fuera necesario para encontrarla y traerla de vuelta a casa.

Estaba a punto de servirme un trago de whisky cuando la puerta se abrió con un estruendo, justo como imaginé que sucedería. Me giré lentamente y me encontré con un Dominic furioso, avanzando hacia mí con el puño levantado.

Esquivé su golpe y lo sujeté, mientras nos quedamos cara a cara, como rivales en un combate.

—Te avisé que si no la cuidabas bien… —dijo Dominic con un tono cortante, bajo, entre los dientes.

—Ya me estoy culpando lo suficiente. No necesito que me irrites más. Ella es tu prima, ¡pero es mi esposa!

—Una esposa con la que hiciste lo que hiciste. ¿Cómo puedo creer que le ofreciste toda la seguridad posible después de traicionar nuestra confianza?

En ese momento, quien merecía el puñetazo era él. Con los nervios a flor de piel, ni lo pensé: lancé mi puño a su rostro. Dominic probablemente no lo esperaba, pero se tambaleó por la sorpresa y dio involuntariamente dos pasos atrás.

—*Figlio di puttana! Maledetto!* —empezó a insultar y estaba a punto de devolver el golpe, pero Tomazzio se interpuso entre nosotros.

—¡Chicos! ¡No es hora de pelear! Kiara es nuestra prioridad, estamos perdiendo tiempo con esta tontería de culpas. La culpa no es de nadie más que de Bruno.

Tenía razón. Los dos estábamos perdiendo el control y el enfoque. Nuestra prioridad era actuar.

Tuvimos que recomponernos y sentarnos, listos para analizar la situación con la ayuda de otra perspectiva. Solo pasaron unos minutos hasta que sonó mi teléfono.

Estaba sobre mi escritorio, y corrí para contestar. Eran poco más de las seis de la tarde, y no esperaba que Bruno Esposito secuestrara a mi mujer y permaneciera en silencio todo el tiempo.

Conociéndolo, estaba seguro de que se jactaría. Solo que había tardado demasiado.

Tomé el teléfono y salí apresurado a mi oficina, haciendo señales a mis soldados, quienes habían montado un equipo especializado para rastrear llamadas.

En cuanto contesté, hicieron un gesto indicando que el teléfono no podía rastrearse. Nunca lo dudé...

—¡Buenas tardes, Giovanni! —dijo animado, del otro lado de la línea.

—No tengo ganas de hablar contigo, Bruno. Quiero que esta tontería termine y que traigas a mi mujer de vuelta. Si lo haces, te permitiré que huyas y te escondas donde quieras. Si no aparece, te buscaré, te encontraré y disfrutaré escucharte gritar por todo lo que te haré.

Hablaba como un desesperado, sin darle oportunidad de responder. Necesitaba retomar el control. Necesitaba recordar quién era. Lo que ya había hecho.

Pero las cosas eran diferentes cuando mi esposa estaba involucrada.

—La he tratado muy bien hasta ahora. Pero pronto empezaremos a jugar. Solo quería que ella te diera una noticia, porque me enteré de algo que tú no sabes.

—¿De qué mierda hablas?

Pasó un momento antes de que alguien respondiera, y no fue Bruno. Era la voz de mi esposa.

Sonaba frágil, asustada, y sentí que la sangre me hervía como fuego por la rabia de que alguien le hiciera algo así.

—¿Giovanni? —llamó, como un gemido, y cerré los ojos.

Mi mano se cerró en puño y empecé a agitarme.

—Kiara… ¿estás bien? ¿Qué te hizo? —intenté suavizar el tono, como le hablaría normalmente, aunque me costaba controlarme.

—Estoy bien. —Hizo una pausa, y supe que había más por decir, pero dudaba. Del otro lado de la línea, escuché la voz de Bruno animándola a hablar, y Kiara continuó, con cierto desagrado —: Estoy embarazada, Giovanni. Eso es lo que él quiere que te diga.

Esa afirmación me paralizó. Por unos segundos, simplemente salí de mí, incapaz de moverme, hablar o actuar. Me mantuve de pie y razonablemente firme por milagro, porque necesitaba que fuera así.

No podía ser verdad. Kiara no podía estar embarazada y en esa situación. Si había un hijo mío en su vientre, un heredero de los Caccini, las cosas serían aún peores.

La sensación de haber fallado con ella se volvería insoportable.

—¿Estás embarazada? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Lo descubrí ayer, cuando salí con mi madre. No tuve tiempo de contártelo, perdóname…

¿Me estaba pidiendo disculpas?

Dios mío…

Llevé una de mis manos a la cabeza, intentando controlar la respiración. Quería decirle tantas cosas, pero Bruno volvió a la línea.

—Felicidades, vas a ser papá. ¿Te gustó la noticia? —Su cinismo era evidente. Se divertía por tener como prisionera a una mujer vulnerable.

Una mujer que esperaba un bebé.

Solo con pensarlo, exploté.

—¡Hijo de puta! Voy a acabar contigo. Te haré sentir tanto dolor, tanto dolor, que implorarás, llorando como un niño, que te mate.

Bruno solo se rió.

—Si logras atraparme, ya será demasiado tarde. Me pregunto si seguirás amando tanto a tu esposita cuando vuelva a ti toda marcada, llena de cicatrices. O cuando haga que pierda este bebé que debe ser tan precioso, ¿no es así, Caccini? Pero solo llamé para que supieras esto. Ahora tengo muchas opciones para vengarme.

Con eso, cortó la llamada, dejándome al otro lado como un idiota.

Por poco no lanzo el celular contra la pared.

Por poco no tomo el auto y recorro toda la maldita ciudad hasta encontrarla.

Pero no habría tiempo. Necesitaba actuar de inmediato, antes de que la lastimara. Antes de que cumpliera sus promesas.

—Está embarazada —dije de repente, mirando cualquier punto de la sala, porque no quería enfrentar a las personas que estaban conmigo—. ¿Ustedes sabían esto?

—¿Qué? —escupió Dominic, tan asustado como yo.

—Yo lo sabía, Giovanni —respondió Laura Benedetto.

Me giré hacia ella, que dio un paso hacia mí.

—¿Por qué no dijiste nada hasta ahora?

—¿Cambiaría algo? Sabía que te pondría aún más nervioso, y necesitamos calma para encontrar a mi hija.

—Es algo que debería haber sabido. —Mi voz sonó baja, pero como un gruñido.

No era a mi suegra a quien debía reprochar. Ella no tenía la culpa.

—Giovanni, Kiara es mi hija, y yo también estoy asustado. Sea como sea, mantengamos la cabeza fría, porque ella nos necesita. —Mi suegro defendió a Laura, y tenía razón.

Tenía razón, y eso era una mierda.

Sabía que Dominic quería decir algo, pero nuevamente fuimos interrumpidos. Uno de mis soldados se acercó, susurrando a mi oído:

—Señor, ¿puede acompañarme al cuarto de Ida?

Habían estado revisando toda la casa desde que recibimos la noticia. Aparentemente, mi ama de llaves guardaba muchas cosas en su habitación, ya que vivía allí, y muchas estaban escritas en alemán. Hasta ese momento me habían informado sobre el progreso de la investigación, pero los hombres decían que no había nada sospechoso, solo algunas cartas, documentos y libros. Algunos diarios también, pero ella escribía poesía, nada comprometedor.

Quizá era una estrategia para despistarnos y hacernos perder tiempo, si revisábamos sus cosas.

Pero no importaba, simplemente seguí al soldado, y Dominic vino detrás de mí, aunque no lo había invitado.

Al llegar al cuarto que ella ocupaba, noté que varias tablas del piso habían sido removidas. El lugar parecía un completo desastre.

—Fue sin querer, señor, pero tropecé con una tabla del suelo que estaba mal colocada. Pronto sospechamos. Encontramos algunos documentos y esto fue lo que constatamos.

El soldado me entregó unos papeles, incluyendo un acta de nacimiento. Allí estaba registrado el nombre de Bruno por Helga Scherer, el verdadero nombre de Ida, que ya habíamos descubierto.

—¿Es hijo de ella?

—Parece que sí. En este registro no aparece el nombre del señor Esposito como padre, sino otro hombre.

Eso no tenía sentido. ¿Habría Esposito adoptado al niño para tener un hijo varón? ¿O había embarazado a Helga y tomado al hijo bastardo, asumiéndolo como su heredero legítimo?

Fuera como fuera, la explicación no nos ayudaba en nada. Pero los soldados parecían haber encontrado algo más.

—Hay la escritura de una casa comprada recientemente, en una zona muy apartada de Chicago. Está a nombre de Helga, o Ida, firmado por ella. El valor es muy alto, señor. Creo que una ama de llaves, por bien pagada que estuviera, no podría costear una cantidad así.

Tenía sentido.

Miré a un lado y vi que Dominic estaba junto a mí, leyendo el papel también. Lo hizo rápido y se apartó, deteniéndose cerca de la puerta, mirándome.

—¿Vas a quedarte ahí parado? Si es así, avísame, porque voy a buscar a mi prima.

No tenía intención de quedarme quieto, de ninguna manera, pero probablemente dejar que él actuara era lo correcto.

En mi mente, lo único que importaba era encontrar a Kiara y salvarla. Y a mi hijo. Todo lo demás era secundario.

Pero cuando estuviera frente a Bruno, él pagaría muy caro. Se arrepentiría de haberla tocado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Mi corazón está en la acera y está sangrando.

Estoy perdiendo mucho

Las cicatrices no se han desvanecido, calmémonos.

I CAN'T LOVE YOU TOO DEEP - TEDY

Quería tener un plan elaborado, llegar al posible lugar donde retenían a Kiara con una estrategia completa. Pero las situaciones extremas exigían medidas extremas. Así que Dominic y yo fuimos, acompañados de tres guardias, con nuestras armas, listos para matar o morir por salvar a mi esposa.

Y a mi bebé.

Para ser sincero, aún no había asimilado que Kiara estaba embarazada. Lo peor fue descubrirlo en esa situación.

Pero no podía pensar en mi hijo. No en ese momento, cuando solo deseaba dejarme consumir por la violencia para defender y proteger lo que era mío.

Dejamos los autos lejos del lugar y caminamos, dispersos, separados, para no llamar la atención. Pero, tal como habían dicho mis soldados, era un lugar bastante apartado. No había mucha

gente alrededor, aunque sabía que Bruno no estaría allí completamente aislado, sin seguridad.

Dominic y yo los seguíamos de cerca, intercambiando miradas. Paso a paso nos acercamos a la casa y vimos que había dos hombres en la puerta, de civil, probablemente solo esperando para actuar en caso de intrusos.

Pero estábamos listos.

Dominic y yo fuimos al ataque con nuestras armas con silenciador, disparando con precisión. Ambos acertamos en la frente de los hombres y nos deshicimos de ellos de inmediato.

Había un portón justo detrás de ellos, no muy alto, y lo escalamos, lanzándonos al otro lado, cayendo de pie y colocándonos en alerta.

Mis hombres vinieron justo después e hicieron lo mismo, dispersándose nuevamente. Según lo que habíamos estudiado del plano de la casa, había entradas tanto al frente como atrás. No pudimos trazar planes complicados, pero necesitábamos estar coordinados. Nuestra intención era cercar el lugar.

No sabíamos cuántas personas había adentro, pero éramos cinco. Podría haber llevado un verdadero contingente, pero temía llamar demasiado la atención y empeorar todo.

Dominic y yo entraríamos por la puerta principal. Él me cubriría. Éramos dos jefes, dos *dons*, completamente imprudentes, porque si uno de nosotros moría, ninguno tendría un heredero para continuar la línea.

O mejor dicho… yo estaba a punto de tener uno. O una.

De nuevo: no era momento de pensar en eso.

Pateé la puerta con violencia, derribándola, con el arma en mano. Escuché un golpe desde otro punto y dos disparos. Traté de

no prestarle atención, porque no quería pensar si eran mis hombres o los de Bruno.

Tampoco tuve mucho tiempo para reflexionar, porque pronto varios soldados avanzaron hacia nosotros.

Dominic disparó primero, con precisión, y yo tomé el segundo. Los hombres ni siquiera tuvieron tiempo.

Aparecieron dos más, y yo volví a disparar. Mi compañero de lucha no tuvo la misma suerte, pero logré ayudarlo, acertando en el hombro del adversario, haciéndolo actuar más lento y permitiendo que su arma se le cayera de la mano.

Enloquecido, pasé a los golpes. Con el cañón del arma le di un golpe en el rostro al soldado, haciéndolo poner los ojos en blanco.

Dominic se acercó rápidamente, disparando el tiro que no había logrado antes.

Con un gesto de cabeza, subimos las escaleras hasta un pasillo lleno de puertas cerradas.

Entendiéndonos sin dificultad, nos separamos otra vez y empezamos a abrir puerta por puerta, encontrando habitaciones vacías.

Pero no podrían escapar para siempre.

En una de ellas estaban Bruno e Ida -o Helga-, ambos con armas en mano, apuntándonos.

Éramos dos contra dos, los cuatro armados. La tensión era palpable, sobre todo porque había mucho en juego.

—¿Qué hiciste? ¿Dónde fallaste? —gritó Bruno a su madre, ya sabiendo que ella lo había denunciado sin querer.

—¡Yo no hice nada… nada!

Pero sí lo había hecho. Sin duda, no tenía ni la mitad del entrenamiento de su hijo y había contribuido al fracaso del plan de venganza.

Bruno estaba tenso, aunque no lo demostraba. Sabía que era el final. Lo supo aún más cuando mis hombres entraron, dejándolo sin opciones.

En cuestión de minutos él e Ida fueron derrotados.

Con toda la violencia, lo tiraron al suelo de rodillas, esposado con los brazos hacia atrás. Dominic se colocó detrás de él, sujetando su cabello y haciéndolo mirarme.

—Te metiste con la persona equivocada, Bruno —dije, tratando de mantener la calma, aunque todo lo que quería era golpearlo hasta matarlo.

—No vas a descubrir dónde está, Caccini. No lo harás. Ella morirá y se consumirá donde la dejé: esposada y embarazada, sin comida, sin agua.

Intenté controlarme hasta el momento oportuno, pero la rabia habló más fuerte y le di el primer golpe. Y el segundo. Puse toda mi fuerza en cada uno, escuchando a Ida decir un "no" muy bajo.

La miré y luego a Dominic.

Esa mujer nos ayudaría. Sería ella quién cedería primero. Por su hijo.

Todo sucedió muy rápido, porque no teníamos mucho tiempo. No quería dejar a Kiara sola y con miedo, y necesitábamos descubrir dónde estaba. Si ese hijo de puta no hablaba, tendríamos que encontrarla de otra manera.

Había un sótano en la casa, que mis hombres descubrieron sin demora. Allí, Ida fue sentada en una silla, con las manos esposadas

detrás, y Bruno fue levantado del suelo, con los brazos arriba, sin camisa y con los puños amarrados a una viga del techo.

Ya había recibido varios golpes de nuestros hombres, porque su espíritu rebelde había hablado más fuerte, pero dejaron lo mejor para mí.

Mientras lo mantenían en posición, me quité el saco y arremangué la camisa. Dominic se sentó, con aspecto descontento, con un vaso de whisky que había tomado de la cocina.

—Me parece injusto que te quedes con toda la diversión —comentó, dando un sorbo.

—Créeme, también será un espectáculo.

Se encogió de hombros y sirvió otro vaso para mí. Lo tomé y lo bebí de un trago, sintiendo la bebida fuerte y completa en mi lengua. Era justo lo que necesitaba.

Me acerqué a Bruno y saqué una navaja que siempre llevaba conmigo. La hoja brilló ante mis ojos y me preparé para ser implacable. Para encarnar al monstruo que mi padre fue y del que siempre huí, pero que sería necesario para salvar a mi mujer.

Sabía que sería difícil. Sabía que como hombre entrenado en la Cosa Nostra, Bruno resistiría. También imaginaba que usaría su sarcasmo, que se burlaría y fingiría estar listo para más.

Pero todo hombre tiene un límite. Lo sabía. Además, teníamos a Ida.

En cierto momento, ella trató de dejar de mirar. Giró la cabeza, llorando, e intentó soltarse. Dominic, tan ansioso como yo, la sostuvo con el máximo respeto que se puede tener por una mujer criminal, y la giró hacia nosotros, dejándola ver la sangre de su hijo y escucharlo gritar.

Fueron tres horas.

Tres malditas horas en que dejé que la rabia me dominara.

Hasta que terminó. Temí que Bruno muriera antes de conseguir lo que queríamos, pero Ida gritó:

—¡Basta, por favor! Hablaré. Sé dónde está.

Era lo que necesitábamos.

Bruno intentó detenerla, pero ya no tenía fuerzas, así que antes de que la convenciera, lo dejamos con dos hombres en el sótano, cuidando su cuerpo castigado, que terminaría fallando por tanta pérdida de sangre, y llevamos a la mujer a otro lugar, manteniéndola retenida del mismo modo.

Ella nos dio la dirección donde estaba Kiara, pero necesitábamos más explicaciones. Solo que tendría que confiar en mis hombres y en Dominic, que permanecería listo allí, mientras yo iba a rescatar a su prima.

Me quité la camisa en un momento y logré pasar un paño húmedo sobre las manchas de sangre, pero no me sentía más limpio al ponerme la camisa con la que salí. A pesar de todo, no me arrepentía. Lo haría de nuevo. Y aún más después de encontrarla, si Bruno resistía durante mi ausencia.

Solo llevé a un hombre conmigo, y los dos saltamos del auto, armados. Tal como hice al entrar a la otra casa, derribé la puerta, con mi soldado a mi lado, pero el lugar era mucho más pequeño. Desde lejos vi a Kiara, acurrucada sobre un colchón. Había una manta a sus pies, pero probablemente no pudo usarla debido a que sus manos estaban atadas.

El ruido la sobresaltó y me miró, llamándome.

—¡Giovanni! Dios mío… ¡Viniste! —La escuché, aunque su voz estaba débil.

Necesité un segundo para acercarme a ella, controlando mis emociones negativas, al menos para que no se asustara con mi comportamiento. Debía ser su héroe en ese momento, no un monstruo que tendría que tolerar para salvarla.

Apuré el paso y me agaché, sujetándola y girándola hacia mí. La luz era tenue, pero podía ver lo abatida que estaba. Había pasado varias horas, probablemente sin comer ni beber agua, porque su boca estaba seca. Estando embarazada, aquello era inaceptable.

—Estoy aquí, *cuore mio*. Todo va a estar bien.

Asintió, pareciendo relajarse un poco, y miré sus muñecas, muy lastimadas. Necesitábamos llevarla rápido a un médico, no porque creyera que era frágil, sino para verificar cómo estaba el bebé, especialmente en medio de una situación tan caótica.

Hice una señal a mi hombre y, junto a él, logramos quitarle las esposas, ayudando cuidadosamente a que sus brazos volvieran a la posición correcta. Ella gimió; no supe si era de dolor o de incomodidad, pero no importaba. Alguien le había hecho daño, y no podía permitir que sucediera otra vez.

Tomando la manta, la cubrí con cuidado y la levanté del colchón en brazos, listo para llevarla a casa.

A partir de ese momento, nadie más se acercaría lo suficiente para quitármela. Era una promesa que cumpliría sin falta.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



K I A R A

Solo tú y yo

Bailando en un sueño

Solo tú y yo

Perdido en las nubes

Solo tú y yo

Bailando en un sueño

No quiero despertar ahora

DANCING IN A DAYDREAM – ROSES AND REVOLUTION

CUATRO MESES DESPUÉS

Acariciaba mi barriga con cuidado, sintiendo la protuberancia de mis seis meses de embarazo, mientras con la otra mano terminaba el diseño de un encargo.

Solté un suspiro y miré a mi alrededor, a mi taller que había logrado montar junto a Giovanni y a mi madre, sonriendo. ¿Quién hubiera pensado que al casarme con un hombre como él podría estar cumpliendo mis sueños?

Aún me faltaba terminar la universidad, pero la pausaría hasta que naciera el bebé y luego la retomaría. Sabía que no era una incertidumbre ni algo que me detuviera, porque Giovanni realmente me apoyaba. Así como me había alentado a mantener mi profesión, poco a poco estaba ganando mi espacio entre las esposas de hombres influyentes de la Cosa Nostra, quienes acudían a mí en busca de creaciones exclusivas.

Amaba sentarme con ellas y plasmar en papel los deseos que no sabían explicar muy bien. A veces había pedidos de colores que no combinaban o formas que sabía que no favorecerían sus cuerpos, así que era un deleite ver sus ojos brillar y aún más cuando se miraban al espejo con una prenda que era exactamente lo que habían soñado.

Me sentía poderosa.

Esta vez, sin embargo, la creación era para mí. Un vestido especial para la boda de mi primo Dominic, que sería en dos meses. Yo aún estaría embarazada y con una barriga enorme, que no encajaría fácilmente en cualquier prenda. Por eso necesitaba diseñar algo que me quedara bien, pero que fuera ajustable. Algún tejido que estirara, pero que siguiera siendo elegante.

Sabía que no sería fácil encontrar algo así en una tienda, pero, además de eso, Giovanni insistía en que mi mejor escaparate era mi propio cuerpo. Que mi estrategia debía ser llevar siempre algo creado por mí.

Así que estaba siempre creando.

Y me estaba gustando especialmente diseñar y confeccionar ropa para embarazadas. No quería que se convirtiera en algo exclusivo de mi marca, pero sabía que a muchas mujeres podría gustarles. Prendas cómodas, elegantes, que pudieran usar en distintos eventos.

Quizás incluso se convirtiera en una tendencia.

Seguí acariciando a mi bebé, sintiendo cómo se movía. Mi niño era cariñoso y le gustaba cuando le prestaba atención, aunque aún estuviera dentro de mi barriga.

Porque sí; era un niño. Estaba a punto de darle un heredero a Giovanni Caccini.

Recibimos la noticia en casa, cuando el médico asociado de la *famiglia* vino con todo su equipo moderno, montando una réplica de su consultorio en mi cuarto, que Giovanni y yo empezamos a compartir poco después de que me rescatara de mi cautiverio.

Lloré emocionada, y mi marido… bueno, él reaccionó a su manera habitual, con la cabeza erguida, sin mostrar muchas emociones, pero me dio un beso prolongado y susurró un "gracias", sosteniendo mi mano, algo que difícilmente olvidaría.

Me moví en la silla, intentando encontrar una posición un poco más cómoda para mi panza enorme, y no pude evitar mirar a los dos hombres que custodiaban el taller, de civil. Eran discretos y siempre estaban ahí, como si fueran maridos de clientas o simplemente personas que entraban y se sentaban a esperar.

Eran un recordatorio constante del período oscuro que pasé en cautiverio, secuestrada por Bruno, por pura venganza. Claro que siendo mi esposo quien era, nunca podría estar sin un guardaespaldas, tal vez incluso dos, pero esa vigilancia estricta era la condición que Giovanni impuso para que viviéramos lo más normalmente posible en medio de la paranoia que surgió. No solo la de él, confieso; yo también empecé a sentir un poco de miedo.

Nos mudamos de esa casa, porque cada vez que entraba era como si el fantasma de Ida me persiguiera. Como si la viera por todas partes. Y por más que Giovanni no me contara qué le había pasado, dio a entender que estaba muerta.

Sospechaba que Dominic la había matado.

Y Bruno… no tenía la menor duda de que Giovanni lo había destruido, y también sabía que estaba muerto.

No quería pensar en eso, sobre todo porque los últimos cuatro meses habían sido definitivos para nuestra relación. Giovanni ya me había dicho que me amaba, y no dudaba ni un instante, especialmente porque podía ver en sus ojos todo el sentimiento; aun así, no se cansaba de demostrarlo desde que pudimos disfrutar de verdad la idea de que estaba embarazada.

Con la noticia de que tendríamos un niño, nuestros corazones entraron en otra sintonía.

Nos convertimos en padres en el mismo instante en que vimos a nuestro bebé en la pantalla de la ecografía.

Sabíamos cuál sería el futuro de nuestro niño. Sabíamos que enfrentaría una vida que no era un cuento de hadas y que no habría una salida distinta para nuestra familia. Aun así, lo criaríamos de la mejor manera posible. Muy diferente a como el padre de Giovanni lo había hecho. No habría violencia, al menos en nuestro hogar. Dentro de nuestra casa, estaría seguro.

Todavía estaba soñando despierta sobre el futuro cuando escuché unos golpes en la puerta.

Lista para avisar a quien fuera que ya cerrábamos, levanté la mirada y sonreí al ver a mi esposo.

—Pensé que sería buena idea darte una sorpresa. ¿Estás ocupada? —preguntó, acercándose, con ese aire sexy tan típico suyo, manos en los bolsillos y una ropa un poco más informal que la que usaba para trabajar.

Con un blazer negro, una blusa de algodón del mismo color y unos jeans, parecía despreocupado, como para un comercial de perfume. El cabello estaba parcialmente recogido en un moño, con

algunos mechones sueltos y rizados, tal como la imagen del hombre prohibido que representaba pedía.

Muy alto, imponente, Giovanni tenía una presencia abrumadora. Tanto que, cuando me acerqué a él, aun con mi barriga de embarazada, me sentí diminuta.

Me puse de puntillas y lo besé, aunque él no fuera muy dado a las demostraciones públicas de afecto.

—Nunca estoy ocupada para ti. Por coincidencia, justo terminé lo que estaba haciendo.

—¿Día agotador?

—No, todo salió bien. Pero me gustan los días cargados.

—Lo sé. —Sonrió, siempre contenido, pero yo podía ver la ternura en sus ojos, especialmente cuando llevó la mano a mi barriga, de forma natural y casi involuntaria, acariciándola—. Quisiera invitarte a cenar. ¿Qué dices?

Levanté una ceja, satisfecha.

—Me parece perfecto. Voy a agarrar mi bolso.

Me aparté de él, casi saltando, y fui por mi bolso, acercándome de nuevo mientras lo veía señalar a los guardias para que saliéramos. Cerrarían la tienda y probablemente me habrían seguido, pero yo estaría con Giovanni y sus hombres.

Subimos al auto, y él me ayudó a abrocharme el cinturón. Cuando estuvimos listos para salir, me entregó una rosa roja, como solía hacer, atada con un lazo, que era casi siempre una invitación. Incluso con mi barriga prominente, el deseo de Giovanni por mí no había disminuido.

Mis hormonas… estaban a flor de piel.

Nunca decía nada cuando me regalaba algo así. Yo tampoco hablaba. Nos entendíamos en silencio.

Esperaba que Giovanni me llevara a un restaurante, pero terminamos en el mismo hotel al que me llevó en nuestra noche de bodas.

A diferencia de aquella vez, cuando estaba nerviosa, aterrada por entregarme a un hombre que apenas conocía, me encontré sonriendo extasiada al ver que la rosa que me dio no era la única. Había varias repartidas por la habitación. Pétalos sobre la cama. Champán. Todo un ambiente romántico.

—¿Por qué todo esto? ¿Es alguna fecha especial que olvidé?

Se acercó y rodeó mi cintura con los brazos.

—No. Solo recordé que quería hacer algo especial para ti cuando nos casamos, pero era demasiado tonto para dejarme llevar por esas cosas.

—¿Y ahora ya no eres tonto?

—Sigo siéndolo, pero un tonto que ama a su esposa más que a nada. —Se inclinó y me dio un beso rápido, que me hizo suspirar —. *Cuore mio*… no hay nada más preciado para mí que tú y nuestro hijo. Espero que lo sepas.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

Cuando me atrajo hacia sí, besándome de verdad, mi corazón se aceleró como la primera vez. Cuando me levantó en sus brazos y me llevó a la cama, las promesas en su mirada no eran solo de amor por esa noche. Eran para siempre.

Era exactamente lo que esperaba y quería.

EPÍLOGO



Eres un santo

Y yo soy un pecador

Pero estoy desesperada por la luz.

Estoy sufriendo

Pero no es un desertor

En esta lucha eterna

THE SAINT AND THE SINNER – AVIVA

CINCO AÑOS DESPUÉS

La *famiglia* siempre debía estar en primer lugar.

Eso era algo que respetaba y que llevaba conmigo a lo largo de mi vida.

Porque yo era un jefe. Había personas que dependían de mí. Comprendía la magnitud de la responsabilidad que cargaba sobre mis hombros y no la descuidaba.

Pero mi concepto de familia había cambiado un poco con los años.

Para empezar, había dos pequeños correteando por la casa, riendo y jugando: mi pequeño Matteo y mi dulce Sophia. Ellos eran la luz de mi vida, y aunque sabía que ambos eran hijos de la Cosa Nostra y que algún día esa luz tendría que verse ligeramente opacada por la oscuridad, intentaba preservar al máximo su inocencia, el mayor tiempo posible.

Aunque amaba a Matteo con todas mis fuerzas y quería ser un buen padre, no podía llenarle la cabeza de ilusiones sobre una vida más sencilla. Él era mi heredero. Si no lo preparaba para esa vida, la recibiría con siete piedras en las manos.

Y yo no quería que mi hijo sufriera.

En el centro, el vínculo fuerte de aquella familia, estaba mi esposa. Kiara era incansable en su misión de llenar nuestra casa de amor y mostrarnos cada día -no solo a mí, sino también a su padre y a su primo- cómo ese sentimiento podía florecer incluso en medio del caos.

Su paciencia, su dedicación, su dulzura, su obstinación. Probablemente su carácter terco pero cariñoso fue exactamente lo que me llevó a enamorarme tanto de ella.

Y era lo que hacía que me enamorara más y más cada día.

—Giovanni, ¿me estás escuchando? *¡Che cazzo!* —me llamó Dominic al otro lado de la línea. Había quedado en silencio unos instantes, observando a mi familia—. Necesitamos resolver lo del cargamento que se enviará la semana que viene. ¿Cuántos hombres irán con él? Necesito los datos para avisar a los míos. O los recibirán a balazos, lo sabes.

—Hoy es domingo, Dominic. ¿Podrías, por favor, esperar hasta mañana?

—Siempre trabajaste los fines de semana.

—Y tú también. Espero que tu mujer no se esté quejando de tus ausencias. La mía no lo hace.

—*¡Stupido!* —se quejó, pero suspiró—. Tienes razón. Vuelve con tu familia que yo volveré con la mía. Pero mañana, a primera hora, necesito lo que pedí, o tendremos problemas.

—Sí, claro. *Ci sentiamo presto* —"Nos hablamos pronto", le dije y colgué, sin esperar que dijera algo más.

En el mismo momento en que dejé de hablar, Kiara pasó frente a mí, así que tomé su brazo y la levanté, haciéndola caer en mi regazo. Ella rió, indignada.

—Si tu hija ensucia toda la casa de pintura, será culpa tuya —dijo, refiriéndose a Sophia, que tenía las manos cubiertas de témpera porque había estado pintando en el jardín con su hermano. Nuestra pequeña tenía solo dos años, pero ya disfrutaba del arte como su madre.

—Valdrá la pena.

La sostuve y le robé un beso. Juré que intentaría despegarme, pero pronto se rindió, derritiéndose en mis brazos.

Como siempre. Kiara era tan receptiva que nunca me sentía completamente satisfecho. Siempre quería más.

Pero claro, no llegamos mucho más lejos, porque nuestra pequeña no se quedó a ensuciar la sala. En realidad, vino hacia nosotros con las manitas manchadas. Matteo no tardó en seguirla.

Kiara se levantó porque Sophia apoyó la mano en su pierna, manchándola, y corrió tras nuestra hija para jugar con ella, como si la persiguiera.

—¡Pequeña traviesa! ¡Me las pagarás!

Los tres corrían por la casa, y yo me recosté en la silla, respirando hondo y observándolos.

Así los quería. Riendo, jugando y disfrutando de su inocencia.

Mientras pudiera mantenerlos así, lucharía por ello.

Lucharía por mi familia, por encima de todo.

FIN

[1] **UFC** se refiere al **Ultimate Fighting Championship**, la liga más famosa de artes marciales mixtas (MMA).